ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio de la calavera parlante

Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores - 11

ePub r1.3

Titivillus 30.06.16

Título original: *The mystery of the talking skull*
Robert Arthur, 1969
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane. Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Júpiter compra un baúl

Todo comenzó porque Júpiter Jones leyó el periódico.

Los Tres Investigadores —Júpiter, Pete Crenshaw y Bob Andrews— estaban sentados, descansando sus espaldas contra la pared posterior del taller instalado en la chatarrería y desguace de los Jones. Bob anotaba algunos datos y comentarios concernientes al último caso que habían investigado, Pete dormitaba disfrutando del sol de California y Júpiter leía el periódico.

De pronto, preguntó:

—¿Alguno de vosotros ha presenciado una subasta?

Bob contestó que no, y Pete se contentó con mover la cabeza en signo negativo.

—Tampoco yo he asistido nunca a una —dijo Júpiter y prosiguió—. Aquí, en el periódico se anuncia que esta mañana se celebrará una subasta en los locales de la «Davis Auction Company», en Hollywood. Van a ceder al mejor postor ciertos equipajes procedentes de varios hoteles. Según el anuncio, se trata de varios baúles y maletas, cuyo contenido se desconoce, que fueron abandonados por huéspedes que no pudieron pagar la cuenta o bien sencillamente que se olvidaron de recogerlos. Creo que sería interesante presenciar una de esas subastas.

—¿Por qué? Lo que es a mí, ninguna falta me hace una maleta repleta de ropa vieja —comentó Pete.

—A mi tampoco —rezongó Bob, añadiendo—. ¿Sabéis qué podemos hacer?, irnos a nadar un rato.

Pero Júpiter insistió:

—Sería una nueva experiencia y esto nunca está de más… No

cabe duda que ensancharía nuestro campo de investigación. Tengo entendido que la experiencia jamás es desdeñable. Voy a preguntarle al tío Jones si permite que Hans nos lleve en la camioneta hasta Hollywood.

Hans, uno de los dos hermanos bávaros que trabajaban en el desguace, debía ir a la ciudad y, en consecuencia, una hora más tarde los muchachos se hallaban en una sala de grandes dimensiones, repleta de público curioso e interesado relativamente, contemplando la actuación del subastador. Era un tipo rechoncho que desde un entablado se esforzaba en vender, al mejor precio posible y con la mayor rapidez, un gran número de baúles y maletas que estaban apilados. En aquel momento intentaba animar las ofertas hacia una maleta de buen aspecto que tenía ante él, gritando incansablemente:

—¿Nadie da más? ¡A la una…! ¿Ninguna otra oferta? ¡A las dos…! ¿No hay otra oferta…? ¡A las tres!, ¡vendida a aquel señor de la corbata roja por doce dólares y cincuenta centavos! —Y, dando un golpe con su mazo, confirmó la venta.

Seguidamente dedicó su atención a un nuevo lote, anunciando:

—¡Señoras y señores! ¡Se ofrece ahora el lote noventa y ocho! ¡Algo por cierto muy interesante, pero de veras muy interesante! ¡Fuera de lo corriente! —Y exhortando a los mozos encargados del traslado—. ¡Muchachos…!, ¡mucho cuidado!, ¡levantadlo! ¡Así es! ¡Que todo el mundo pueda verlo! ¡Muy bien!

Dos mozos dejaron sobre la plataforma un pequeño baúl de aspecto desusado.

Pete se movió inquieto. Era un día caluroso y aquella aglomeración aumentaba la sensación de calor y, si bien aquel baúl pareció despertar la atención de algunos de los presentes, a Pete evidentemente no le interesaba, porque dirigiéndose a Júpiter, le dijo:

—Bien, ya hemos visto cómo va esto. Salgamos de aquí a respirar el aire.

Mas a Júpiter aquel baúl, al parecer, le había llamado la atención porque le contestó, susurrando:

—Aguarda un momento, no seas impaciente… Ese baúl parece algo interesante. Creo que voy a probar… quiero decir que voy a ofrecer algo…

—¿Qué dices? —preguntó Pete en el mismo tono de voz, mirando sorprendido al baúl y a su amigo—. ¿Que vas a hacer una oferta para conseguir eso…? ¡Tú estás loco!

—¡Es igual! ¡Voy a intentar adquirirlo! Si contiene algo que valga la pena, nos lo repartiremos… sino, yo pierdo…

—¿Algo que valga la pena? —preguntó a su vez Bob, añadiendo —: Lo más probable es que esté repleto de prendas que ya en 1890 estaban pasadas de moda…

Había que convenir que el baúl parecía una antigualla. Era de madera con las esquinas revestidas de cuero, la tapa convexa y asegurada mediante correas. Todo daba la impresión de que aquel baúl no se había abierto desde hacía mucho tiempo.

El subastador comenzaba de nuevo su misión, perorando:

—¡Señoras y señores! ¡Les ruego que presten atención a este baúl! ¡Pieza magnífica, sin duda alguna! ¡Les doy mi palabra de que hoy ya no se fabrican baúles como éste…!

Algunas risas cortaron la frase, porque sin duda alguna era una gran verdad…, ya nadie haría un baúl como aquél. Sin temor a error cabía afirmar que tenía más de cincuenta años.

—No sé… —murmuró Júpiter—. Pero… apostaría a que perteneció a algún actor… a algún artista de variedades. En el baúl guardaría las ropas y prendas de sus actuaciones…

—Quizá sea así, pero lo cierto es que ninguna falta nos hace un montón de ropas viejas —arguyó Pete y reiteró—. ¡Vamos, Jupe, que ya estoy harto de ese baúl…!

Mas el subastador vociferaba de nuevo:

—¡Contémplenlo, señoras y caballeros! ¡Mírenlo detenidamente! ¡Es una pieza única! ¡No es nuevo, no! ¡Nada de eso! ¡Tampoco es moderno! ¡Es una antigüedad! ¡Algo que recuerda al abuelo que un día tuvimos! ¿Y… qué contendrá?

Con los nudillos golpeó ligeramente la tapa que emitió un sonido opaco, prosiguiendo:

—¡Eso es! ¡Esta es sin duda la pregunta que todos nos hacemos! Porque, amigos… quizá guarde en su interior las joyas de la corona de Rusia. Desde luego, no lo afirmo, pero convendrán conmigo que bien pudiera ser. ¿Por qué no? ¿Alguna oferta? Vamos, señoras y señores… una oferta, por favor. ¿Nadie se decide?

La concurrencia se mantenía silenciosa. Al parecer nadie se

interesaba por aquel baúl y el subastador no ocultó su desencanto, pero sobreponiéndose, continuó con acento vivo:

—¡No dejen escapar la ocasión de hacer quizás una buena adquisición! ¡Se trata de algo único! ¡Este bello baúl tan antiguo! ¡Es una admirable reliquia del pasado! ¡Este…!

Le cortó la frase Júpiter Jones al avanzar un paso, diciendo, luego de un carraspeo ligero:

—¡Doy… un dólar!

—¡Un dólar! —exclamó el subastador con acento triunfante—. ¡Tengo una oferta de un dólar de aquel joven de cara tan inteligente que se halla en la primera fila! ¿Saben ustedes qué voy a hacer? ¡Señoras y señores, voy a premiar su inteligencia vendiéndole esta preciosidad por un dólar…! ¡Vendido!

Con el mazo dio un fuerte y sonoro golpe, y entre la concurrencia se oyó alguna carcajada, porque era evidente que nadie deseaba aquel baúl y el subastador tampoco quería perder tiempo intentando conseguir otras ofertas que pujaran la formulada.

Pero en aquel instante se produjo cierta agitación en las últimas filas de los asistentes. Una mujer intentaba avanzar, apartando nerviosa a cuantos le impedían el paso. Era una señora de edad, con cabello blanco, más bien baja de estatura, con un sombrero pasado de moda en la cabeza, y con gafas con montura de oro. Era evidente su agitación, mientras con voz entrecortada por el esfuerzo de apartar a los espectadores, exclamaba:

—¡Un momento, por favor! ¡Tan sólo un momento! ¡Deseo pujar! ¡Doy díez dólares! ¡Diez dólares por el baúl!

Los asistentes la miraron asombrados, sorprendidos de que hubiese alguien dispuesto a desembolsar aquella cantidad por un arcón viejo y su admiración aumentó, cuando aquella dama, agitando su mano al aire, continuó excitada:

—¡Veinte dólares! ¡Ofrezco veinte dólares…!

—Lo siento, señora —le interrumpió el subastador—. Pero este baúl ya ha sido adjudicado. Lo lamento, pero no puedo atenderla. ¡Muchachos, llevaos este baúl, que hemos de continuar con los lotes siguientes!

Obedeciendo a su requerimiento, los empleados alzaron el baúl y, llevándolo hacia donde se hallaban Los Tres Investigadores, lo dejaron ante ellos en el suelo, diciéndoles:

—Chicos, aquí lo tenéis.

Pete y Júpiter, al tiempo que daban una vuelta a su alrededor, lo examinaron con todo detalle. El primero, asiendo una de las correas que lo envolvía, rezongó:

—Bien, parece que por fin nos hemos adueñado de un viejo baúl. ¿Y ahora qué hacemos con él?

—Pues llevárnoslo a nuestro almacén y abrirlo —contestó Júpiter, asiendo la otra correa de sujeción.

—¡Eh, un momento, chicos! —advirtió uno de los mozos—. Descuidáis un detalle. Antes de llevaros esto —dijo, indicando al baúl con un gesto— hay que pagarlo. Es algo muy importante.

—¡Caramba, pues es verdad! —exclamó Júpiter al mismo tiempo que, echaba la mano al bolsillo y, sacando un billetero y de éste un billete de un dólar, lo tendió al mozo—: Aquí va el importe de la compra.

El mozo tomó el billete, garrapateó algo al pie de un papel y dándoselo a Júpiter, le dijo:

—Aquí tienes el recibo. Ahora es tuyo y bien tuyo. Conque, si en su interior hallas las joyas de la corona que antes han dicho, tuyas son. Por lo tanto… suerte.

Con gesto divertido contempló cómo Júpiter y Pete levantaban el baúl y, caminando detrás de Bob que abría camino apartando a los concurrentes, se encaminaban hacia la parte posterior de la gran sala. Apenas los muchachos hablan salido de entre los espectadores, cuando llegó junto a ellos aquella dama de los cabellos blancos que unos pocos instantes antes había intentado adquirir el baúl.

—Chicos, os compro este baúl por veinticinco dólares. Es que… yo ¿sabéis?, hago colección de cofres viejos y me gustaría añadir éste al conjunto que ya he reunido —les explicó con cierto desasosiego.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. ¡Veinticinco dólares!

—¡Acéptalos, Jupe! —urgió Bob.

—Desde luego, no podéis quejaros porque hacéis un buen negocio. Nadie os ofrecerá ni un centavo por este trasto, pero como que lo quiero para mi colección… Tomad, aquí están los veinticinco dólares —reiteró aquella señora, sacando los billetes de una cartera y ofreciéndoselos a Júpiter.



Pero éste sacudió la cabeza con gesto negativo, ante la sorpresa y asombro de Bob y Pete, diciendo:

—Señora, lo sentimos mucho, pero no lo venderemos. Queremos ver qué es lo que contiene.

—¿Pero qué puede haber en él? —preguntó la dama con aspecto turbado y prosiguió—. Por favor, cedérmelo. Os doy treinta dólares. No diréis que es poco…

—De nuevo, muchas gracias, señora —contestó Júpiter y concluyó con tono firme—. No queremos venderlo.

La señora suspiró compungida y luego de una ligera vacilación pareció como si fuera a decir algo más en apoyo a sus deseos; mas de pronto, su rostro expresó la alarma más viva y, sin añadir una palabra, dio media vuelta, desapareciendo entre los espectadores. Al parecer le había alarmado la presencia de un joven que se acercaba, portando una máquina de fotografiar colgada del hombro. Cuando estuvo junto a ellos, les dijo:

—¡Hola, chicos!, ¡permitidme que me presente! Soy Fred Brown, reportero del «The Hollywood News», siempre en busca de noticias. Quisiera fotografiaros junto al baúl que acabáis de adquirir, porque esto es lo único digno de mención que ha ocurrido en esta sala. ¿Queréis levantarlo unos instantes? Muy bien —y, dirigiéndose a Bob, le preguntó—: ¿Tendrías inconveniente en colocarte detrás del baúl para que también aparecieras en la fotografía?

Bob y Pete se miraron indecisos, pero Júpiter les impulsó a colocarse y hacer lo que pedía el reportero. Mientras Bob se mantenía detrás del baúl, pudo leer la inscripción que mostraba la tapa. Con letras grandes, blancas, el rótulo anunciaba: «El Gran Gulliver». El reportero había ajustado el enfoque, brilló un chispazo y la fotografía quedó hecha.

—Muchas gracias, y ahora, ¿queréis darme vuestros nombres, por favor, y… podríais decirme la razón por la que habéis rechazado treinta dólares por esto? A mi entender, hacíais un buen negocio.

—Es que aquí no se trata de ningún negocio, señor. Sólo sentimos curiosidad por saber qué es lo que contiene. Lo hemos comprado para satisfacer nuestra curiosidad, no para obtener un beneficio.

—Eso quiere decir que no esperáis hallar en él las joyas de la

corona rusa, ¿no es así? —terminó preguntando con cierta sorna, Fred Brown.

—Como usted bien lo dice —repuso al vuelo Pete—. Quizás… hallemos trajes antiguos.

—Desde luego —convino su interlocutor—. Ese rótulo: «El Gran Gulliver» recuerda al teatro. Por cierto que hablando de nombres… ¿Me habéis dado los vuestros?

—Aún no se los hemos dado —respondió Júpiter y añadió—: Pero aquí los tiene… ¿sabe usted?, nosotros Investigamos… todo lo que se nos presenta.

Así diciendo, le entregó una tarjeta comercial de Los Tres Investigadores, donde se leía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? **?** **?**

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—¿Ah, sí? —exclamó el reportero, algo perplejo—. Conque sois investigadores, ¿eh? ¿Y qué significan estos interrogantes?

—Es nuestro lema —respondió Júpiter—. Equivalen a misterios sin explicar, enigmas no resueltos, acertijos por resolver y embrollos por descifrar. Investigamos cualquier cosa misteriosa que se nos presente. Son, como si dijéramos, nuestra «marca de fábrica».

—Comienzo a comprenderos. Ahora queréis saber, y si cabe investigar, el contenido de un baúl viejo que podríamos denominar «teatral». Pues muchas gracias y es posible que esta noche vuestras caras aparezcan en la edición nocturna. Depende de si a nuestro director le gusta la historia.

Dirigiéndose hacia la puerta de salida levantó la mano a guisa de despedida, mientras Júpiter sin hacer comentario alguno cogía de nuevo la correa que asía momentos antes, diciendo:

—Vamos, Pete. Salgamos a la calle, que Hans debe estar

aguardándonos y no podemos tenerlo ahí todo el día.

Siguiendo a Bob que de nuevo abría camino, él y Pete se dirigieron hacia la puerta, mientras el último rezongaba:

—¿Pero, por qué le has dado a ése nuestros nombres?

—Publicidad, chico, publicidad. Oye, todo negocio necesita de la publicidad para darse a conocer. Habrás notado que los «misterios» han bajado, quiero decir que son escasos, en consecuencia… no nos irá mal cierta publicidad. De lo contrario, quizás enmoheceremos.

Atravesaron la puerta, caminaron unos pasos por la acera y llegaron al lugar donde Hans les aguardaba. Cargaron el baúl sobre la camioneta y Júpiter le dijo a Hans:

—Hala, Hans. Volvamos a casa. Hemos hecho una compra y queremos examinarla con detenimiento.

—Ya lo veo, Jupe —admitió Hans mientras ponía en marcha el vehículo—. ¿Pero qué habéis comprado?

—Nada menos que un baúl viejo —explicó Pete y seguidamente preguntó—: ¿Cómo vamos a abrirlo?

—Oye —respondió Jupe—. En el almacén hay un montón de llaves. Con un poco de suerte… conseguiremos una que ajuste en la cerradura.

—Bien, así sea. Pero quizá tendremos que descerrajarla —comentó Bob.

—De ninguna manera —advirtió Júpiter—. Esto estropearía el baúl. Sea como sea, hemos de abrir la cerradura.

Puede decirse que el resto del viaje lo hicieron en silencio. Al llegar al almacén de derribos de Jones en Rocky Beach, Pete y Jupe descargaron el baúl y Hans lo dejó a un lado. La señora Jones, que en aquel momento salía de la caseta que les servía de oficina, lo vio y no pudo por menos que exclamar:

—¿Pero qué os habéis traído? Si ese baúl tiene traza de haber llegado con los del «Mayflower[1]».

—Tía Matilda —advirtió Júpiter—, quizás exageras un poco, ¿eh? No cabe duda de que es algo antiguo y pasado de moda, pero no tanto. En fin, hemos pagado un dólar por él.

—Menos mal que no habéis dilapidado una fortuna —comentó la señora Jones con ironía y agregó—: Supongo que vais a necesitar el manojo de llaves que hay colgado sobre el escritorio. Quizás haya una que ajuste en la cerradura.

Bob corrió a coger las llaves y Jupe comenzó a escoger las que por su forma parecían mas adecuadas probarlas pero al cabo de media hora tuvo que darse por vencido. Ninguna de aquellas llaves correspondía a la cerradura.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pete.

—¿Intentamos forzar la tapa? —sugirió Bob.

—Todavía no —decidió Jupe—. Creo que mi tío Titus tiene otro manojo de llaves en alguna parte. Cuando regrese, se las pediré.

La tía de Júpiter salió al umbral, diciendo con tono que no admitía réplica:

—Bien, chicos, no hay que desperdiciar todo el día. Ahora almorzaréis y luego reemprenderéis el trabajo. Ese baúl puede esperar.

Algo mohínos, los tres muchachos se encaminaron hacia la casa de dos pisos que se alzaba junto al solar del almacén, donde vivía Júpiter con sus tíos Titus y Matilda. Comieron y luego continuaron con la tarea de componer y reparar aquellos objetos que pudieran recomponerse. Luego el tío Titus los vendería, dándoles una parte del importe conseguido, para sus gastos particulares. Aquella labor les tuvo ocupados hasta última hora de la tarde en la que el tío Titus y Konrad, el otro ayudante del almacén, llegaron con el camión grande, cargado con una gran partida de desechos que había adquirido el señor Jones.

El tío Titus Jones, un hombre más bien de corta estatura que lucía un mostacho enorme y negro, saltó del asiento del conductor al suelo con la agilidad de un muchacho y abrazó a su esposa. Seguidamente levantó un periódico y agitándolo, les gritó a los muchachos:

—¡Venid para acá, chicos!, ¡venid, que el periódico se ocupa de vosotros!

Los tres amigos fueron hacia él y su esposa. Titus Jones desplegó el «The Hollywood News» mostrándoles la primera página de la segunda sección. No cabía duda, allí había una fotografía de Pete y Jupe sosteniendo el baúl viejo, y Bob de pie detrás. Era una buena fotografía. Incluso se destacaba claramente la inscripción: «El Gran Gulliver» que ostentaba la tapa. Al pie, un título con letras gruesas encabezaba un artículo con ribetes humorísticos en el que se daba cuenta de que «… tres jóvenes detectives se proponían investigar el

baúl misterioso que habían comprado y luego rehusado vender con beneficio evidente, sin duda porque confiaban hallar en su interior algo muy misterioso o bien de valor». Desde luego esta insinuación era fruto de la imaginación del reportero e incluida en el artículo para hacer la narración más interesante, porque lo cierto era que los muchachos no tenían ni la más ligera idea de lo que contenía el baúl.

El artículo mencionaba sus nombres y terminaba diciendo que su cuartel general lo tenían en el «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones, en Rocky Beach.

—Esto es lo que se llama publicidad por todo lo alto —comentó Pete y añadió—: Desde luego, también sugiere que estamos algo chiflados, creyendo que hay algo de valor en el interior de este baúl.

—Es la consecuencia de aquel comentario del subastador acerca de las joyas de la corona rusa. Vamos a recortar este artículo e incluirlo en nuestro archivo —dijo Júpiter.

—Luego —decidió la señora Jones con voz firme—. Ahora vamos a cenar. Aparta el baúl y lávate. ¿Vais a cenar con nosotros? —preguntó a Bob y a Pete.

Con frecuencia ambos comían con los Jones, con la misma naturalidad que si lo hicieran en sus casas propias, pero aquel día decidieron irse a sus hogares respectivos. Así, pues, cogieron las bicicletas y, luego de despedirse, comenzaron a pedalear alejándose. Júpiter apartó el baúl del paso dejándolo junto a una esquina del barracón de la oficina y entró para cenar, mientras el señor Jones salía por la parte posterior y cerraba las grandes verjas de hierro de la entrada al cercado, que por cierto eran de una gran fantasía ornamental, y habían sido adquiridas del derribo de una mansión destruida por un incendio.

La velada transcurrió tranquila, como de costumbre, pero cuando Júpiter se encaminaba a su habitación para acostarse, llamaron quedamente a la puerta. Eran Hans y Konrad, que habitaban una casita de la parte posterior del almacén.

—Señor Jones —dijo Hans con voz queda—. Por encima de la valla hemos visto una luz en el interior del almacén. Por allí alguien camina de un lado a otro. ¿Qué le parece si nos diéramos una vuelta?

—¡Santo Cielo! —exclamó asustada, la señora Jones—. ¡Ladrones!

—Oye, querida, tranquilízate. Voy a salir con Hans y Konrad y entre los tres, nos sobramos para reducir a cualquier bribón que haya entrado. Caminaremos con cuidado y le cogeremos por sorpresa —le tranquilizó su esposo.

El señor Jones, acompañado por sus dos rudos ayudantes, salió al exterior, y comenzaron a caminar con precaución en dirección a las verjas de la entrada del cercado, seguidos por Júpiter. Nadie le había pedido que fuera con ellos, pero tampoco nadie le dijo que no lo hiciera.

De pronto, por alguna hendidura de la valía que cercaba el almacén, vieron los destellos de una linterna. Fueron avanzando en aquella dirección, cuando de pronto ocurrió un desastre… Hans tropezó con algo pesado, cayó al suelo e involuntariamente dejó escapar un ¡Ay! de dolor y de sorpresa.

Quienquiera que estaba en el interior del almacén lo oyó, porque inmediatamente advirtieron el rumor de una carrera precipitada. Dos formas oscuras pasaron rápidamente por la verja entreabierta, saltaron dentro de un automóvil que se hallaba al lado opuesto de la calzada, y segundos más tarde sólo oyeron el rugido del motor que se perdía en el silencio de la noche.

Echaron a correr en dirección a la verja abierta, cuya cerradura había sido forzada. Desde luego los supuestos ladrones habían desaparecido, sin dejar rastro. Pero de pronto a Júpiter le asaltó la sospecha. Echó a correr y cuando llegó al lugar donde había dejado el baúl comprobó cuán acertado había sido su presentimiento. ¡Había desaparecido el baúl misterioso!

Capítulo 2

Un visitante excepcional

Bob Andrews entró montado en su bicicleta por la abierta reja que limitaba la entrada principal del «Patio Salvaje» de los Jones. Era una mañana soleada, clara y despejada, que prometía un día caluroso en aquel final de verano. Pete y Júpiter ya estaban muy ocupados en sus quehaceres. El primero desmontaba un motor oxidado y el segundo daba una mano de pintura blanca a unas sillas de jardín, de las que antes había lijado el óxido.

Cuando, luego de haber aparcado su bicicleta, Bob se acercó a ellos, Júpiter le dio la bienvenida:

—Hola, Bob, llegas a tiempo. Mira, coge una de esas brochas y comienza a pintar estas sillas porque tenemos un montón para pintar.

Pero, sin duda, a Bob le preocupaba otra cosa, porque sin más preámbulo le preguntó:

—¿Abristeis el baúl? ¿Qué contenía?

—¿El baúl, dices? —le contestó Pete con mal contenido despecho—. ¿De qué baúl estás hablando, Bob?

—Vamos, no bromees —respondió Bob, algo amoscado—. Bien sabes a qué baúl me refiero. El que Júpiter compró ayer en la subasta. Mi madre dice que en la fotografía del periódico hemos quedado muy bien y siente mucha curiosidad por saber qué es lo que contiene.

—¡Hay que ver!, ¡parece que todo el mundo está interesado en ese baúl! —exclamó Júpiter, sin soltar la brocha que empuñaba—. Es algo sorprendente. Desde luego hubiésemos debido venderlo y sacar el máximo provecho cuando se nos ofreció la ocasión

propicia.

—Pero… ¿puede saberse de qué estás hablando? —exclamó Bob, Intrigado.

—Quiere decir que no hay ningún baúl —explicó Pete—. Lo que oyes. Ya no hay baúl. Lo robaron anoche.

—¿Que robaron el baúl? —preguntó admirando Bob y prosiguió —. ¿Y quién lo robó?

—Pues no lo sabemos —contestó Júpiter y seguidamente pasó a contarle todo lo que había sucedido la noche anterior—. Que eran dos tipos, por lo menos, no nos cabe duda. Les vimos correr hacia la calle, meterse en un coche y el baúl había desaparecido. No cabe duda que fueron ellos quienes lo robaron.

—¡Pero eso es sorprendente! ¡Fantástico! ¿Qué puede haber en ese baúl?

—Vete a saber. A lo mejor se trata de alguien que siente también una curiosidad irreprimible —comentó Pete y sugirió—. Quizá leyeron aquel artículo en el periódico y vinieron para acá para echarle un vistazo.

Júpiter movió la cabeza con aire preocupado, al tiempo que decía:

—No creo que todo sea tan sencillo. Es inconcebible que alguien, sin poderosas razones, quiera correr un riesgo para robar un baúl cuyo precio de compra fue de un dólar. Hay en ello demasiado riesgo. Los que se lo llevaron estaban convencidos o bien sabían que en él había algo de valor, y eso me convence de que hubiese valido la pena averiguar qué es lo que contenía. Es una lástima que ya no lo tengamos.

Las reflexiones de los muchachos vieron se interrumpidas por la llegada de un lujoso automóvil de color azul. De él se apeó un hombre alto, con cejas extrañamente oblicuas, que se encaminó hacia ellos con paso seguro. Al llegar junto a los tres muchachos les saludó, diciendo:

—¡Ah, buenos días! ¡Muy buenos días! —Y dirigiéndose a Júpiter le preguntó—: Tú eres el joven Júpiter Jones, ¿no es así?

—Si, señor —contestó el interpelado—. ¿En qué puedo servirle? Mis tíos se han ausentado y tardarán algo en regresar, pero si hay algo en el almacén que le interese, estoy autorizado para vendérselo.

—Sólo hay una cosa que me interesa —contestó el recién llegado —. Verás… conforme a lo que he leído en la prensa, ayer comprasteis un baúl viejo, en una subasta. A un precio muy alto desde luego, un dólar. ¿No es así?

—Así es, señor —respondió Júpiter, mirándole detenidamente, porque tanto por su porte como forma de hablar, daba la impresión de que ocultaba algo.

—Bien, pero que muy bien —prosiguió el desconocido—. Esto nos ahorrará a ambos perder tiempo en inútiles circunloquios. Deseo adquirir ese baúl, porque supongo que todavía no lo habrás vendido, ¿eh?

—Pues, verá, señor. Desde luego que no lo hemos vendido, pero… es decir…

—No continúes, por favor, no continúes —le interrumpió el forastero, quien echando mano de su cartera extrajo unos cuantos billetes de banco y extendiéndolos en forma de abanico, prosiguió —: Mira, aquí hay cien dólares. Te los ofrezco por el baúl —mas pareciéndole que Júpiter dudaba, añadió—: ¿Acaso no te parece bastante? Bien, no reñiremos por esto, pero comprende que no voy a pagar más por un viejo baúl que no contiene otra cosa que algunos trapos viejos, ¿no te parece?

—Desde luego, señor, pero…

—No hay pero que valga —le interrumpió de nuevo el desconocido—. Estoy ofreciéndote un precio más que razonable y sólo por razones sentimentales, puedes creerme. El artículo que publica el periódico explica que el baúl un día perteneció al «Gran Gulliver»…, ¿no es así?

—Por lo menos éste era el titulo que ostentaba la cubierta del baúl, pero…

—¡De nuevo el pero! —exclamó el visitante, irritado—. ¡Nada de «pero» de nuevo! Shakespeare lo dijo y yo lo repito. La verdad es que «El Gran Gulliver» en vida fue un buen amigo mío y digo en vida porque me temo, por desgracia, que ya se fue… digámoslo sin ambages: murió. Por esto me complacería tener su viejo baúl, para recordar tiempos pasados… Aquí tienes mi tarjeta…

Con un gesto de sus dedos cambió aquellos billetes por una pequeña cartulina blanca al mismo tiempo que la ofrecía a Júpiter. Éste la tomó y por ella supo que el dador era «Maximilian - El

Místico»… En una línea inferior daba cuenta que residía en el club de «Los Magos» de determinada dirección en Hollywood.

—¡Usted es un mago! —exclamó, con asombro, Júpiter.

Con ligera y teatral inclinación Maximilian corroboró aquella afirmación, añadiendo con gesto de elegante displicencia:

—Un día muy bien conocido en todo el mundo… actuando ante todas las testas coronadas de Europa. En la actualidad, retirado del escenario, digamos… a la vida privada, dedicado a escribir un libro: el de mis memorias. Desde luego realizo alguna que otra vez una ligera actuación para mis amigos. Pero volvamos a lo nuestro.

De nuevo con pasmosa ligereza aparecieron los billetes entre sus dedos y prosigue:

—En consecuencia vayamos a completar nuestra transacción. Tengo dinero, deseo el baúl, tú te dedicas a comprar y vender lo que se presente. En consecuencia, no cabe mayor sencillez. Tú vendes y yo compro. ¿Por qué vacilas? ¿Por qué dudas?

—¡Porque no puedo vender el baúl! —explotó Júpiter—. ¡Es lo que he estado intentando decirle desde un principio!

—¿Qué no puedes… venderlo? —preguntó aquel individuo con voz ominosa al tiempo que fruncía el entrecejo, para proseguir casi inmediatamente.

—Claro que puedes venderlo. Mira, chico, no me saques de mis casillas porque todavía poseo poderes místicos… ocultos —y clavando la intensa mirada de sus ojos negros en Júpiter, continué —: Suponte que chasqueara los dedos… ¿Te imaginas lo que te sucedería? ¡Desaparecerías! ¡Puf! ¡Así como te lo digo! ¡Te desvanecerías en el aire! Entonces lamentarías el haberme enojado…

La voz del señor Maximilian era de tan mal agüero y su continente tan amenazador, que Bob y Pete tragaron saliva. Incluso Júpiter no pudo ocultar el malestar que sentía, pero se esforzó en contestar con acento tranquilo:

—No puedo venderle el baúl, porque no lo tengo. Anoche fue robado.

—¿Que fue robado, dices? ¿No me engañas, chico?

—Señor, le digo la pura verdad —afirmó Júpiter, pasando seguidamente a relatarle, por tercera vez en el curso de aquella mañana, lo que había sucedido la noche anterior.

Maximilian le escuchó con suma atención y, cuando hubo terminado, comentó con un suspiro:

—¡En fin…! ¿Qué le vamos a hacer? Paciencia. Debí venir anoche, cuando leí lo del periódico. Pero ¿no tenéis indicio alguno de quiénes pueden ser los ladrones?

—Ni el más leve, señor. Escaparon antes de que pudiéramos acercarnos a ellos.

—Malo, muy malo —murmuró el nigromante—. Pensar que «El Gran Gulliver» apareciera en forma tan súbita, para desaparecer inmediatamente sin dejar rastro alguno y en forma tan misteriosa, como explicas. Me pregunto por qué lo habrán robado…

—Quizá contiene algo de sumo valor —apuntó Bob.

—¡Tonterías! —replicó Maximilian—. «El Gran Gulliver» jamás poseyó algo que valiera más de un chavo. Fue un pobre diablo, a pesar de que poseía trucos y secretos inigualables. En el baúl seguramente no hay otra cosa que los ingenios de que se valía para sus representaciones, y eso sólo tiene valor e interés para otro prestidigitador como yo. ¿Pero os dije ya que «El Gran Gulliver» era un ilusionista? Pero, desde luego, imagino que lo habréis adivinado.

El visitante se detuvo como si recogiera sus recuerdos y prosiguió:

—Si, desde luego no era de primera fila, si bien siempre se denominó o calificó en este orden. Era de estatura pequeña, algo obeso, de rostro redondo y cabello negro. En ciertas ocasiones vestía ropas de gusto oriental, dándoselas de mago o hechicero de algún país de leyenda. Llevaba a cabo una representación; un número, como decimos los entendidos, que quizá… pero, en fin. ¿Qué importa? Lo cierto es que el baúl se ha esfumado.

Guardó silencio por unos instantes, abstraído en sus pensamientos. Luego, con un encogimiento de hombros y un chasqueo de los dedos hizo desaparecer los billetes que hasta entonces había mostrado, mientras decía:

—En resumen, que mi viaje ha sido en balde. Pero cabe la posibilidad, desde luego, remota, de que recobréis el baúl. Si así fuese recordad que Maximilian «El Místico», se interesa por él.

Y fijando la penetrante mirada de sus negros ojos de nuevo en Júpiter, recalcó:

—¿Me has comprendido, muchacho? Deseo el baúl ese y estoy

dispuesto a pagar un buen precio por él si lo recuperáis. Cuando lo consigáis podéis llamarme al «club de los Magos». ¿Entendido?

—Desde luego —intervino Pete—. Lo que sucede es que no veo cómo podremos hacernos de nuevo con él.

—No obstante, bien puede suceder, ¿quién sabe? —insistió Maximilian y prosiguió—: Si así fuese, conste que tengo preferencia en su adquisición, ¿eh? ¿Queda bien entendido?

—Desde luego —convino Júpiter—. Si lo recuperamos se lo haremos saber y no lo venderos a nadie sin hablar primero con usted, señor Maximilian. Pero desde luego, quede también bien claro que es todo cuanto puedo prometer, porque, como bien dice Pete, no puedo imaginar cómo podremos recuperar el baúl. Lo más probable es que los ladrones ya estén fuera de nuestro alcance.

—Desde luego, desde luego —convino el prestidigitador pesaroso—. En fin, no queda otro remedio que aguardar a ver lo que sucede. Por favor, no perdáis mi tarjeta.

Introdujo la mano en un bolsillo de la chaqueta, con ademán de marcharse, más con gesto de sorpresa la sacó de nuevo mostrando un huevo y exclamando maravillado:

—¿Pero qué diablos hace este huevo en mi bolsillo? Mira que si llega a romperse ¡anda, ahí va! ¡Tuyo es! —le dijo a Pete echándoselo.

El aludido alzó la mano para cogerlo al vuelo, pero cuál no sería su asombro al ver que el huevo desaparecería en el aire.

—Vamos —murmuró el señor Maximilian, como si no tuviera importancia—. No cabe duda que se trataba de un huevo de dodó[2]. Una especie extinguida. Bien, no puedo entretenerme más. No olvidéis llamarme.

Sin añadir otra palabra echó a andar en dirección al coche y a Los Tres Investigadores no les hubiese sorprendido que hubiese sucedido algo imprevisto y sorprendente. Pero como la cosa más natural del mundo, abrió la portezuela, se sentó ante el volante, puso en marcha el motor, arrancó y desapareció al doblar la esquina inmediata.

—¡Mecachis! ¡Vaya cliente! —exclamó Pete con alivio.

—Desde luego quería llevarse el baúl a cualquier precio —comentó Júpiter, casi hablando consigo mismo. Pero me pregunto si era sólo por la razón de que tanto él como «El Gran Gulliver» eran

prestidigitadores o bien porque en aquel baúl hay algo que desea con ansia.

Estaban comentando los incidentes de la entrevista, cuando por la reja entró otro coche. En el primer instante creyeron que se trataba del señor Maximilian que volvía por alguna razón, pero pronto vieron que se trataba de un coche mucho más pequeño. El vehículo se detuvo y de su interior se apeó un joven en quien reconocieron al reportero que habló con ellos el día anterior en la subasta y les hizo la fotografía que había aparecido en la prensa.

—¡Eh! —exclamó, preguntando—: ¿Me recordáis? ¡Soy Fred Brown!

—Claro que lo recordamos, señor —contestó Júpiter—. ¿En qué podemos servirle?

—Venía a preguntaros si habíais abierto el baúl —contestó el interpelado—. Porque creo que podré escribir otro artículo muy interesante sobre este baúl, pues, veréis…, al parecer contiene algo sumamente curioso…, interesante. Creo que en su interior hay una calavera parlante.

Capítulo 3

Misterio sobre misterio

—¿Una calavera parlante? —preguntaron los tres muchachos al unísono, asombrados.

Fred Brown asintió en silencio. Un instante más tarde añadió:

—Lo que os digo. Una verdadera calavera parlante. ¿La habéis hallado?

Entonces Júpiter le contó lo del robo con todos los detalles. Ahora el asombrado fue el reportero. Repuesto de la sorpresa, exclamó:

—¡Diablos! ¡Esto sí que no lo comprendo! ¿Quién podía llevárselo? Es de suponer que alguien que leyó mi artículo.

—Esto es lo que también opino, señor Brown —convino Júpiter—. Quizás alguien que sabía algo acerca de esa calavera parlante y la quería. ¿Pero es cierto que se trata de una calavera que habla?

—¡Que me registren! No puedo afirmar si habla o no esa calavera. Lo único que sé es que se supone… se dice… Verás. Comencé a meditar de quién podía o pudo ser «El Gran Gulliver»… estaba seguro de que ya lo había oído en otra ocasión. En consecuencia me dirigí al archivo… Supongo que me entiendes, ¿verdad?

Los tres asintieron casi al unísono, porque el padre de Bob también era periodista y en cierta ocasión les explicó que el archivo es el lugar donde se guardan artículos sobre algún suceso: recortes, fotografías y detalles semejantes que un día pueden servir como antecedentes por los datos que contienen.

—Pues bien —prosiguió Fred Brown—. No paré hasta que di con «El Gran Gulliver». Su carpeta contenía bastante material. En

resumen, que si bien nunca fue un artista de primera línea, sin embargo llevaba a cabo un número sensacional. Tenía una calavera parlante. Gulliver desapareció hace un año. Si, así, sencillamente; se desvaneció en el aire al igual que uno de sus juegos de manos. Nadie sabe si es que falleció o bien qué es lo que le ocurrió. Pero al parecer, dejó el baúl en el hotel donde se hospedaba, que lo entregó a la sala de subasta, para su venta al mejor postor. Es el baúl que comprasteis vosotros. Me imaginé que en su interior habríais hallado sus dispositivos y desde luego la calavera, lo que me proporcionaría tema para otro buen artículo.

—¿Así, pues, el sujeto en cuestión desapareció? —quiso saber Bob.

—Todo este asunto comienza a complicarse —observó Júpiter con ceño ligero—. Veamos: un prestidigitador que se desvanece y un baúl con el que ocurre lo mismo y una calavera que se supone parlante. Desde luego hay que convenir que la cosa parece muy misteriosa.

—¡Eh, poco a poco! —exclamó Pete, dirigiéndose a Júpiter—. ¡No te precipites, Júpiter! Por tu gesto adivino que vas a meternos a investigar lo que ha sucedido. Pues debo advertirte que por mi parte no quiero intervenir en asuntos donde hay calaveras parlantes. Por lo que a mí atañe, sabed que me enseñaron que no existe tal cosa y no deseo cambiar la enseñanza recibida.

—Desde luego que no podemos saber qué es lo que contiene el baúl, ahora que lo hemos perdido —convino Júpiter—. Pero… me gustaría saber algo más acerca de ese «Gran Gulliver» —terminó dirigiéndose a Fred Brown.

—Desde luego. No hay inconveniente —contestó el interpelado sentándose en una de las sillas que estaban preparadas para pintar —. Os diré cuanto sé. Ese Gulliver era un artista de poca monta, pero poseía esa calavera parlante o que por lo menos parecía hablar. La colocaba encima de una mesa de cristal o de vidrio, sin ningún aparato o utensilio a su alrededor, y la calavera contestaba a las preguntas que se le dirigían.

—¿Ventriloquia? ¿No movería Gulliver los labios? —preguntó Júpiter.

—Bien… quizá así fuera. Pero lo cierto es que hablaba estando Gulliver apartado, en otro extremo de la estancia e incluso fuera de

ella. Hay que advertir que otros prestidigitadores intentaron descubrir su secreto o truco, pero sin éxito. Pero tuvo algunos tropiezos con la policía.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Bob.

—Pues, al parecer a Gulliver las cosas como prestidigitador no le iban muy bien y en consecuencia se dedicó a decir «la buena ventura», a actuar de adivino, lo que es ilegal. Él objetaba que no era lo mismo que decir la «buena ventura», sino que actuaba como adivinador. Pero se cubría con ropajes de estilo oriental y se sentaba en un pequeño salón decorado con símbolos místicos. Mediante una «gratificación», la gente supersticiosa podía preguntar cosas a la calavera. Le dio el nombre de un griego célebre… Sócrates.

—¿Y la calavera contestaba a las preguntas? —preguntó Bob.

—Pues así parece. Se dice que incluso daba algunos buenos consejos a la gente que le exponía sus problemas y tribulaciones. Pero Gulliver se excedió. Comenzó a dar consejos acerca de la bolsa y de asuntos parecidos. Alguien perdió dinero y se fue con el cuento a la policía. Gulliver fue acusado de embaucador y enviado a la cárcel. Aquello fue demasiado para él. Cuando fue puesto en libertad dejó de lado la prestidigitación y lo de la «buena ventura» y se colocó de empleado, hasta que cierto día… ¡puf!… desapareció sin dejar rastro alguno. Corrió cierto rumor de que algunos tipos de mano dura estaban interesados por él… nadie sabe por qué. Quizá tenían algún «trabajito» basado en él y en Sócrates, pero el caso es que desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Pero es el caso que no se llevó consigo el baúl —observó Júpiter, avanzando el labio inferior, lo que era síntoma de que su dispositivo mental funcionaba a plena presión, y con aire abstraído prosiguió—. Todo hace suponer que, o bien le sucedió algo o bien se desvaneció, ante el agobio de lo que le sucedía… momentáneamente.

—También cabe la posibilidad de que pereciera en un accidente —apuntó Fred Brown.

—Apostaría a que adivino el por qué Maximilian quería la calavera —observó Pete—. La quería para descubrir su «secreto» y utilizarla en provecho propio. Quizá fuera verdad aquello que nos contó de que fue un amigo de Gulliver, pero como que Gulliver

debe haber fallecido…, ningún mal habría en que él se apropiara de alguno de sus trucos.

—¿Maximilian? —preguntó Fred Brown.

Júpiter le contó la visita que habían recibido antes de su llegada y todo cuanto aquél les había dicho, así como su proposición.

Fred luego de escucharlo en silencio, dijo:

—Si intentaba comprar el baúl es señal evidente que nada tiene que ver con el robo ni con sus autores. Me pregunto si los ladrones podrían conseguir que «Sócrates» «actuara» en su provecho. Bien, supongo que esto no tiene gran importancia… porque francamente lo que a mí me interesaba era hablar con vosotros y con… la calavera, y tener material para un nuevo articulo. Incluso me había imaginado a Júpiter vestido con el ropaje que todo el mundo atribuye a Sócrates. Bien, teniendo presente todo esto es imposible; lo mejor que puedo hacer es irme a otra parte. Chicos, me he alegrado mucho de haber charlado de nuevo con vosotros. Hasta otra.

Fred Brown partió con su coche y Júpiter quedó bastante alicaído.

—Desde luego hay que convenir que hubiese sido un caso muy interesante para investigar —comentó para terminar—. Pero habiendo desaparecido el baúl…

—Pues, por lo que a mí atañe, no lo lamento en lo más mínimo —comentó Pete con tono firme—. Todo baúl conteniendo calaveras parlantes puede permanecer allá donde sea, por lo que a mí se refiere. No quiero saber nada con él. Porque, decidme… ¿cómo es posible que hable una calavera?

—Éste es un extremo, una parte del misterio —respondió Júpiter —. Pero desde luego, estoy de acuerdo contigo, no vale la pena pensar más en todo ello: y caramba… ¡si ahí viene tío Titus!

El gran camión entró lentamente en el perímetro del almacén cargado con más mercancía. En cuanto se detuvo, bajó del pescante el tío Titus y se fue hacia ellos, diciéndoles:

—Desde luego, es un encanto veros como estáis absortos en vuestro trabajo. ¡Cómo se alegraría tía Matilda al veros tan ocupados! No dudéis de que ya estaría pensando en qué ocupar vuestra laboriosidad. Pero parecéis algo preocupados, diría que pensativos. ¿Os ocurre algo?

Fue Júpiter quien se decidió a hablar, diciendo:

—Pues la verdad…, hemos estado discutiendo lo del baúl que robaron anoche. Hemos recibido algunas visitas y hemos averiguado algunas cosas…

—¿Aquel viejo baúl? —preguntó tío Titus en son de mofa—. Vamos, hombre, supongo que no habrá aparecido de nuevo por arte de encanto, ¿eh?

—Desde luego y no creo que volvamos a verlo de nuevo en toda la vida.

—Caramba, no estés tan seguro. Ten presente que perteneció a un prestidigitador y a lo mejor… aparece de nuevo por arte de magia. No te fíes.

Había algo en el tono de la voz del tío Titus que atrajo la atención de los chicos que le miraron expectantes.

Júpiter le preguntó a su tío:

—¿Qué quieres decir, tío? ¿Cuál puede ser esa magia que traiga aquí de nuevo el baúl de que hablamos?

—Quizás… ésta —respondió Titus con aire misterioso al mismo tiempo que hacía chasquear sus dedos tres veces y cerrando los ojos comenzaban a canturrear: Abracadabra[3], el baúl que faltaba, ya es hora de que aparezca…

—¿Veis? —prosiguió—. Esto es lo que se llama un conjuro mágico y, si no da resultado, hemos de intentar recobrar el baúl empleando la lógica.

—¿Lógica? ¿Qué lógica? —preguntó asombrado Júpiter.

Desde luego su tío era uno de esos individuos que gustaban de las bromas y ahora, desde luego no estaba seguro, le parecía que se estaba divirtiendo a su costa.

—Oye, Júpiter, a vosotros os gusta entreteneros descifrando enigmas y misterios, y desde luego partiendo desde una base lógica. En consecuencia, recordad y meditad qué es lo que sucedió anoche. A ver, descríbemelo.

—Bien —comenzó Júpiter, intentando resolver el rompecabezas que le ofrecía su tío—. Salimos de casa, avanzamos por el cercado, de pronto dos hombres aparecieron corriendo hacia un coche que les aguardaba y salieron de estampida. El baúl había desaparecido.

—Por lo tanto es de suponer que lo robaron. ¿No es así? —preguntó su tío.

—Tuvieron que hacerlo. Descerrajaron la cerradura de la reja y… ¡Alto ahí! —exclamó de pronto, brillándole los ojos y sonrojándose sus mejillas por la excitación que de pronto le sobrecogió—. Todavía estaban en el cercado cuando nos aproximamos a ellos…, eso es… sin duda alguna buscaban el baúl… echaron a correr y el coche arrancó inmediatamente… apenas tuvieron tiempo de entrar en él. ¡Claro! ¡Con el baúl no hubiesen podido correr de aquella manera! Por lo tanto no podían llevarlo con ellos. Tampoco pudieron robarlo y de todo ello sólo cabe una conclusión…, el baúl ya había sido robado antes de que aquellos dos hombres comenzaran a merodear por el almacén.

—Júpiter, tienes una mente clara y aguda. Hijo, tú llegarás. Pero alguna vez conviene que uno no se fíe del todo de su perspicacia, que desconfíe de ella hasta cierto extremo. Has pasado por alto otra posibilidad…, la de que quizás el baúl no fue robado. ¿Y si a esos dos hombres de los que hablamos no les hubiese sido posible robar el baúl? ¿Por ejemplo, que no lo hubiesen hallado…?

—¡Pero si yo lo dejé junto a una esquina del barracón de la oficina! —exclamó Júpiter—. Lo recuerdo perfectamente. Desde luego puedes decirme que mejor hubiera sido que lo hubiese encerrado en el interior, pero… ¿quién iba a imaginarse que fuera tan valioso para alguien como para entrar en el almacén a robarlo?

—Cuando fuiste a lavarte para la cena, Hans y yo lo miramos un instante —le respondió su tío—. Me dije: este baúl es de un prestidigitador y a Júpiter no le extrañaría que desapareciera de pronto… Mira por donde podría entrenarse en hallarlo…, un baúl de un mago, nada menos… Me decidí a gastarte una broma, Júpiter, y escondí el baúl. Cuando ocurrió lo de los ladrones aquellos, me dije que lo mejor era dejarlo oculto hasta la mañana; no fuera el caso que durante la noche llevaran a cabo un nuevo intento. Estuve a punto de decírtelo, pero en el último instante me decidí por lo contrario, para ver qué es lo que hacías. Algo como esto, estimulará la maquinaria de tu mente.

—¿Que usted lo escondió, señor Jones? —estalló Bob, al mismo tiempo que Pete le hacía eco, gritando:

—¿Dónde, señor Jones? ¿Dónde?

—¿Dónde… pero dónde hallaríamos un lugar adecuado para esconder un baúl? Un baúl que deba permanecer inadvertido… —

exclamó el señor Jones mirando a su alrededor como si la duda le tuviese perplejo, mientras Júpiter hacía igual, examinando las pilas y montones de maderas y de maquinaria, y de otros objetos y utensilios que se amontonaban a su alrededor. Aquel baúl bien pudiera estar debajo de cualquiera de aquellas montañas de trastos que ocupaban toda la superficie del solar. Pero la mirada de Júpiter se detuvo en el espacio que cubría un tejadillo de unos dos metros de vuelo, que se extendía apoyado en la cerca del almacén y debajo del cual se apilaban las piezas de mayor valor y que convenía proteger de las ocasionales lluvias propias de la California meridional.

En determinado lugar se alineaban media docena de baúles viejos de fuerte construcción y que valía la pena de reparar. Todos eran de gran tamaño. Júpiter sintió desvanecerse sus dudas y exclamó:

—¡Pues ya está! ¡El mejor lugar para esconder un baúl pequeño, es meterlo en uno mayor! ¿En cuál lo metiste, tío Titus?

—¡Caramba! Podrías molestarte en mirarlo tú mismo —observó su tío.

Júpiter fue hacia aquellos baúles, pero Pete se le adelantó y sin otro preámbulo abrió la tapa del primero que le vino a mano. Estaba vacío. Júpiter alzó la cubierta del siguiente. También carecía de contenido, y al igual sucedió con el tercero y con el cuarto.

Abrieron el quinto; fue Bob quien lo hizo. Cuando la cubierta cayó hacia atrás todos quedaron contemplando lo que allí había. En su interior, llenándolo casi por completo, aparecía el baúl del «Gran Gulliver».

Capítulo 4

Presentación de «Sócrates»

—Vamos a ver si sirve alguna de las llaves que nos ha prestado tío Titus —dijo Júpiter.

Los tres muchachos se hallaban en el barracón que constituía el taller de Júpiter, oculto de la entrada del «Patio Salvaje», detrás de una muralla formada por pilas de derribos y otros materiales de segunda mano, a donde habían llevado el baúl tan pronto se hicieron de nuevo con él. Era un lugar tranquilo, alejado de indiscretas miradas, donde podían manipularlo a su placer.

Por el «Patio Salvaje» iban y venían algunos clientes, interesados en lo que se ofrecía o bien en busca de alguna pieza que necesitaban. La tía Matilda les atendía. El tío Jones había dicho a su sobrino que los tres podían dedicarse a aquel baúl hasta que él regresara con otro cargamento de material.

Cuando Júpiter comenzó a ocuparse de la cerradura, todavía se sentía ligeramente irritado y enojado consigo mismo por no haber sospechado jamás de que el baúl aquel nunca había salido del almacén. El tío Titus le había hecho objeto de una broma, pero había que confesar que era de buena ley, porque ya por la noche, al ver correr a aquellos dos individuos, hubiese tenido que sacar conclusiones o por lo menos haber llegado a cierta deducción elemental al reflexionar por la mañana acerca de lo ocurrido. En resumen, se había dejado engañar por las apariencias.

Expuso sus pensamientos sin ambages, diciendo:

—La verdad es que anoche cometí un error al no analizar las diversas circunstancias de lo ocurrido. Desde luego hay que convenir que, si se medita y se lleva a cabo algo como es debido

desde el primer instante, se evitan muchos sinsabores. Tío Titus me ha dado una buena lección.

Bob y Pete sonrieron comprensivos y el primero preguntó:

—¿Qué hay del señor Maximilian? Le prometimos avisarle si aparecía el baúl…

—Lo que le prometimos fue que le avisaríamos antes de venderlo a otra persona —replicó Júpiter—. Pero por ahora no pensamos vendérselo a nadie.

—Voto por que se lo vendamos a él —propuso Pete—. Al fin y al cabo, Maximilian nos ofreció un precio que significaba una buena ganancia.

Pero en la mente de Júpiter ya había surgido la decisión de quedarse con una calavera parlante y, en consecuencia, arguyó:

—Luego decidiremos si se la vendemos. Por ahora lo que deseo es ver o mejor oír, si «Sócrates» habla.

—Lo que me temía —suspiró Pete.

Júpiter continuó probando llaves, hasta que por fin dio con una que encajó en la cerradura e hizo correr el pestillo. Seguidamente soltó las dos correas que sujetaban la cubierta y la alzó.

Todos clavaron sus miradas en el interior. Una pieza de seda roja cubría lo que pudiera ser su contenido. Retirada la pieza de tejido, apareció la bandeja superior cubierta con cierto número de bultos pequeños, cuidadosamente envueltos, algunos incluso con trozos de tejido de seda de distintos colores. Había una jaula plegable, una bola pequeña de cristal con su zócalo, pelotas de pequeño tamaño de varios colores, algunas barajas de naipes, y un juego de vasos que encajaban unos con otros. Pero ninguna calavera o bulto de tamaño suficiente para suponer que contenía algo semejante.

Júpiter explicó:

—Éstos son algunos de los adminículos que Gulliver utilizaba en sus representaciones. Si hay algo más… importante, supongo que lo hallaremos en la bandeja inferior.

Con la ayuda de Pete alzaron la bandeja que tenían ante ellos y la colocaron a un lado con sumo cuidado. Lo que ahora aparecía a sus ojos eran ropas. Pero desde luego que no se trataba de prendas corrientes. Fueron retirando chaquetas de seda, una túnica dorada, un turbante, un manto y otras vestimentas de aspecto oriental.

Fue Bob quien advirtió donde se hallaba lo que buscaban, exclamando con voz algo temblorosa por la emoción o por otra causa:

—¡Ahí! ¡Ahí, debajo de ese paño de color púrpura! ¡Eso que es redondo! ¡La calavera! ¡Estoy seguro de que es la calavera!

—Creo que has acertado —convino Júpiter, procurando mantener la ecuanimidad, mientras la levantaba con sumo cuidado y Bob retiraba el paño que la envolvía.

Allí la tenían. Júpiter sostenía entre sus manos una calavera, de brillante blancura que parecía mirarlo con sus órbitas vacías. No era una calavera que infundiera pavor…, al contrario, incluso parecía amistosa. A los muchachos les recordaba el esqueleto que había en el departamento de biología, al que todos denominaban «Señor Huesos». Estaban tan acostumbrados a él, que una simple calavera de prestidigitador no les causaba ningún efecto, una vez hubieron comprobado de qué se trataba.

—Bien —suspiró Bob—. Creo que por fin tenemos a «Sócrates».

—Todavía hay algo más… ahí, debajo de donde estaba —advirtió Júpiter. Confiando la calavera a Bob, se inclinó hacia el fondo del baúl y al enderezarse mostró un disco de unas dos pulgadas de grueso por unas seis pulgadas de diámetro[4], al parecer de marfil. En su contorno aparecían grabados unos símbolos extraños y de significación desconocida.

—Esto parece ser un soporte o un zócalo para «Sócrates» —dijo Júpiter—. Mirad qué concavidades, parece que debe encajarse en ellas.

Puso el disco sobre la mesa que había junto a él y Bob asentó encima la calavera. «Sócrates» quedó allí, al parecer, mirándoles con sorna, mientras lo contemplaban en silencio, que interrumpió Pete, observando:

—Pues, la verdad…, parece como si fuera a decirnos algo. Pero si lo hace… me largo.



—Lo más probable es que sólo Gulliver pudiese hacerle hablar —aventuró Júpiter—. Opino que en su interior debe haber algún mecanismo…

Cogiendo de nuevo a «Sócrates» la examinó con todo cuidado y detalle. Algo chasqueado la devolvió a su soporte, murmurando:

—Pues nada, no hay nada. Si en su interior hubiese algo, estoy seguro de que se advertiría alguna cosa, algún indicio. Pero la verdad es que no hay nada, absolutamente nada. Francamente, es asombroso.

Dirigiéndose a la calavera la interpeló:

—Vamos, «Sócrates», si puedes hablar, dinos algo. Estamos ansiosos por oírte.

La calavera continuó en silencio, por toda respuesta.

—Bien, parece que no tiene ganas de conversación —comentó Júpiter, con aire resignado—. Vamos a ver qué hay además en este baúl.

Fueron retirando más vestimentas orientales. Hallaron una varilla «mágica» de prestidigitador y varios alfanjes. Los estaban examinando curiosos, de espaldas a «Sócrates», cuando oyeron un estornudo contenido detrás de ellos.

Se volvieron inmediatamente. Allí no había nadie… excepto la calavera. ¡No cabía duda! ¡«Sócrates» había estornudado!

Capítulo 5

Una charla extraña en la oscuridad

Los tres muchachos se miraron sorprendidos y con ojos desorbitados.

—¡Ha estornudado! —exclamó Pete, estupefacto, pero reponiéndose seguidamente, prosiguió agitado—: ¡Lo siguiente será que comenzará a hablar, porque una calavera que estornuda, seguramente que es capaz de recitar la arenga de Gettysburg[5]!.

—No sé… ¿Estás seguro que no has sido tú quien ha estornudado, Bob? —le preguntó Júpiter, ceñudo.

—Ninguno de nosotros lo hizo —afirmó Bob, con acento cortante—. Lo oí clara y distintamente a nuestras espaldas.

—Es raro, muy raro —murmuró Júpiter, pensativo—. Pero a lo mejor es alguno de los trucos que empleaba «El Gran Gulliver» para que hablara la calavera o bien que emitiera sonidos. Esto se comprendería… Pero el caso es que Gulliver no está aquí. Quizá ha muerto, incluso. Y francamente, no me explico cómo puede estornudar una calavera por sí sola… Examinémosla de nuevo…

Cogió otra vez la calavera y dándole vueltas una y otra vez entre sus manos, examinó cada detalle. Incluso fue con ella hasta la ventana para verla a plena luz del sol. Mas no pudo hallar ni el más leve rastro de que hubiese sido manipulada en alguna forma.

—¡Ningún alambre o algo parecido! —murmuró Júpiter entre dientes y seguidamente en voz alta prosiguió—: Pues francamente, esto es muy misterioso. No sé qué pensar.

—¡Tu opinión también la comparto yo! —exclamó Pete. Mas Bob no estaba muy de acuerdo porque arguyo:

—Eso de que una calavera estornude, me da qué pensar. ¿Por

qué ha de estornudar? No me lo explico, no veo la razón…

—Desde luego que yo tampoco sé el por qué, como tampoco sé cómo lo ha hecho —repuso Júpiter—. Pero así ha sido y esto es lo que hemos de averiguar. Es el tipo de misterio para el que estoy seguro de que Alfred Hitchcock le agradaría escribirnos una introducción.

Se refería al famoso director de películas que les había dado valiosas indicaciones en los casos más difíciles en que habían intervenido, y que siempre mostraba un gran interés por sus andanzas.

—¡Un momento! —exclamó Pete como si se le hubiese ocurrido una idea—. Vamos a recapitular… Anoche dos hombres intentaron robar este baúl, hoy lo abrimos y hallamos en él una calavera que estornuda. Seguidamente…

La potente y autoritaria voz de la señora Matilda Jones le interrumpió gritando:

—¡Chicos! ¡Ya sé que estáis ahí!, venid inmediatamente ¡Hay que terminar algo en seguida!

—¡Vamos, hombre! —comentó Bob—. Precisamente ahora nos necesita tu tía.

—Y por el tono de sus palabras es aquello de «… no estoy dispuesta a aguardar…» —añadió Pete, al mismo tiempo que se oía a la tía Matilda llamándoles de nuevo y terminó dirigiéndose a Júpiter—: Hala, Vámonos para allá. Será lo mejor.

—Desde luego —admitió el aludido, mientras a toda prisa colocaba de nuevo la calavera en el interior del baúl y lo cerraba con llave.

Seguidamente todos salieron corriendo hacia donde les aguardaba la señora Jones con los brazos en jarras.

—¡Vamos, por fin habéis llegado! ¡Ya era hora! ¡A ver, Júpiter, tu tío Titus con Hans y con Konrad acaban de llegar con un camión cargado de chatarra! Poneos inmediatamente a clasificarlo todo y a colocarlo en su sitio correspondiente.

Los tres chicos echaron una mirada a aquel montón ingente de material que habían descargado a la entrada y suspiraron apesadumbrados. Aquello les ocuparía horas, pero las órdenes de la señora Jones eran inapelables. El «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones tenía fama por su orden y perfecta clasificación, y tía

Matilda jamás toleraría que aquel buen nombre fuese menoscabado.

Los muchachos se lanzaron a la tarea, que sólo fue interrumpida a la hora del almuerzo, que la señora Jones llevó al lugar donde trabajaban para que no perdieran tiempo. Cuando ya veían el final de su labor al alcance de la mano, llegó de nuevo el tío Jones con otro camión completo de materiales diversos, muebles y otros adminículos que había adquirido en una subasta.

Aquella segunda tanda de trabajo les ocupó toda la tarde y, si bien a Júpiter le urgía volver al asunto que les preocupaba concerniente a aquella calavera, no le fue posible apartarse de su labor ni por un instante. Luego Bob y Pete tuvieron que irse a casa, si bien Pete les aseguró que por la mañana a primera hora estaría de nuevo en el almacén. Bob vendría más tarde, porque tenía que cumplir su turno de guardia en la librería de la población, durante la mañana.

Júpiter se sentía demasiado cansado para ocuparse del misterio que concernía al baúl del prestidigitador desaparecido y de la calavera al parecer parlante. Pero se le ocurrió que, si en la noche anterior habían intentado robar el baúl, nada de extraño tendría que aquella noche lo intentaran de nuevo.

Salió de la casa y entró en el almacén donde tenían el baúl. Sacó a «Sócrates» y su zócalo de allí. Cerró de nuevo el baúl con llave y lo cubrió con algunas lonas. Estaba convencido que allí estaba seguro durante la noche, pero, en lo concerniente a «Sócrates», no quería correr riesgo alguno. En consecuencia, tomó la calavera consigo y se dirigió a la casa.

Cuando entró en el salón con aquello debajo del brazo, su tía lanzó una exclamación de horror:

—¡Por todos los santos, Júpiter! ¿A dónde vas con eso? ¡Es horrible!

—No te asustes, tía. Es «Sócrates» y, al parecer, habla.

Su tío, asomando la cabeza por encima del periódico que estaba leyendo, echó una ojeada a la calavera y preguntó:

—¿Dices que puede hablar? ¿Y qué dice? Debe de ser interesante, porque parece inteligente.

—Hablar… lo que se dice hablar…, pues todavía no ha dicho nada —advirtió Júpiter—. Pero confío en que lo haga, aunque no me extrañaría que nada dijera.

—Bien, será mejor que no se dirija a mi, porque si lo hace le diré mi opinión —advirtió la tía Matilda Jones—. ¡Vaya qué idea! ¡Míra, Júpiter, quítala de mi vista! ¡No quiero ni verla!

Júpiter llevó a «Sócrates» a su habitación y lo colocó encima de su escritorio. Luego bajó de nuevo al salón para ver la televisión.

Más tarde, mientras se desnudaba llegó a la conclusión de que «Sócrates» no era posible que hablara. Lo único que ocurrió en su día fue que Gulliver debió ser un ventrílocuo muy hábil en su arte.

Ya casi había conciliado el sueño cuando un silbido suave le sobresaltó. Escuchó unos instantes y sintió perfectamente cómo se repetía el silbido. Pareció provenir de la misma estancia.

Despierto por completo, se sentó sobre la cama, preguntando:

—¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, tío Titus? —Imaginándose por un instante que su tío volvía a hacerle víctima de una de sus bromas.

—¡Soy yo! —dijo una voz suave, algo aguda de tono, proveniente de su escritorio—. ¡Soy yo, Sócrates!

—¿«Sócrates»? —preguntó Júpiter, trabándosele la lengua.

—Ha llegado el momento… de hablar. No enciendas… la luz… no la enciendas. Escúchame con atención… con mucha atención y no… no tiembles… nada temas… ¿Me… me comprendes?

Las palabras parecían ser expresadas con dificultad y Júpiter se esforzó en ver a «Sócrates» a pesar de la oscuridad. Pero no lo consiguió.

—Bien… atiende… —Las palabras parecían ahora que se atragantaban.

—… mañana —prosiguió aquella voz—, mañana… debes dirigirte a la King Street, al número trescientos once… recuérdalo… la contraseña es… Sócrates… Sócrates… ¿me has entendido?

—Sí… perfectamente —pudo contestar Júpiter asombrado—. Pero… ¿de qué se trata? ¿Quién me habla?

—Yo… «Sócrates»…

La voz aquella se extinguió y Júpiter dio la luz que tenía a la vera de la cama. Miró a «Sócrates». Allí estaba, tal como lo había colocado. La calavera parecía mirarle con una sonrisa sardónica, silenciosa.

¡Aquello no era posible! ¡«Sócrates» no podía de ninguna manera haberle dirigido la palabra! Pero… no cabía duda de que había oído aquella voz en su propia habitación. Desde la ventana no hubiese

sido posible. A pesar de ello se asomó. Todo parecía solitario. Allí no había ni un alma.

Presa de confusión indecible, Júpiter se acostó de nuevo. El mensaje transmitido no dejaba lugar a duda. Al día siguiente debía ir al número trescientos once de la King Street. Quizá no iría, pero ya ahora, de antemano, sabía que seguiría las instrucciones recibidas. Aquel misterio le sumía cada vez en una perplejidad mayor.

Capítulo 6

Un mensaje misterioso

—¿Continúas en tu decisión de que no debo acompañarte, Jupe? —preguntó por enésima vez Pete.

Se hallaban sentados en el interior de la camioneta con la que Hans los había llevado hasta Los Ángeles, mirando al sórdido edificio que ostentaba el número 311 en la King Street. Un rótulo desvaído encima del arco de la puerta, anunciaba «Habitaciones» y otro junto a ella advertía: «Completo».

La vecindad era por el estilo. Casas de huéspedes y algunas tiendas y almacenes; todo clamaba por una mano de pintura que lo adecentara. Los pocos transeúntes y quienes se apoyaban en los quicios de las puertas eran gente madura, seres que evidentemente ya habían llevado a cabo su cometido en esta vida. Aquello parecía ser una calle antigua habitada por gente de menguados ingresos.

—Oye, tú eres mi segundo —respondió Júpiter—. Por lo tanto, te quedarás aquí con Hans. No creo que corra riesgo alguno entrando en esa casa.

Pete tragó saliva antes de preguntar:

—¿Estás absolutamente seguro de que la calavera te dijo que vinieras aquí? ¿Estás seguro de que fue así? ¿Que desde tu escritorio te habló en la oscuridad?

—Así fue o bien he sido víctima de una pesadilla —explicóle de nuevo Júpiter y agregó—: Pero no estaba todavía dormido y por lo tanto estoy convencido de que no he soñado. Así es que voy a entrar ahí y veremos lo que sucede. Si dentro de media hora no he vuelto, tú y Hans me seguiréis.

—En fin, como tú quieras —convino Pete—. Pero que conste que

en este asunto hay muchas cosas que no me gustan.

—¡Toma! ¡A mí tampoco! Pero si me veo en peligro, gritaré con tanta fuerza que vosotros me oiréis.

—Jupe —intervino Hans, mirándole con su rostro redondo en el que se mostraba la preocupación—. Ten mucho cuidado y si necesitas ayuda, no lo dudes. Con un solo grito que oigamos estaremos junto a ti.

Arqueó sus brazos destacando los poderosos músculos, indicándole que, si se lo proponía, no habría puerta que le detuviera. El Primer Investigador asintió en silencio, dándole a entender que le había comprendido perfectamente, añadiendo para mayor seguridad:

—Desde luego cuento con ambos en caso de apuro.

Se apeó de la camioneta y atravesó la acera estrecha que los separaba de la entrada de aquella casa. Ascendió los pocos escalones y pulsó el timbre. Tuvo que aguardar algunos instantes antes de oír que alguien venía hacia la puerta. Abrióse ésta y apareció en su umbral un tipo de rostro atezado y negro mostacho. Le miró un instante y le dijo seguidamente:

—¿Qué se te ofrece, chico? Te advierto que no hay habitaciones libres, si es que buscas alojamiento. Todo está completo.

Su hablar mostraba un acento ligeramente extranjero cuyo origen Júpiter no pudo precisar. Con actitud algo torpe, que muchas veces le había sido útil, cuando suponía que sus interlocutores le tomarían por un infeliz, respondió:

—Verá, es que vengo en busca del señor «Sócrates»…

—¡Ah, caramba! —exclamó aquel individuo lanzándole una ojeada penetrante y dando un paso atrás, dejando libre la entrada, dijo—: Entra, aunque quizá está aquí como también es posible que no esté. Depende… Lonzo lo preguntará.

Júpiter entró y parpadeó para acostumbrarse a la penumbra que reinaba en la entrada aquella. Aquel vestíbulo era muy reducido y polvoriento. Al fondo se veía una sala o local mucho más amplio en el que había varios hombres leyendo periódicos o bien jugando al ajedrez. Todos tenían rostros atezados, cabello negro y denotaban poseer fuerte musculatura. La mayoría alzó la cabeza y miró a Júpiter con rostros carentes de expresión.

Júpiter aguardó en silencio y por fin apareció de nuevo el tipo

del bigote, saliendo por una puerta que se hallaba en el último extremo del vestíbulo.

—Ven. Zelda quiere hablar contigo —le dijo escuetamente.

Condujo a Júpiter a través del vestíbulo, pasaron una puerta que su introductor cerró tras él y ahora de nuevo Júpiter guiñó los ojos, pero por motivo distinto que en la ocasión anterior. La estancia aquélla era clara y soleada por demás. Quedó deslumbrado y transcurrieron unos instantes antes de que se diera cuenta de la anciana que estaba sentada en una mecedora, que, mientras no cesaba de hacer calceta, lo miraba escrutadoramente a través de unas gafas pasadas de moda.

Vestía una túnica de brillantes colores rojo y amarillo, y de los lóbulos de las orejas le pendían grandes aros de oro. Júpiter la reconoció como a una gitana, y las palabras que le dijo le confirmaron en su impresión.

—Soy Zelda, la gitana —le dijo con voz lenta y suave, si bien con ligera entonación aguda—: ¿Qué es lo que desea este joven? ¿Quizá averiguar qué fortuna le aguarda?

—Nada de eso, señora —contestó Júpiter con suma cortesía—. El señor «Sócrates» me encargó de que viniera aquí.

—¡Ah, el señor «Sócrates»! ¡Muy bien! ¡Pero el señor «Sócrates» murió! —afirmó la vieja gitana.

Recordando la calavera, Júpiter se dijo que efectivamente, no cabía duda de que «Sócrates» había muerto.

—Pero… —murmuró Zelda— resulta que te habló. Es extraño, de veras, muy extraño. Siéntate, jovencito, siéntate. Aquí, junto a la mesa. ¡Voy a consultar la bola de cristal!

Júpiter tomó asiento junto a una mesa de rica madera en la que habían incrustados símbolos extraños de marfil. Zelda se levantó de la mecedora y ocupó un sillón al otro extremo, frente a Júpiter. De debajo de la mesa extrajo una caja pequeña y de ésta una bola de cristal, que colocó en el centro de la mesa.

Júpiter asintió con gesto mudo, mientras la vieja gitana posaba suavemente sus manos encima de la bola y se inclinaba hacia adelante con la mirada fija en ella. Permaneció inmóvil, hasta el extremo que pareció que había cesado de respirar. Transcurrieron unos segundos y por fin murmuró monótonamente:

—¡Ahora mantente en silencio! —Silabeó en voz baja—. ¡No

digas ni una palabra! ¡No perturbes el aura del cristal!



—Veo… un baúl… veo hombres… varios que lo desean. Veo otro hombre… está asustado… su nombre comienza con la letra B… pero no… comienza con la letra G. Está aterrorizado, necesita ayuda… te pide que le ayudes. ¡La bola se aclara! Veo dinero…, mucho dinero…, muchos hombres que lo desean… pero está escondido… detrás de una nube… se desvanece…, nadie sabe a donde va… el cristal se torna opaco… el hombre cuyo nombre comienza con G ha desaparecido… se ha desvanecido de entre los seres vivos…, ha muerto, pero vive…, no puedo ver mas…

La anciana se enderezó y, echándose hacia atrás, suspiró como si despertara de un sueño, diciendo al mismo tiempo:

—Ver en la bola de cristal requiere mucho esfuerzo… Por hoy no puedo hacer más… La visión que he tenido… ¿te dice algo, muchacho?

Júpiter se encogió de hombros ligeramente perplejo y respondió:

—Hasta cierto punto. Lo del baúl… pues sí. Tengo uno que al parecer hay gente que desea hacerse con él. La letra «G» podría ser la primera del nombre Gulliver. —«El Gran Gulliver»— el prestidigitador…

—«El Gran Gulliver» —repitió la anciana con un murmullo—. Seguramente se trata de él. Fue un amigo de los gitanos, pero ha desaparecido.

—Usted ha dicho que «se ha desvanecido del mundo de los hombres» —repitió Júpiter—. «Que ha muerto, pero que todavía vive». Esto no lo comprendo. ¿Qué significa?

—No puedo explicártelo —contestó la gitana—. Pero la bola jamás miente. A los gitanos nos complacería hallar a Gulliver y traerlo de nuevo aquí, porque era nuestro amigo. Quizá puedas ser de alguna ayuda. Eres inteligente y, si bien todavía eres un chico, tienes un buen ojo y una mente perspicaz. Ves cosas que con frecuencia no las ven otros.

—No puedo imaginarme cómo puedo ser una ayuda —objetó Júpiter—. Nada sé acerca de Gulliver, como tampoco he oído nada relacionado con ningún dinero. Todo lo que hice fue comprar su baúl en una subasta y resultó que en el interior encontramos la calavera parlante «Sócrates» y ésta fue la que me dijo que viniera aquí. Esto es todo cuanto sé.

—Un largo viaje comienza siempre con el primer paso —

comentó sibilina, la gitana—. Ahora vete y aguarda. Quizá averigües algo más. Guarda con cuidado el baúl y, si «Sócrates» habla de nuevo, escucha todo lo que dice con atención. Adiós.

Júpiter se levantó, más sorprendido y confuso que cuando se había sentado y salió de la estancia. Junto a la puerta le aguardaba Lonzo, el gitano del mostacho, que le acompañó hasta la salida de la casa.

Pete y Hans le aguardaban en la camioneta. El primero, al verle, echó una ojeada a su reloj y comentó:

—Mira, ya decíamos de ir a ver si es que te había sucedido algo —y cuando Júpiter se sentaba a su lado, preguntó—: ¿Qué hay de nuevo? ¿Has averiguado algo más?

—Pues no lo sé —contestó Júpiter algo abstraído, mientras Hans ponía en marcha el motor y se unían a la corriente de los vehículos que transitaban por la calzada—. Desde luego, creo que sé lo que sucedió o bien lo que ha sucedido, pero francamente, no comprendo lo que significa.

Seguidamente les contó con todo detalle la entrevista sostenida con la vieja gitana. Cuando hubo terminado, Pete comentó con rostro serio:

—Esto se va complicando. Gulliver y el dinero que está escondido en alguna parte y, además, eso de que Gulliver está muerto, pero que al mismo tiempo está vivo. Francamente, no sé qué pensar.

—Tampoco yo. Francamente estoy perplejo.

—¡Oye! —exclamó de pronto Pete—. ¿Y si el dinero estuviera escondido en el baúl de Gulliver? Hay que convenir que no lo examinamos muy detenidamente, porque, al hallar la calavera…, verás… Si el dinero estuviera en el baúl, esto explicaría el afán que tiene alguien de hacerse con él.

—También he pensado en esto —convino Júpiter—. Quizá no es precisamente la calavera, quiero decir «Sócrates», lo que desea esa gente. Mira, tan pronto lleguemos a casa volveremos a mirar el baúl ése por todos los costados… Oye, Hans, ¿por qué corres tanto?

—Alguien nos sigue —contestó Hans secamente, acelerando todavía más la velocidad y zigzagueando entre el tráfico—. Un coche negro se ha pegado a nosotros desde cuatro calles atrás.

Pete y Júpiter observaron por la mirilla posterior cómo un coche

negro marchaba detrás pegado a ellos y con el evidente propósito de adelantarlos. Pero como la carretera era estrecha y Hans procuraba mantenerse en el centro de la calzada, aquel coche negro se veía obligado a refrenar su marcha.

Continuaron marchando de aquella forma durante media milla, hasta desembocar en una autopista. Los Ángeles dispone de varias, con tres y cuatro carriles, que pasan a través de la ciudad sin intersecciones ni luces de tráfico. Algunas discurren por encima de las calles y aquélla era una de ellas.

—¡Seguiremos la autopista! —murmuró Hans—. ¡Hay demasiado tráfico para que intenten detenernos!

Así diciendo, Hans embocó la entrada a la autopista, casi sin disminuir la velocidad. La camioneta fue engullida en un instante por el tráfico que discurría en ambas direcciones.

El coche que les seguía no intentó darles alcance. Sin duda que sus ocupantes comprendieron que no podían detenerlos en la autopista —si aquél era su plan—, en medio de aquel tráfico y con mayor motivo en una autopista donde estaba prohibido detenerse.

El coche negro tomó el desvío que conducía a la calle inferior y desapareció.

—Menos mal que nos hemos desprendido de ellos —dijo Hans—. Aunque —agregó— me hubiese gustado hacerles chocar sus cabezas unas contra otras. Bien. ¿Hacia dónde vamos, Júpiter? —preguntó a éste.

—A casa, sin duda alguna —respondió Júpiter, mas viendo el gesto cariacontecido de Pete, le preguntó—: Bien, ahora dime, ¿qué te sucede?

—Pues que nada de todo lo que ocurre me gusta —contestó el interpelado—. Y no dirás que no tengo razón. Una calavera que te habla durante la noche, merodeadores que tratan de robarte el baúl, una gitana prediciéndote el porvenir, un coche persiguiéndonos. No digas que no hay por qué ponerse nervioso. De nuevo te pido que dejes este asunto de lado.

—No creo que ya nos sea posible —respondió Júpiter, pensativo —. Parece como si nosotros fuéramos parte del misterio y que no quedara otra solución que la de resolverlo nosotros mismos.

Capítulo 7

Adiós a «Sócrates»

Cuando llegaron al almacén de los Jones, tía Matilda ya tenía preparado cierto trabajo a Júpiter. Pete se esforzó en ayudarle y ambos estuvieron sumamente ocupados hasta la hora del almuerzo. Entonces llegó Bob, que acababa de terminar con su turno de vigilancia en la librería local. Después del almuerzo, los tres muchachos se encaminaron al barracón del taller donde todavía se hallaba aquel baúl viejo, oculto por la lona que Júpiter había echado sobre él.

Júpiter tuvo que contarles de nuevo todo cuanto había acontecido en casa de la gitana, en el curso de la mañana, añadiendo para terminar:

—Si no me equivoco y según entendí a la gitana Zelda, hay algo relacionado con la desaparición de una suma importante de dinero y la del «Gran Gulliver».

—A lo mejor Gulliver dispuso del dinero y se fue a Europa a darse un paseo por aquellos países —sugirió Bob.

—No lo creo —objetó Júpiter moviendo la cabeza—. Zelda dijo, sin lugar a duda, que «hablase desvanecido del mundo de los hombres, que estaba muerto, si bien vivía y tanto a ella como a los demás gitanos les complacería ayudar a su regreso…». Desde luego, convengo en que parece un rompecabezas, un acertijo, pero deduzco que Gulliver no desapareció con el dinero sino que por causa del dinero.

—Quizá escondió el dinero en el baúl —sugirió Pete— y alguien va detrás de él. Recuerda que Fred Brown dijo que algunos tipos estaban interesados por su persona antes de que desapareciera.

Quizá creyó conveniente esconderse.

—Pero ¿por qué tuvo que esconder el dinero en el baúl? Si lo hubiese hecho así, tenía que dar por descontado que el baúl sería uno de los primeros objetos que registrarían… —objetó Júpiter.

Media hora más tarde, habiendo desembalado el baúl y examinado su interior concienzudamente, tuvieron que convenir de que en él nada de valor había.

—Bien, ahora ya sabemos algo —dijo Pete—. Nada hay.

—Vamos a ver… —dijo Júpiter—. Dinero en billetes grandes pudo ser colocado en el empapelado del baúl y ello sin dejar rastro. Examina bien el fondo y mira si hay alguna rendija en el empapelado.

—¿Pero crees de veras que pudo esconderlo ahí? Pero si no hay espacio —objetó Bob, al mismo tiempo que pasaba la mano por el fondo de la valija. De pronto se detuvo, exclamando:

—¡Aquí! ¡Aquí…! ¡Aquí hay algo! ¡Algo que parece papel! ¡Quizá es el dinero!

Levantó con sumo cuidado el papel y pasó los dedos por debajo.

—Nada —murmuró, mas de pronto exclamó—: Aquí hay algo… una carta.

—¿Una carta? —comentó Júpiter—. Veámosla. A ver… está dirigida a Gulliver en un hotel. El matasellos es de hace un año. Eso significa que la recibió aproximadamente al tiempo que desapareció. Fue entonces cuando cortó el forro de papel del baúl y la escondió allí. Lo cual significa que la consideraba importante.

—Quizá sea la indicación acerca del dinero del que habló Zelda —sugirió Bob—. Bien podría ser que incluyera un mapa o bien algo parecido.

Júpiter extendió aquella misiva sobre la mesa y tanto Bob como Pete se inclinaron sobre sus hombros para leer el contenido de la epístola. En resumen, era una nota breve en la que se leía:

Prisión del Estado
Hospital
17 de Julio

Apreciado Gulliver:

Sólo unas pocas palabras de tu viejo amigo y compañero de

celda, Spike Neely. Me hallo en el hospital y parece que no duraré mucho.

Esto puede tardar cinco días, tres semanas o quizá, incluso, dos meses. Los médicos no están seguros ni tampoco de acuerdo. Pero, sea como sea, ha llegado el momento de la despedida.

Si alguna vez vas a Chicago, saluda a mi primo Danny Street. Dale recuerdos de mi parte. Quisiera ser más explícito, pero es todo cuanto puedo hacer.

Tu amigo, Spike

—Es sólo una carta de alguien a quien Gulliver conoció en la cárcel mientras cumplía la condena que le habían impuesto por decir la «buenaventura». No creo que signifique nada, ni que tenga importancia. No veo la relación que puede tener con nuestro caso —comentó Pete.

—Quizá sea así, como tú dices, pero también podría ser que sí que la tuviera —objetó Júpiter.

—Veamos… si no tenía importancia… ¿por qué Gulliver la guardó y la ocultó? —observó Bob.

—Ahí está el intríngulis —dijo Júpiter—. ¿Por qué la escondió? Todo tiende a demostrar que le concedía suma importancia.

Pete, sorprendido y perplejo ante tantos argumentos, se rascó el cogote, diciendo:

—Desde luego, considerándolo así… pero lo cierto es que no menciona para nada el dinero.

—Este Spike Neely se hallaba hospitalizado cuando escribió la misiva —puntualizó Bob y prosiguió—: Según tengo entendido, todas las cartas de los confinados son censuradas antes de ser entregadas al servicio de Correos. En consecuencia, Spike nada podía indicar o bien insinuar acerca de dinero sin que las autoridades de la cárcel se enteraran.

—A menos que no escribiera y expidiera la carta por algún conducto secreto —sugirió Júpiter.

—¿Quieres decir escribiéndola con tinta simpática o bien algo parecido? —preguntó Pete.

—Es muy posible. ¿No te parece? Creo que lo mejor será que lo comprobemos en el puesto de mando. Allí podremos analizarla.

Sin aguardar a otro comentario, Júpiter se dirigió al enrejado que parecía descansar apoyado contra aquella máquina de imprimir, que habían reparado algún tiempo antes. Al apartar el enrejado apareció la entrada del túnel dos que era la puerta principal del puesto de mando. Aquel túnel consistía en un trozo de tubo de los utilizados para los grandes desagües, de algo más de dos pies de diámetro[6], que quedaba cubierto parcialmente por un montón de chatarra y desembocaba debajo del puesto de mando, que era un remolque oculto a toda mirada indiscreta por grandes pilas de chatarra y derribos de toda clase.

Júpiter entró el primero, seguido por Bob y Pete, que se arrastraban apoyándose sobre las manos y las rodillas. El suelo o base del conducto estaba revestido con trozos de viejas esteras y mantas para no lastimarse las manos ni las rodillas. Alzaron la tapa que lo cerraba por el extremo opuesto y entraron en el puesto de mando.

En aquel viejo remolque paulatinamente habían montado un pequeño laboratorio, equipado con un microscopio y otros aparatos adecuados para sus investigaciones. Pero el lugar era tan exiguo, que sólo cabía una sola persona. Júpiter se encargó de analizar la escritura de aquella carta, mientras sus dos compañeros aguardaban junto a la puerta el resultado de sus comprobaciones.

Júpiter comenzó por colocar la carta en el portaobjetos del microscopio y luego de examinarla línea por línea con sumo cuidado anunció:

—De momento no veo nada de particular. Ahora voy a comprobarla con la tinta simpática más común.

Cogió un frasco de ácido y vertió un poco en un recipiente de vidrio. Seguidamente mantuvo la carta encima del recipiente para que se impregnara de los vapores que se desprendían del ácido, moviendo la hoja lentamente de un lado para otro. Tampoco se observó cambio o alteración alguna.

—Es lo que me suponía y esperaba —comentó Júpiter—. Es lógico dar por sentado de que en la cárcel, y más en el hospital, ha de ser sumamente difícil hacerse con tinta simpática. A lo más, todo lo que se puede conseguir es un limón y su jugo es una tinta invisible muy simple. Cuando escribes con él, no se ve la escritura, pero tan pronto calientas el papel aparecen los trazos de las letras

escritas con jugo de limón. En fin, vamos a probarlo.

Encendió un mechero pequeño de gas y sujetando la hoja por das de sus esquinas la pasó por encima de la llama.

—Nada —repitió unos instantes más tarde—. Probaremos el sobre. A lo mejor…

Las pruebas hechas con el sobre tampoco dieron resultado. Júpiter no podía ocultar su desencanto.

—Pues bien —admitió—. Parece que se trata de una carta vulgar y corriente. Pero de lo que no cabe duda es que, cuando Gulliver la recibió, se apresuró a ocultarla. ¿Por qué debió hacerlo?

—Quizás imaginó o bien supuso, por alguna razón, que era la clave de algo, pero tampoco pudo determinaría —sugirió Bob—. Oye… supongamos que mientras estuvo en la cárcel ese Spike Neely le contara algo referente a un tesoro oculto… de dinero…, pero no le dijera dónde se hallaba. Pudo habérselo dicho (lo del tesoro), porque Gulliver era su amigo y con el propósito de que, si a él le sucediera algo, le comunicaría el secreto. Más tarde Gulliver recibe esta carta, enviada desde el hospital por su amigo. Spike está muriendo y Gulliver cree que le ha enviado la clave que ha de conducirle allí donde se halla el dinero. Pero no acaba de descifrar o aclarar la clave; en consecuencia, esconde la carta para estudiarla más adelante con mayor tranquilidad y atención. Otros facinerosos, recluidos en la misma cárcel y que conocían sin duda el secreto de Spike, se enteraron de la carta que éste había escrito a Gulliver y supusieron que le había hecho saber el secreto. En consecuencia, van a ver a éste y Gulliver se asusta. No puede acudir a la policía porque no sabe qué contarles, pero no duda de, que si los malhechores creen que sabe dónde está el dinero, le cogerán y no dudarán en torturarlo para que hable. En consecuencia… desaparece. ¿Qué tal os parece?

—Creo que tu razonamiento está muy bien fundamentado, Bob. Nada tendría de extraño que así hubiese sucedido —admitió Júpiter.

—Pero hemos examinado la carta detenidamente y nada raro hemos hallado en ella, nada que haga suponer que contenga un mensaje secreto o bien una clave. En consecuencia, cabe deducir que Spike Neely no envió nada de lo que hemos supuesto, y no lo hizo, porque sabía que la misiva seria leída por las autoridades de la

cárcel y luego por la policía.

—Conforme, pero permite suponer también que alguien cree que en el baúl hay un mensaje o bien una clave —resumió Pete—. Ésta es la razón por la cual andan detrás de este cofre y si no queremos tener conflictos con unos tipos que probablemente no retrocederán ante nada con tal de hacerse con el baúl, lo mejor que podemos hacer es deshacernos de él cuanto antes.

—Creo que Pete ha dado en el clavo —opinó Bob—. No podemos resolver este misterio porque nada tenemos en qué basarnos y si queremos evitarnos disgustos, no cabe duda de que lo mejor es dejar el baúl en alguna parte para que se lo lleven y que hagan con él lo que quieran. Al fin y al cabo no nos importa nada.

—Maximilian desea que se lo vendamos —remachó Pete—. Voto por meter a «Sócrates» de nuevo en el baúl y que el señor Maximilian haga con el conjunto lo que mejor le plazca. Quitémoselo de encima, es algo demasiado peligroso… ¿Qué te parece, Júpiter?

—¡Hum! —murmuró éste, tirando de su labio inferior—. Zelda la gitana creía que podríamos ser de alguna ayuda, pero desde luego parece que no es así. Como bien decís no hemos hallado ninguna clave como tampoco indicio de algo semejante. Cuando salimos de casa de Zelda nos siguieron dos tipos y ninguno fue de mi agrado.

—Entonces estamos de acuerdo. Telefonearemos al señor Maximilian, ya que desea el baúl con tanto ahínco. Meteremos de nuevo a «Sócrates» en él, lo colocaremos todo debidamente, ataremos las correas, lo cerraremos con llave y que se lo lleve. Desde luego le advertiremos que al parecer hay otra gente interesada por él y que… no queremos ganancia alguna. Sólo el dólar que pagamos en la subasta. Eso es todo.

—Hombre… tanta generosidad —objetó Pete—. Oye, mira que cien dólares no nos irían mal, ¿eh?

Júpiter arguyó:

—Eso no sería leal, teniendo presente que es evidente que la posesión de este baúl significa un peligro. Voy a fotografiar esta carta y seguidamente le telefonearé. Pero me gustará conservar una copia de la carta. Me ayudará a pensar.

Júpiter hizo varias fotografías de la carta y del sobre y

seguidamente llamó a «Maximilian, el Místico», diciéndole que podía disponer del baúl. Seguidamente colocaron la carta en el lugar donde la habían hallado y Júpiter fue a su habitación para traer a «Sócrates».

Cuando entró en su cuarto halló a su tía Matilda mirando a «Sócrates» con ojos desorbitados por el terror. Evidentemente sin poder articular palabra, con un dedo señaló a la calavera y Júpiter le preguntó:

—¿Qué sucede, tía?

—¡Eso…! ¡Eso tan horrible! —tartamudeó la mujer—. ¿Te imaginas lo que acaba de hacer? Me ha dicho «bah…».

—¿Que «Sócrates» te ha dicho «bah…»? —preguntó Júpiter estupefacto.

—¡Lo que oyes! Acababa de entrar para limpiar tu habitación y dirigiéndome a eso le he dicho: ¡trasto feo y horrible! ¡No sé de dónde te habrá sacado Júpiter, pero te aseguro y esto puedes darlo por cierto que no te quedarás en esta casa! ¡No te quiero aquí! ¡Y entonces… entonces… —prosiguió la tía Matilda entrecortadamente —… eso… eso… dijo «bah…», eso es, tan claro como te lo digo, me respondió «bah…»!

—Verás, tía —contestó Júpiter intentando reprimir una sonrisa —. Se supone que se trata de una calavera parlante que perteneció a un prestidigitador y seguramente que quiso gastarte una broma…

—¿Una broma? ¿Y eso puedes calificarlo de broma? ¿El tener una sucia calavera sobre el escritorio y que le diga a una «bah…»? No me importa que sea una calavera parlante o bien un caballo de esa índole, lo que quiero es que la saques de aquí inmediatamente, ¡pero en seguida! ¡Y no discutas!

—Bien, tía Matilda, no te sulfures que así lo haré. Ya me la llevo.

—¡Y no dudes que así lo harás!

Pensativo, Júpiter se encaminó hacia la parte posterior del almacén, llevando con él a «Sócrates» y su zócalo de marfil. A Pete y a Bob, les contó lo ocurrido.

—Francamente, estoy sorprendido —concluyó—. ¿Por qué «Sócrates» tenía que decirle «bah…» a mi tía Matilda?

—A lo mejor esta calavera tiene cierto sentido del humor —comentó Pete y continuó—: Bien vamos a empaquetarla y a

colocarla donde estaba.

—Después de lo sucedido, quizá deberíamos conservar «Sócrates» todavía algún tiempo, así como también el baúl —aventuró Júpiter—. A lo mejor comienza a hablar de nuevo.

—¡Nada de eso! —exclamó Pete, cogiendo a «Sócrates», envolviéndolo con el paño que lo cubría y colocándolo en el baúl—. Tu tía te ha dicho que tenías que desprenderte de él y nosotros estamos dispuestos a ayudarte. También estamos de acuerdo en que se lo quede el señor Maximilian y ahora ya no podemos volvernos atrás en la palabra dada. Además, no me gusta oír a una calavera que habla. Hay misterios que prefiero no resolverlos.

Así diciendo, bajó la tapa y corrió la cerradura. Todavía Júpiter estaba meditando algún argumento que oponer a las palabras de su amigo, cuando oyó a Hans que le llamaba diciendo:

—¡Jupe! ¡Eh, Jupe! ¡Aquí hay alguien que pregunta por ti!

—Estoy seguro de que se trata del señor Maximilian —dijo Bob a los demás mientras se encaminaban hacia la entrada del almacén.

Acertó Bob, porque en efecto allí estaba el alto y delgado prestidigitador, aguardándoles, sin parar atención a los demás clientes que deambulaban entre los montones de materiales a la busca de lo que mereciera su interés.

Cuando vio a Júpiter, exclamó:

—¡Hola, chico! ¿Conque el baúl de Gulliver apareció de nuevo, eh?

—Así es, señor —respondió el interpelado—. Y suyo es, si todavía lo desea.

—¡Claro, hombre, claro que lo deseo! ¿No te lo dije, acaso? ¡Toma, aquí van los cien dólares prometidos!

—Nada de eso. No quiero ningún beneficio en esta transacción. Pagué un dólar por él y se lo cedo por el mismo precio.

—¡Caramba! —resopló su interlocutor—. ¡Qué generoso te has vuelto de pronto! ¿Por qué, si puede saberse? ¿Has conseguido algo de valor de su contenido?

—Nada de eso, señor. Le aseguro de que el baúl contiene todo cuanto había en él cuando lo compré, pero… hay algo misterioso relacionado con él. Al parecer, existen ciertas personas que lo desean con ahínco. Poseerlo puede ser peligroso… tanto que no sé si sería mejor entregarlo a la policía.

—¡Tonterías, chico! ¡Todo eso son cuentos! ¡No voy a preocuparme por cualquier peligro imaginario! ¡No faltaba más! ¡Sé cuidarme de mi mismo! Pero, en fin, si así lo quieres… Yo hice una oferta por el baúl y ahora te pido que me lo vendas y, en consecuencia, aquí tienes tu dólar.

Alargó el brazo, chasqueó los dedos y al parecer extrajo de una oreja de Júpiter una moneda de plata de un dólar y entregándosela, le dijo:

—Bien, ahora el baúl es mío. Conque tráelo para acá.

—¿Queréis traerlo? —preguntó Júpiter a Bob y a Pete.

—¡Inmediatamente! —contestó el segundo.

Entre ambos trajeron el baúl en un periquete. El prestidigitador les dijo cómo debían colocarlo en el portaequipajes del automóvil, un «Sedan» azul, que estaba junto a la reja de la entrada. Estaban tan absortos en su tarea que les pasó por alto la presencia de dos individuos que los observaban con cierto disimulo. Maximilian se sentó ante el volante y como despedida, les dijo:

—Gracias, chicos. En breve daré una representación. Ya os enviaré algunas invitaciones. Adiós.

El coche atravesó la entrada, salió a la calle, giró a un lado y Pete lanzó un suspiro de alivio al mismo tiempo que decía:

—¡Bien! ¡Ahí va «Sócrates»! ¡Apuesto a que el señor Maximilian confía en hallar el secreto de por qué habla y que podrá utilizarlo en sus representaciones! Que le haga buen provecho. Ya hemos tenido bastante de ese baúl y de esa calavera. ¡Yo por lo menos, estoy muy contento de habérmelos quitado de delante!

Capítulo 8

¡Los pájaros volaron!

El día transcurrió sin novedad, como otro cualquiera. Bob se fue temprano a su casa para ver a su padre, el señor Andrews, destacado columnista de un importante periódico de Los Ángeles, con frecuencia estaba ausente por las noches, pero aquel día estaría en casa.

—Bien, Bob —le dijo su padre durante la cena—. He visto tu fotografía en un periódico de Hollywood, con la narración concerniente a la compra de un viejo baúl, llevada a cabo por tu amigo Júpiter en una subasta. ¿Qué…? ¿Había algo interesante en ese cofre?

—Pues… hallamos una calavera que suponemos que… habla —respondió Bob con cierta vacilación—. Se llama «Sócrates».

—¡Una calavera parlante llamada «Sócrates»! —exclamó su madre, admirada—. ¿Pero se ha oído jamás algo semejante?, ¡supongo que no te dirigió la palabra!

—Desde luego, mamá, que no habló conmigo —contestó. Pensó en mencionar que había hablado a Júpiter, pero decidió no hacerlo. Especialmente cuando padre comentó inmediatamente, con una sonrisa—, sería algún sencillo truco de aquel mago al que se supone que había pertenecido, por supuesto ¿cuál era su nombre? ¿Alexander?

—Gulliver, —corrigió Bob—. «El gran Gulliver».

—Me imagino que el hombre era un ventrílocuo bueno, —dijo el Sr. Andrews.

—¿Qué esta haciendo Júpiter con ella? No se la quedará, espero.

—No, la vendió, —dijo Bob—. A otro mago, que dijo que

conoció al Sr. Gulliver. Un hombre que se llama a sí mismo «Maximilian el místico».

—¿Maximilian el místico? —Su padre frunció el ceño—. Tuvimos una noticia breve en el periódico antes de salir. Fue herido en un accidente de coche esta tarde.

¿Maximilian herido en un accidente de coche? Bob se preguntaba si la calavera parlante le había traído mala suerte. Un momento después su padre interrumpió sus pensamientos.

—Oye, ¿te gustaría salir a navegar el próximo domingo? —Un amigo mío nos ha invitado a todos a pasar el día en su barco de vela a alrededor de la Isla Catalina.

—¡Sería genial! —dijo Bob con entusiasmo—. Enseguida olvidó de accidente de Maximilian. Ni siquiera lo recordó a la mañana siguiente, cuando se reunió con Pete Jones y Júpiter en el «Patio Salvaje»…

Los tres amigos comenzaron su labor apartando una máquina de lavar que había adquirido el señor Jones. Acoplando partes y piezas de otra máquina igual, consiguieron que la que tenían entre manos funcionara de nuevo perfectamente. Acababan con su tarea cuando vieron llegar un coche de la policía de Rocky Beach y sorprendidos observaron cómo de él salía la maciza persona del jefe Reynolds y se encaminaba hacia ellos.

—¡Hola, chicos! —les saludó con rostro serio—. Tengo que haceros algunas preguntas.

—¿Preguntas? —preguntó a su vez Júpiter parpadeando, sorprendido.

—Sí… acerca de un baúl que ayer vendisteis a un hombre que se titula o denomina a sí mismo «Maximilian, el Místico». Sufrió un accidente yendo a su casa. Su coche se estrelló y se hirió gravemente; ahora está hospitalizado. En los primeros momentos dimos por cierto de que se trataba de un accidente como tantos ocurren diariamente…, estaba inconsciente y claro, no dijo ni una palabra. Pero esta mañana ha vuelto en sí y nos ha explicado que un automóvil en el que iban dos hombres lo empujó, haciéndole salir de la carretera y también nos habló del baúl ese. Al parecer los dos individuos del otro coche robaron el baúl, porque no lo hemos encontrado en el coche del accidentado, que depositamos en un garaje.

—¡Eso significa que los dos hombres del otro coche empujaron al del señor Maximilian deliberadamente para hacerse con el baúl! —exclamó Júpiter.

—Esto es lo que también nos imaginamos —convino el jefe Reynolds—, si bien ese Maximilian no pudo hablar mucho… el médico no lo permitió. Pero sí lo bastante para decirnos que el baúl en cuestión os lo compró a vosotros y luego… nada más. El médico se impuso y le obligó a callar. Por eso vinimos, para que nos digáis qué había en ese baúl que indujera a robarlo.

—Pues la mayor parte de su contenido consistía en ropas —contestó Júpiter, mientras Pete y Bob escuchaban atentamente—. También había algunos de esos instrumentos o mecanismos que utilizan esos artistas y lo principal…, una calavera que al parecer, habla.

—¿Una calavera parlante? —exclamó, asombrado el jefe Reynolds—. ¡Vamos, que eso ni cabe imaginárselo! ¡Las calaveras no pueden hablar!

—Desde luego, señor. Pero ésta perteneció a otro prestidigitador conocido por «El Gran Gulliver» —y seguidamente le contó cómo había comprado el baúl en una subasta, lo que habían averiguado acerca del tal Gulliver, de cómo había estado recluido algún tiempo en la cárcel y que luego, una vez en libertad, desapareció misteriosamente.

El jefe Reynolds le escuchó en silencio, sin interrumpirle ni una sola vez. Cuando Júpiter hubo terminado, observó:

—Vamos, no vas a decirme que todo eso no te lo has inventado. Por lo menos te lo imaginaste cuando creíste oír que la calavera te hablaba la otra noche en la oscuridad de tu habitación… o quizá fue una pesadilla.

—Desde luego eso de la pesadilla ya se me ocurrió a mí. Pero cuando fui a la dirección que me dio la calavera encontré a la gitana Zelda que pareció que había conocido mucho a Gulliver. Me dijo que éste… ya no pertenecía al mundo de los vivos.

El jefe Reynolds se enjugó la frente suspirando, al mismo tiempo que monologaba:

—… y te colgó esa historia del dinero escondido que afirmaba ver en la bola de cristal, ¿no es así? Desde luego, que en todo esto hay algo raro y para acabar de complicarlo, esa carta que hallasteis

en el baúl y la volvisteis a colocar en el mismo sitio. Menos mal que la fotografiasteis. A ver, déjame ver esas fotografías.

—Voy a por ellas, señor Reynolds. Enseguida las traigo.

Júpiter corrió a la entrada del túnel dos y casi en seguida entró en el puesto de mando. Aquella mañana precisamente había revelado la película de las fotografías que había hecho el día anterior. Ahora sólo tenía una serie de copias, pero no importaba, porque con los negativos podía hacer cuantas quisiera.

Metió las copias en un sobre y a todo correr volvió donde le aguardaba el jefe Reynolds, que las miró un instante y sacudiendo la cabeza levemente, dijo:

—Desde luego no me sugieren nada, por ahora. Pero luego las miraré detenidamente. Lo que voy a hacer es ir a hablar con esa gitana llamada Zelda. Lo mejor será que te vengas conmigo, Júpiter, y veremos qué es lo que nos dice. No sé… pero tengo la impresión que esa mujer sabe bastante de todo este enredo.

Bob y Pete esperaban que les dijeran que le acompañaran también, pero se quedaron con las ganas. Luego de instruirles de lo que tenían que hacer con la máquina que estaban reparando, Júpiter tomó asiento al lado del jefe de la policía y el conductor enfiló la carretera en dirección a Los Ángeles.

—Desde juego ésta será una visita de… cortesía, porque supongo que echará el grito al cielo y se negará a contestar a todo cuanto pregunte. Por lo común, los gitanos son poco comunicativos. Pero, con intentarlo, nada se pierde. Claro que hubiese podido pedir la cooperación de la policía de Los Ángeles, pero en realidad no sé qué es lo que tengo que preguntar, porque ella nada te prometió. En consecuencia, no ha transgredido la ley… por lo menos ninguna prueba hay de que así haya sido.

—Cuando regrese a la oficina, instaré para que se hagan las averiguaciones convenientes acerca del pasado de ese Spike Neely, el que escribió a Gulliver. Vamos a ver si nos enteramos de qué hay detrás de todo ello…, porque, que un par de individuos se atrevan a echar fuera de la carretera a un automóvil sólo para llevarse un baúl viejo… Sin duda que estuvieron vigilando el almacén vuestro y debieron ver cómo colocabais el baúl en el portaequipajes. Le siguieron y… todo lo demás.

Júpiter permanecía en silencio escuchando el monólogo del jefe

de la policía, por cuanto tenía que admitir que se hallaba sumido en una completa confusión.

El coche de la policía mantuvo una buena velocidad y pronto se detuvo ante el edificio en el que se había entrevistado con Zelda. El jefe Reynolds caminó delante y llamó a la puerta con gesto autoritario.

Se produjo un compás de espera, nadie respondía. El jefe comenzaba a mostrar su enojo, cuando una vieja saliendo de una entrada próxima, les preguntó con voz cascada:

—¿Acaso vienen a ver a los gitanos? Si así es, debo decirles que se han ido.

—¿Ido? —exclamó Reynolds con voz truculenta—. ¿Adónde?

—¿Adónde? —preguntó a su vez la mujer aquella con su voz aguda—. ¿Y quién sabe adónde van unos gitanos? Esta mañana cargaron sus enseres y bultos en unos coches viejos y desaparecieron sin despedirse. Sí, así es. Se esfumaron…

—¡Rayos y centellas! —tronó el jefe Reynolds—. ¡Sólo nos faltaba esto! ¡La única fuente de información que teníamos ha desaparecido! ¡Los pájaros han volado!

Capítulo 9

Una advertencia del Jefe Reynolds

—¡Se abre la sesión! —exclamó Júpiter.

Bob Andrews y Pete Crenshaw se acomodaron en sus sillas. Júpiter golpeó con el lápiz que empuñaba la superficie de la mesa, en el reducido espacio que les servía como oficina en el remolque que era su cuartel general.

—Los Tres Investigadores decidirán su futura actuación —prosiguió Júpiter—. La reunión queda abierta para discutir cualquier sugerencia que se proponga —y viendo que tanto Bob como Pete, al parecer nada tenían que decir, añadió—: Tenemos un día libre, el de hoy, ante nosotros. ¿Cómo vamos a emplearlo?

Desde la visita del jefe de la policía, Reynolds, habían transcurrido dos días, que habían sido de trabajo tranquilo y en los que los tres amigos habían dedicado a sus esfuerzos a reparar máquinas y utillaje que había en el gran almacén.

Nadie se había presentado con algún problema, misterio o enigma por resolver, con gran satisfacción de Bob y de Pete, que deseaban unos días para disfrutar de una vida tranquila y sosegada. Con el asunto de la calavera parlante entre manos, y aquel baúl donde la hallaron, tenían quebraderos suficientes para meditar y comentar entre ellos.

—Creo que iré a la playa —dijo Pete—. Parece que hay una mar llana y hace bastante tiempo que no buceo. Creo que deberíais veniros conmigo. Si no lo hacemos vamos a enmohecernos.

—Apoyo la proposición —apoyó Bob—. Hace calor y el agua debe de estar en su punto…

En aquel momento repiqueteó el teléfono.

Sin poder dominarse y al unísono, los tres se enderezaron y miraron al aparato. Aquel aparato que pagaban con lo que ganaban con su trabajo en el almacén, estaba a nombre de Júpiter y contadas personas sabían que en realidad era lo que podríamos denominar el teléfono «oficial» de Los Tres Investigadores. Sonaba excepcionalmente, pero, cuando lo hacía, por lo general era para algo de suma importancia.

Repiqueteó de nuevo. Júpiter levantó el auricular y dijo:

—Aquí Los Tres Investigadores. Júpiter Jones al aparato.

—Hola, Júpiter —oyeron que decía la voz del jefe de policía Reynolds—. He llamado a tu casa y tu tía me ha dicho que llamara a este número.

—Muy bien, jefe. Aquí me tiene. ¿Sucede algo? —preguntó el aludido con acento algo tenso.

—Verás… Como ya te dije, solicité ciertas informaciones —respondió el jefe—. Me refiero a la carta que fotografiasteis, aquella que Spike Neely envió al «Gran Gulliver». Bien, pues he recibido algunas respuestas a mis preguntas. Desde luego, no acabo de comprenderlo todo; parece que todavía hay algunos cabos sueltos y, en consecuencia, me gustaría charlar un rato contigo. ¿Podrías venir por esta oficina?

—Desde luego que sí, señor —respondió Júpiter con ligera precipitación—. Iremos esta misma mañana, sabe usted, puesto que la tengo libre.

—¡Caramba! ¡Qué casualidad! Mira, yo tampoco tengo nada urgente encima de la mesa.

—Pues dentro de unos veinte minutos estaremos ahí —dijo Júpiter al mismo tiempo que colgaba el auricular y dirigiéndose a los dos oyentes que le contemplaban, añadió—. Ya tenemos la mañana ocupada. El jefe Reynolds tiene alguna información para comunicarnos.

—¡Eh, poco a poco! —arguyó Pete—. Ya le dijimos todo cuanto sabíamos. Es decir, se lo dijiste tú. Por lo que a mí me toca, el asunto del baúl y de la calavera parlante que hallamos en él ha terminado. Como te lo digo. Ha acabado.

—Bien, como tú quieras. Si no quieres venir conmigo, intentaré desenvolverme solo —respondió Júpiter.

Bob disimuló una sonrisa, porque el rostro de Pete era una

representación de emociones contradictorias. No le gustaba que lo dejaran de lado, por mucho que protestara. Con tono resignado, cedió diciendo:

—Desde luego que iré contigo. No faltaba más. Es bien sabido que Los Tres Investigadores siempre van a una y, además, quizá todo termine pronto y todavía podamos ir a bucear.

—Pues bien, se aplaza la reunión para el momento más oportuno —decidió Júpiter—. Vámonos.

Luego de hablar con el tío Jones tomaron sus bicicletas y echaron a pedalear en dirección a Rocky Beach, El «Patio Salvaje» de chatarra y de materiales de derribo de los Jones estaba situado en las afueras de la pequeña ciudad y, por lo tanto, no tardaron en llegar al centro de la población, donde estaba la Jefatura de la Policía.

Aparcaron sus bicicletas y pasaron al interior, donde saludaron al agente que estaba de guardia detrás del gran mostrador, que les dijo al verles:

—Ya podéis pasar, que el jefe os aguarda.

Caminaron hasta el fondo del vestíbulo y llamaron con los nudillos a una puerta que ostentaba el rótulo «Jefe de Policía». Luego del consiguiente permiso entraron en la oficina, donde hallaron al jefe Reynolds sentado detrás de su mesa, fumando un cigarro con gesto pensativo. Con un simple ademán les indicó que tomaran asiento, pero, por si no hubiesen entendido el gesto, añadió en voz alta:

—Sentaos, chicos, sentaos.

Los tres obedecieron la indicación y, en silencio, expectantes, aguardaron a lo que sin duda iba a comunicarles el jefe Reynolds. Éste, luego de lanzar una fuerte bocanada de humo, cogió el cigarro con los dedos y dijo:

—Bien, muchachos. He recibido algunas contestaciones, por cierto, muy interesantes, concernientes a mis preguntas acerca del amigo Spike Neely. Ya sabéis a quién me refiero… a aquel compañero de celda que Gulliver tuvo mientras permaneció en la cárcel. Al parecer el tal Spike era un ladrón de bancos.

—¡Caramba! —exclamó Júpiter entre admirado y sorprendido.

—Como digo —subrayó el jefe Reynolds—. Fue condenado por el asalto y robo de un banco en San Francisco, hace seis años. El

botín fue de cincuenta mil dólares en billetes de los grandes. Un mes más tarde fue detenido en Chicago. Uno de los cajeros del banco notó que aquel atracador tenía cierta dificultad en pronunciar la letra «L», es decir, hablaba con cierta peculiaridad. Esto le puso en evidencia cuando fue interrogado por la policía de aquella ciudad.



»A pesar de todos los esfuerzos y triquiñuelas empleadas, ahora llegamos al punto importante: no se recuperó el dinero. Lo había ocultado y, al parecer, sin dejar rastro. Nadie consiguió hacerlo confesar o bien admitir que había robado el dinero. Sin duda que planeó dejarlo donde se hallara y cuando saliera de la cárcel hacerse de nuevo con él.

»Pero vayamos por pasos contados y recapitulemos lo que sucedió. Seis años antes, Spike fue capturado en Chicago, más o menos un mes después de haber cometido el robo. Se supone que ocultó el dinero en aquella ciudad, pero claro, también pudo hacerlo aquí, es decir en Los Ángeles o bien en sus alrededores.

»Veréis… La policía se enteró de que, antes de ser detenido en Chicago, había pasado una semana en casa de su hermana, la señora Mary Miller, que vive en Los Ángeles. La señora Miller fue interrogada debidamente, se recogieron informes acerca de ella. Una señora muy respetable, una dama. Se mostró dispuesta a colaborar desde el primer momento, porque, hasta que la policía le informó de lo ocurrido, jamás se imaginó, ni por un instante, de que su hermano fuera un ladrón de bancos. El disgusto que aquello le ocasionó, no es necesario describirlo.

»Como es de suponer, cabía la posibilidad de que Spike hubiese escondido el dinero en casa de su hermana, antes de irse a Chicago. La casa fue registrada de arriba abajo, como se dice comúnmente, sin resultado alguno. Pero como que llegó a casa de su hermana el mismo día en que llevó a cabo el robo, cabe suponer que en aquel momento tenía consigo los billetes y, como que éstos no se hallaron en casa de su hermana, todo indica que escondió el botín en algún lugar de Chicago.

—En aquella carta que escribió a Gulliver hace un año, menciona a un primo, Danny Street, en Chicago —interrumpió Júpiter y agregó—: ¿No sería posible que dejara el dinero en casa de éste?

—Eso ya se le ocurrió a la dirección de la cárcel, Júpiter. Porque como ya supusiste acertadamente, antes de entregar la carta a correos, la leyeron detenidamente y telegrafiaron su contenido a la policía de aquella ciudad. El resultado fue sorprendente. La policía de Chicago no pudo hallar a nadie llamado Street que tuviese ni la menor relación con Spike Neely. Analizaron su texto en todas sus

posibilidades…, quizá fuera un mensaje secreto… pero en definitiva, nada pusieron en claro.

Júpiter que estaba mordiéndose el labio inferior, señal evidente de que el mecanismo de su mente estaba en plena actividad, admitió:

—Tampoco yo saqué nada en limpio. En consecuencia, he deducido que algunos facinerosos, sabiendo lo de la carta, supusieron que en ella había una clave para encontrar el dinero. Así fue como comenzaron a seguir al «Gran Gulliver», éste debió darse cuenta de la vigilancia de que era objeto, se asustó y desapareció.

—O bien fue asesinado —advirtió el jefe Reynolds, con rostro sombrío—. En mi opinión, Gulliver jamás halló el dinero, pero es muy posible que alguien intentara hacerle cantar dónde se hallaba y, cuando fracasó una y otra vez en sus esfuerzos en hacerle hablar… porque el pobre Gulliver nada podía decirle…, quizá perdió la serenidad y terminó con él. Desde luego, también cabe la posibilidad que apuntas, es decir, que se alarmara por la vigilancia de que era objeto y se escondiera, dejando el baúl donde estuviera.

Júpiter reanudó su teoría, diciendo:

—No cabe duda de que sabía que Spike Neely le decía algo o bien que intentaba decírselo. De no ser así… ¿por qué escondió la carta? Pero supongamos que Gulliver ha desaparecido, de una forma o de otra…

Entonces los criminales actuales se enteran por la prensa de mi compra del baúl de Gulliver y creen o suponen que en él hay la clave que les conducirá al dinero robado. Esto explicaría que, en la primera noche, después de la compra, intentaran llevárselo, lo que no consiguieron gracias a la prudencia del tío Titus. Entonces se dedicaron a seguirme los pasos. Debieron vigilar el «Patio Salvaje» con sumo cuidado, mientras meditaban cómo apoderarse del baúl. Pero vieron cómo lo vendíamos a «Maximilian, El Místico», siguieron a éste, lanzaron su coche fuera de la carretera y se llevaron el baúl…

—Que al parecer lo ansiaban con todas sus fuerzas —interrumpió Pete, agregando—: Por lo que a mí respecta, estoy más que contento de habernos librado de él.

—No cabe duda de que lo mejor hubiese sido que me lo hubieses traído —apuntó el jefe Reynolds.

—Ya lo discutimos, señor; e incluso se lo indicamos al señor Maximilian —respondió Júpiter—. Pero se opuso rotundamente. Quería el baúl de todas formas, y para él sólo. Y además, para decirlo todo, jamás nos imaginamos que alguien tuviese la intención de agredirle para quitárselo; y como tampoco hallamos en él algo que nos indicara de qué se trataba…

—En fin —exclamó el jefe Reynolds—. Es aquello de que agua pasada no mueve molino. Ahora lo que importa es ver si llegamos a una conclusión… digamos a un acuerdo. ¿Lo estamos en que estos malhechores creen que en el baúl hay la clave con que podrán hallar el dinero escondido?

Los tres muchachos asintieron al unísono.

—Bien —prosiguió el jefe—. Ahora esos tipos ya tienen el baúl. Lo registran y examinan con todo detalle y cuidado; no hallan la clave o lo que sea que esperaban. ¿Qué suponéis que se imaginarán?

Júpiter apretó los dientes, tragó saliva y guardó silencio; pero Bob, viendo el silencio de aquél y que Pete, al parecer, no comprendía el alcance de la pregunta del jefe, estalló de repente:

—¡Que nosotros hallamos la clave y que nos la quedamos cuando vendimos el baúl al señor Maximilian! ¡Que sabemos cómo podemos conseguir el dinero robado!

—¡Pero eso es absurdo! —replicó Pete—. ¡Si nada sabemos!

—Lo sé y os creo —comentó el jefe lentamente—. Y vosotros bien lo sabéis, pero… esos tipos creen lo contrario. Están convencidos de que la poseéis y muy bien podría suceder que intentaran arrancárosla por la fuerza.

Los tres comprendieron lo que significaban aquellas palabras que por cierto no despertaban ideas halagüeñas.

—¿Cree usted que todavía estamos en peligro, jefe? —preguntó Júpiter.

—Mucho me temo que así sea —respondió el jefe de la policía con rostro preocupado—. Estad alerta, muy alerta, y tan pronto veáis a alguien sospechoso merodear alrededor del almacén, avisadme sin perder un instante. Hacedlo también si alguien os habla del baúl. ¿Me habéis comprendido? ¿Puedo confiar en ello?

—¡Desde luego! —prometió Bob con énfasis.

—Hay cierta dificultad —advirtió Júpiter—. Al almacén vienen

muchos desconocidos, que pueden ser clientes y resulta difícil… saber de antemano quiénes son sospechosos. No obstante, si advertimos algo extraño en alguno, se lo comunicaremos inmediatamente.

—No dudo de ello —respondió el jefe.

Se despidieron del jefe Reynolds y con semblante pensativo fueron rodando en dirección al almacén.

Capítulo 10

Júpiter afronta el caso

—¡Este asunto cada vez me gusta menos! ¡No estoy dispuesto a consentir que cualquier bruto crea que poseemos algo que no tenemos! ¡No tiene sentido alguno cavilar que lo que pueden hacer! ¡Gente de esta clase y tipo no razonan ni escuchan argumento alguno! —comentaba Pete con tono acre.

—Hay que ver en qué lío nos hemos metido —se lamentó Bob—. Creímos que con sacarnos de delante el maldito baúl se habrían terminado nuestros quebraderos de cabeza. ¿Qué opinas, Júpiter?

Los Tres Investigadores se habían encerrado en lo que consideraba como el taller del «Patio Salvaje». Se mostraban preocupados e incluso Júpiter, estaba extremadamente ceñudo.

Como respondiendo a la pregunta de Bob y mirando ante sí, monologó:

—Mucho me temo que esa gente, sea quienes sean, nos acosarán hasta hallar el dinero. La mejor solución, para nosotros, sería hallar el botín y entregarlo a la policía con la máxima publicidad posible. Que se enteraran. Entonces no les quedaría otro remedio que conformarse.

Aquel parlamento despertó el sentido sarcástico de Pete, que asintió exclamando:

—¡Claro, hombre! ¡Si es lo más sencillo! ¿Cómo es que no se nos había ocurrido antes? ¡Todo lo que hay que hacer es hallar cierta cantidad de dinero que está oculta desde hace algunos años! ¿Que la policía y el departamento de hacienda no han podido encontrarlo? ¡Eso es una nimiedad sin importancia! ¡Pues no faltaba más! ¡Si es algo tan fácil como lanzar una piedra al aire! ¡Nada,

manos a la obra y a ver si terminamos con este caso antes de la cena!

—Desde luego, Pete está en lo cierto —comentó Bob con tono calmado—. Quiero decir… ¿Qué probabilidades tenemos de hallar una cantidad oculta, cuando no tenemos ni la más remota idea de dónde puede hallarse?

—Desde luego que no será fácil —admitió Júpiter—. Pero afirmo de nuevo que hemos de intentarlo, porque no tendremos paz ni seguridad hasta que haya aparecido ese dinero. Además, somos «investigadores» y éste es un problema que nos atañe.

Pete se limitó a gruñir como contestación, pero Bob preguntó de nuevo:

—¿Cómo crees que deberíamos comenzar, Jupe?

—Verás… Supongamos, en primer lugar, que el dinero está escondido en algún lugar de esta región y ruego que así sea, porque si está en Chicago, ninguna probabilidad tenemos de encontrarlo.

La expresión del rostro de Pete significaba bien a las claras de que en su opinión en ninguna parte había probabilidad alguna.

—Lo siguiente —prosiguió Júpiter— será averiguar todo cuanto podamos acerca de la vida y de los movimientos que Spike Neely hizo mientras se hospedaba en casa de su hermana. Esto significa que lo primero que hay que hacer es localizar a la señora Miller y rogarle que nos diga todo cuanto sabe.

—Ten presente que el jefe de la policía ya nos ha dicho que la habían interrogado detenidamente —advirtió Bob— y si ellos nada sacaron en limpio, me pregunto qué conseguiremos nosotros.

—Desde luego que no lo sé. Pero continúo afirmando que hemos de intentarlo. Es, lo que podríamos decir, el único hilo de que disponemos. Desde luego es algo muy borroso, desmadejado, pero hemos de intentarlo. Quizá se nos ocurran algunas preguntas en las que la policía no cayó en la cuenta.

—¡Qué idea tuviste, Júpiter, cuando leíste aquel periódico! ¡Hay que ver! —lamentó Pete, pero prosiguió—. Bien… ¿Cuándo comenzamos?

—Verás… —comenzó Júpiter, pero fue interrumpido por la voz potente de su tía, que les gritaba:

—¡Chicos! ¡Venga! ¡A comer! ¡Que ya es hora!, ¡venid en seguida, antes de que se os enfríe la comida!

Pete al oír aquella llamada pegó un salto, exclamando:

—¡Ya vamos! —Y a sus compañeros les dijo—. Chicos, éstas son las primeras palabras agradables que he oído desde que me levanté esta mañana. Desde luego, vamos a comer. Luego discutiremos lo que propones, Jupe.

Unos minutos más tarde los tres estaban sentados a la mesa de la cocina de tía Matilda y ésta ocupada en llenarles los platos con tocino y guisantes. Entró el tío Jones y se sentó a la cabecera de la mesa.

—Bien, Júpiter —dijo entre dos bocados—. Parece que has trabado amistad con los gitanos, ¿eh?

—¿Gitanos? —preguntó Júpiter sorprendido, mientras los tenedores de Bob y de Pete se detenían a la mitad de su habitual recorrido, ante la sorpresa de ambos, que quedaron boquiabiertos.

—Sí, eso es —continuó tío Jones—. Esta mañana vinieron un par de gitanos mientras vosotros estabais en la ciudad. Desde luego no dijeron que lo fuesen, como tampoco vestían como acostumbran los de su raza, pero los reconocí con sólo verles. No sabían desde luego que yo había trabajado en un circo.

El tío Jones, en su mocedad había trabajado en un circo modesto, despachando billetes, tocando el órgano de vapor, que en aquélla época era un detalle indispensable para todos los espectáculos de esta clase.

—¿Preguntaron acaso por mí? —quiso saber Júpiter.

—Hombre… Creo que sí. Dijeron que tenían un mensaje para el más gordo, de parte de un amigo. Desde luego ya sé que no es que estés gordo, sino que estás bien desarrollado y musculoso, pero en fin, aquellos tipos que vinieron te llamaron gordo.

—¿Y… qué querían decirme? —preguntó Júpiter, pasando por alto los comentarios de su tío.

—Pues es algo como una charada… una adivinanza. A ver… ¿Cómo lo dijeron? Sí, eso es: «Una rana que esté en un estanque, donde hay peces hambrientos, ha de saltar mucho para librarse de ellos». ¿Lo entiendes?

Júpiter para tener tiempo de contestar, se llevó el tenedor a la boca. Bob y Pete comenzaron a masticar en silencio.

—Pues… te diré —respondió Júpiter—. Quizá sea una charada gitana… ¿Pero estás seguro de que eran gitanos?

—Sin duda alguna. He conocido tantos que no puedo equivocarme. Además, cuando se marchaban les oí hablar en su jerga, la vieja jerigonza de su raza.

—No comprendí todo cuanto dijeron, pero sí que decían «peligro» y «mantener el ojo abierto». Espero que no te hayas mezclado en ningún lío con esos tipos. Son gente de cuidado.

—¡Gitanos! —resopló la señora Jones, sentándose a la mesa—. Oye, Júpiter. Ahora que ya nos has librado de aquella horrible calavera, espero que no me vas a decir que te has puesto en relación con esa gentuza.

—Desde luego que no, tía Matilda. Por lo menos así lo espero.

—Parecían gente de paz —comentó el tío Jones, llenándose de nuevo el plato desde la fuente que había en el centro de la mesa.

Los tres amigos terminaron de comer en silencio y casi cabizbajos se encaminaron a su cuartel general.

Cuando estuvieron allí, Pete comentó:

—Un mensaje gitano, ¿eh? «Una rana que esté en un estanque donde hay peces hambrientos ha de saltar mucho para librarse de ellos». ¿He de decir cómo lo entiendo yo?

—Desde luego que ya supongo que lo entiendes perfectamente —convino Júpiter—. Es un aviso discreto para que nos esforcemos en resolver este caso. Desearía saber cuándo los gitanos se relacionaron con este asunto. Veamos… Hablé con Zelda y luego ella y los gitanos desaparecieron. Ahora aparecen dos gitanos trayendo un mensaje para mi… de un amigo. Supongo que el amigo es Zelda, pero francamente, preferiría que no fuera tan misterioso.

—Desde luego, yo también —agregó Pete con un suspiro.

—Todo está muy bien. ¿Qué vamos a hacer ahora? —quiso saber Bob.

—Ir a ver a la hermana de Spike Neely. Sabemos que reside en Los Ángeles. Quizá su dirección esté reseñada en la guía telefónica.

Pete le alcanzó la guía y Jupe averiguó que había varias personas con el nombre de «Mary Miller». Comenzó por la primera y con voz que se esforzó en que sonara cavernosa para que la creyeran de un adulto, explicó que deseaba hablar con el señor Spike Neely las tres primeras mujeres con quien habló contestaron que jamás habían oído hablar de tal sujeto, pero la cuarta dijo que Spike Neely había fallecido y, claro, no se podía hablar con él.

Júpiter contestó con un cortés «muchas gracias» y colgó sin otro comentario.

—Ya tenemos a la señora Miller. Su dirección corresponde a uno de los barrios antiguos de Hollywood. Creo que lo mejor es que vayamos a verla inmediatamente e intentemos averiguar lo que sea posible.

—Me parece que vamos a hacer un viaje inútil —comentó Pete—. Vamos a ver, ¿qué es lo que nos puede decir que ya no lo dijera en su día a la policía?

—Oye… pues no lo sé… pero una rana en un estanque lleno de peces hambrientos ha de saltar mucho para librarse de ellos…

—Creo que Jupe tiene razón —observó Bob—. ¿Cómo iremos hasta allí? Para ir en bicicleta, está muy lejos…

—Podemos llamar a la agencia
«Rent-Ride»
y pedir que nos envíen el «Rolls-Royce» con Worthington —les recordó Júpiter.

Unos meses antes Júpiter tomó parte en un concurso y ganó el derecho a usar un magnífico «Rolls-Royce», de tipo algo anticuado. Más tarde, la generosidad de un muchacho a quien habían ayudado en una situación apurada, les permitió utilizar el coche en determinadas ocasiones. Pero aquel día resultó que el coche mencionado y su conductor, Worthington, estaban prestando un servicio a un cliente.

—En resumen, que no podemos utilizar el «Rolls» —dijo Jupe a sus compañeros—. Tendremos que pedirle a tío Titus que nos preste la camioneta y a Konrad para conducirla. Hoy no parece que haya demasiado trabajo y es posible que pueda cedérnoslo.

Pero resultó que el señor Jones ya tenía un encargo para Konrad y la camioneta. Hasta dentro de algunas horas ambos no estarían disponibles. En consecuencia decidieron emplear el tiempo libre pintando de nuevo algunos muebles del almacén. Desde donde trabajaban podían ver a todo el que entrara en el cercado que comprendía el almacén y así vigilar a cualquier persona sospechosa. Nada ni a nadie vieron que llamara su atención.

Por fin regresó Konrad con el vehículo. Este fue descargado y los tres muchachos se apretujaron en la cabina del conductor. Bob tuvo que sentarse encima de las rodillas de Pete y de esta forma

partieron para Hollywood.

La vivienda de la señora Miller resultó ser una casita sencilla con un pequeño jardín en la parte anterior donde crecían una palmera y dos plátanos. Júpiter pulsó el timbre y la puerta fue abierta por una señora de mediana edad y amable aspecto.

—¿Qué desean? —les preguntó, para añadir inmediatamente—. Si se trata de suscripciones lo siento, pero ya tengo todas las revistas que puedo leer.

—Señora, no se trata de ninguna suscripción… ¿Me permite que le entregue una de nuestras tarjetas? —contestó Júpiter al mismo tiempo que le ofrecía una de las de Los Tres Investigadores.

La señora le miró sorprendida, preguntando:

—¿Tres muchachos investigadores? Parece cosa de broma.

—Señora, puede llamarnos y con razón muchachos, pero aquí tiene otro escrito que nos ha dado la policía.

Así diciendo le entregó una nota que en cierta ocasión les dio el jefe de policía Reynolds. Su texto:

El portador de la presente
es un auxiliar voluntario de la
policía de Rocky Beach.
Cualquier ayuda que se le preste,
será agradecida.

Firmado, Samuel Reynolds
Jefe de Policía

—Desde luego debo confesar que es algo convincente —apuntó la señora Miller—. ¿Pero por qué habéis venido a verme?

Júpiter decidió ser franco y explicito y en consecuencia le dijo:

—Confiamos en que podrá ayudarnos, señora. Nos hallamos envueltos en un asunto bastante desagradable y necesitamos cierta información concerniente a su hermano, Spike Neely. Desde luego es algo largo de explicar, pero si usted nos permite pasar, creo que podremos exponerle detalladamente de lo que se trata.

La señora Miller dudó unos instantes, mas por fin respondió:

—Me parecéis unos chicos decentes y espero no equivocarme. No creo que sepa nada más de Spike que lo que dije en su día, pero intentaré ayudaros.

Pasaron al salón y la señora les invitó a sentarse en el sofá. Júpiter fue explicándole el encadenamiento de los hechos que había comenzado con la compra de un viejo baúl en una subasta pública. Se abstuvo de mencionar a «Sócrates», porque sin duda alguna que sacar a relucir lo relacionado con una calavera parlante era motivo más que suficiente para dudar del sano juicio de cualquiera.

—… como puede usted comprender, señora, hay alguien que está convencido que en el baúl de Gulliver hay una clave o indicación para hallar el dinero escondido. Como que durante un par de días lo tuvimos nosotros, las personas en cuestión creen que tenemos la clave y sabemos donde se halla el dinero. Quizás intenten hacernos hablar por la fuerza y eso podría ser muy desagradable, por cuanto la verdad es que nada sabemos. Creo que ya le he explicado el problema.

—Desde luego —contestó la señora—. Pero no sé, no veo la manera en que pueda ayudaros. Jamás supe algo de ese dinero de que ahora me habláis y del que antes ya mencionó la policía. Jamás me imaginé que mi hermano fuera un malhechor, hasta que vino la policía con sus indagaciones.

—Si pudiera decirnos o recordar lo que dijo a la policía entonces —suplicó Júpiter—, quizá nos diera alguna idea.

—Pues todo esto ocurrió hace unos seis años, pero lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer. A Frank (éste era el verdadero nombre de mi hermano) no le había visto con frecuencia desde que se fue de casa cuando tenía dieciocho años. De cuando en cuando venía a vernos, a mí y a mi esposo, y permanecía con nosotros algunos días, pero jamás nos dijo cómo se ganaba la vida.

»Ahora comprendo que, cuando nos visitaba, lo más probable era que se escondía luego de haber cometido alguna fechoría, pero en aquellos días yo creía que era debido a su carácter intranquilo y a su deseo de cambio continuo de ambiente, y que por eso se iba de nuevo por esos mundos. Cuando le preguntaba acerca de su profesión, contestaba que era “vendedor”. Pero mientras vivía con nosotros, ayudaba a mi marido de buena gana.

»Mi esposo se había creado un, podríamos llamar, negocio independiente. Era un fontanero muy experto, buen pintor y decorador. Si alguien deseaba que su casa fuera pintada de nuevo, lo hacía. Al igual que si deseaba un nuevo empapelado de una

habitación o bien revestir de nuevo un pavimento. Era capaz de instalar un cuarto de baño con todos sus detalles y con el material mejor y más moderno. Se ganaba bien la vida.

»Como decía, cuando Spike nos visitaba, ayudaba a mi esposo, en la tarea que ocasionalmente tuviera. Pero en aquella última visita no parecía tener deseos de salir de casa, se mostraba nervioso. Su defecto al hablar, quiero decir en la pronunciación, se notaba con mayor disonancia. Ya sabéis que este defecto fue la causa principal que condujo a su detención…, aquella dificultad en pronunciar la letra «L». Por ejemplo, si tenía que decir «flor» pues fácilmente se convertía en «for».

»Ahora ya sé que mientras estuvo con nosotros, en realidad se escondía luego del robo que cometió en San Francisco. Durante una semana Spike no salió a la calle…, se buscó trabajo en casa. Pintó y empapeló toda la escalera, que buena falta le hacía, porque como sucede a menudo, la casa propia está más mal cuidada que la de los vecinos donde uno va a hacer reparaciones.

»En aquella ocasión mi esposo enfermó, precisamente cuando estaba decorando un restaurante. No podía levantarse de la cama y le pidió a mi hermano que continuara la tarea en su lugar. Spike no podía negarse y recuerdo que para salir vestía unos “monos” enormes y jamás lo hacía sin llevar gafas oscuras. La labor se prolongó durante varios días, mientras mi esposo empeoraba. Cuando íbamos a trasladarlo al hospital, falleció inesperadamente.

La señora Miller se interrumpió para secarse unas lágrimas con el pañuelo.

—Daba por descontado que Frank se quedaría a vivir conmigo, a ayudarme, pero no fue así. Se fue antes del funeral. Me dijo que tenía que partir con la máxima urgencia, echó algunas prendas en la maleta y salió casi corriendo. Quedé tan sorprendida por su proceder que ni acerté a hacer comentario alguno. Más tarde lo comprendí todo.

—¿Lo comprendió? ¿Qué fue lo que comprendió, señora? —preguntó Júpiter.

—La esquela que publiqué en la prensa dando cuenta del fallecimiento de mi esposo. Ya sabéis cómo se redactan… los nombres de los parientes más próximos; y en la que inserté daba mi nombre, como su esposa, y el de su cuñado Frank Neely, ambos

residiendo en la misma casa. Creo que aquello provocó el pánico de Frank, porque temió que alguien lo leyera y por aquella razón salió casi huyendo.

»Lo que siguió, ya lo sabéis. Vino la policía para interrogarme, luego que le hubieron detenido en Chicago. Pero nada les pude decir, porque, como os repito, jamás supe ni me imaginé que Frank fuese un ladrón de bancos.

—Cuando su hermano se fue… ¿le dijo acaso si volvería a visitarla o algo parecido?

—No lo recuerdo, pero, oye. Es verdad, me dijo algo… Más o menos… «*Hermana, supongo que no vas a vender la casa, ¿eh? Confío en que te quedarás a vivir en ella, así quizás… un día pueda venir a verte*…».

—¿Qué le contestó usted, señora Miller?

—Que desde luego no pensaba vender la casa y que ya sabía él donde tenía su hogar…

—¡Ya sé dónde se halla el dinero! —exclamó Júpiter—. Usted nos ha dicho que su hermano permanecía bastantes horas solo en la casa, mientras ustedes trabajaban. Por lo tanto es lógico admitir que el dinero está escondido aquí… en esta casa.

Capítulo 11

Una sorpresa desagradable

Bob y Pete miraron a su amigo con mal disimulada sorpresa e incluso el primero advirtió:

—Recuerda que el jefe de la policía Reynolds aseguró que la policía había registrado la casa a conciencia sin hallar nada.

—¡Porque Spike Neely fue más listo! Lo escondió tan bien que un examen corriente no lo encontraría. Recordad a vuestra vez que se trata de cincuenta mil dólares en billetes grandes y esto no tiene mucho volumen. Pudo haberlo escondido en el ático, debajo de un alero del tejado o en algún lugar semejante. Él tenía el propósito de visitarla de nuevo, señora Miller… cuando ya no hubiesen moros en la costa y recoger el dinero, pero sufrió un contratiempo; fue detenido y recluido en la cárcel, donde murió.

—Claro… —observó Bob—. Por eso preguntó a la señora Miller si continuaría en la casa. Esto demuestra que pensaba volver…

—Y tuvo varios días para examinar y escoger un lugar que a nadie se le ocurriría —agregó Pete, con ligera excitación—. Tenía que ser un sitio bien disimulado, que engañara a la policía, pero estoy convencido de que lo hallarás, Jupe.

—Señora Miller, por favor. ¿Nos permite echar una ojeada a la casa? —rogó Júpiter—. Quizás…

La señora Miller movió la cabeza con aire pesaroso y contestó:

—Sé que tu razonamiento está basado en una hipótesis errónea. Nunca hallarás el dinero que dices en esta casa, porque… —vaciló un instante antes de proseguir— ésta no es la casa en la que residía cuando falleció mi esposo. Me trasladé a ésta hace cuatro años. Jamás pensé hacerlo, pero me hicieron una oferta tan buena por la

otra que… cedí. Así fue como la vendí y me vine a ésta.

Júpiter procuró ocultar su desencanto, diciendo:

—Entonces, bien podría ser que el dinero estuviera en la otra casa.

—Desde luego así podría ser —convino la señora Miller—. Aparte de lo sucedido, he de convenir en que Frank era muy inteligente y aunque la policía lo revisó todo con ahínco, bien pudiera ser que consiguiera confundirla. Mi antigua casa está en la Danville Street, 532. Si queréis continuar las indagaciones tendréis que ir allí.

—Muchas gracias, señora, por su bondad y amabilidad —dijo Júpiter, poniéndose en pie con ademán de despedirse—. Nos ha ayudado mucho y ahora hemos de proseguir el camino emprendido.

Sus dos compañeros también dieron las gracias y todos se apresuraron hacia la camioneta donde les aguardaba Konrad.

—Oye, Konrad. Tendríamos que ir a la calle Danville Street, 532. ¿Sabes por dónde cae eso? —preguntó Júpiter.

Aquel gigante rubio sacó un mapa de Los Ángeles y sus alrededores. Luego de varias consultas a la guía y nomenclatura correspondiente, localizaron la calle que buscaban. Era una vía relativamente corta, pero algo distante del lugar donde ahora se encontraban. Konrad arrugó el entrecejo y algo perplejo, advirtió:

—Jupe, creo que lo mejor sería que regresáramos a casa. El señor Titus me dijo que no tardara en volver.

—Sólo pasaremos por allí para echarle un vistazo y asegurarnos de que la casa esa existe. Al fin y al cabo no podemos entrar en casa ajena y registrarla como si tal cosa no tuviera importancia. Habrá que hablar de ello con el jefe de la policía, Reynolds.

Pete y Bob bien sabían que a Júpiter le hubiese complacido hallar el dinero y entregarlo en triunfo a las autoridades, pero comprendían que aquello era imposible. Konrad dijo que podían pasar por la dirección indicada en su camino de regreso a Rocky Beach y, ya todos conformes con aquello, partieron para allá.

Los tres muchachos se sentían ahora mucho más animados, si bien Pete todavía dudaba de que llevaran a buen término aquel asunto, y así lo expresó diciendo:

—Al fin y al cabo, Jupe, no sabemos seguro que Spike Neely escondiera el dinero del robo en la casa de su hermana.

—Pete, es el único lugar posible, si lo piensas con lógica. Si yo hubiese estado en la situación de Spike Neely, es allí donde lo habría escondido.

Luego de unas cuantas vueltas todos salieron a la Danville Street.

—Estamos en los novecientos —advirtió Júpiter—. Konrad, gira a la izquierda, porque en esa dirección han de estar los números quinientos.

Konrad siguió las instrucciones y los tres compañeros fueron leyendo atentamente los números de las casas que iban apareciendo a su paso.

—Ya terminamos con los ochocientos —comentó Bob.

Continuaron marchando. Ahora, a ambos lados de la calle aparecían casitas unifamiliares, emplazadas entre jardines bien cuidados. Los tres chicos se mantenían inclinados hacia adelante, recitando en voz baja los números de las casas que se sucedían.

—Creo que ya llegamos —dijo Bob—. Casi seguro que la casa está en la manzana próxima, hacia el centro probablemente. Desde luego a la derecha, porque es un número par.

—Konrad, detente en el centro de la manzana próxima —pidió Jupe.

—Como quieras, Jupe —contestó el aludido.

Un minuto más tarde estaban en el lugar designado y le preguntó:

—¿Es aquí?

El interrogante era oportuno, porque Júpiter miraba boquiabierto a un edificio enorme que comprendía casi toda la manzana. Allí no había ninguna casita, grande o pequeña.

—¡Vaya, hombre! ¡El número 532 ha desaparecido! —exclamó Bob con cierto desencanto—. Esta casa de apartamentos tiene el número 530.

—Pues parece que hemos perdido una casa. Algo difícil, pero no imposible —agregó Pete, intentando dar cierto matiz humorístico a la situación.

—A ver… Konrad, vayamos hasta la manzana siguiente, quizás el número ese esté allí —dijo Júpiter.

Pero las casas de aquella manzana ya estaban numeradas con los cuatro centenares. Total que en la Danville Street no existía el

número 532. Konrad paró el motor y se apeó del asiento, escuchando a los muchachos.

—Vamos a ver —decía Bob—. ¿Y si la señora Miller no nos hubiese dicho la verdad? Quiero decir que jamás hubiese vivido en el número 532 de la Danville Street… y ahora esté buscando en su propia casa los cincuenta mil dólares. A lo mejor todo ha sido una burla…, para librarse de nosotros.

—No —refutó Júpiter secamente—. Estoy convencido de que la señora Miller nos ha dicho la verdad. Aquí ha sucedido algo con este número 532. Aguardadme. Voy a preguntar por ahí a ver si alguien sabe dónde ha ido a parar este número.

Júpiter desapareció en el interior del enorme edificio y regresó pocos minutos después.

—Todo está claro —exclamó—. El administrador de ese edificio me ha explicado que ocupa el cargo desde que lo construyeron hace unos cuatro años y que seis casas que ocupaban el terreno fueron trasladadas para tener espacio suficiente[7].

—¡Trasladadas! —exclamó Pete—. ¿Adónde?

—A la Maple Street, una calle paralela a ésta, pero unas tres manzanas más allá. Las casas estaban en muy buenas condiciones y no eran demasiado grandes; en consecuencia, en lugar de derribarlas prefirieron trasladarlas a unas parcelas de terreno que habían libres en dicha calle y allí fueron montadas sobre nuevos fundamentos. En consecuencia, la casa de la señora Miller existe todavía pero en un nuevo lugar…

—¡Vaya por todos los santos! —suspiró Bob—. Sólo nos faltaba eso… Una casa viajera. ¿Cómo vamos a localizarla? Porque el número 523 ya no será válido. En la nueva calle le habrá sido asignado otro número.

—Desde luego —convino Júpiter—. Pero podemos telefonear a la señora Miller y pedirle que nos describa la casa y seguidamente irnos a la Maple Street y localizarla.

—Pero hoy no —advirtió Bob—. Ya se está haciendo demasiado tarde.

—Desde luego, Jupe —agregó Konrad—. Vamos, sube de una vez que nos volvemos a casa.

—Bien, lo dejaremos para mañana —admitió Júpiter y dirigiéndose a Konrad, le dijo—: Cuando quieras… Konrad puso el

motor en marcha, describió una curva y enfiló la calle para regresar.

Un coche negro, grande, ocupado por tres individuos de rostros duros hizo igual maniobra y manteniéndose a la distancia de una manzana de casas detrás de ellos, emprendió su persecución. Pero los tres amigos no se dieron cuenta de lo que sucedía y así no sufrieron sobresalto alguno.

Cuando llegaron al almacén de los Jones, ya casi era la hora de cerrar y el tío Titus se contentó solamente con murmurar acerca del tiempo perdido, pero de pronto, como recordando algo, le dijo a Júpiter:

—Oye, mientras estabais por ahí llegó un bulto a tu nombre. ¿Esperabas recibir algo?

—¿Un bulto? —preguntó Júpiter, sorprendido—. Pues, no. Nada he pedido. ¿Qué es?

—Chico, no lo sé. Parece que es una caja bastante grande. Está dirigida a ti. Lo hallarás junto a la puerta de la oficina.

Los tres compañeros fueron a ver el paquete. Era una caja de cartón, cerrada casi herméticamente con varias tiras de papel adhesivo. La etiqueta indicaba que había sido enviada expresamente desde Los Ángeles, pero omitía el nombre del remitente.

—Caramba… ¿Adivinas lo que es? —preguntó Pete.

—Pues no tengo ni la más leve idea —respondió Júpiter, sorprendido—. Lo mejor será llevar esto al taller y abrirlo.

Con la ayuda de Pete llevaron la caja al barracón que servia de taller y la dejaron encima de una mesa. Júpiter sacó del bolsillo aquel cuchillo suizo de múltiples hojas y utensilios y cortó las tiras de papel que envolvían la caja. Levantó la tapa y los tres vieron consternados el contenido.

—Vamos —suspiró Pete—. Sólo nos faltaba esto.

Incluso a Júpiter parecíale que no podía articular palabra.

—A alguien se le ha ocurrido devolvernos el baúl de Gulliver —pudo decir tras un esfuerzo.

En silencio contemplaron la tapa del baúl que creyeron habérselo quitado de encima para siempre, pero aquella contemplación fue interrumpida por una voz helada, que decía:

—¡Aprisa! ¡Hallad la clave!

¡Era «Sócrates»!, ¡hablándoles desde el interior del baúl!

Capítulo 12

Los tres hallan algunas claves

—Bien… ¿Y ahora qué? —preguntó Pete, alicaído. Era la última hora de la tarde del día siguiente, un sábado. Los Tres Investigadores se habían reunido en la parte posterior del gran almacén para examinar la situación. En la tarde anterior no se habían sentido con ánimos para discutir lo que significaba la devolución del baúl de Gulliver, porque su reaparición los había anonadado. Ocultaron la caja detrás de la prensa de imprimir y convinieron en dejar las cosas como estaban hasta el día siguiente.

Bob acababa de llegar de su turno de vigilancia en la biblioteca local, Júpiter estaba encargado del almacén mientras sus tíos se hallaban en Los Ángeles y Pete le hacía compañía.

Ahora, los tres estaban alrededor del baúl, preguntándose en silencio qué es lo que tenían que hacer con él.

—Creo que lo mejor es llevarlo al jefe de policía, Reynolds, decirle todo cuanto hemos averiguado y que haga lo que crea más conveniente —sugirió Bob.

—¡Buena idea! —convino Pete con énfasis y entusiasmo—. ¿Qué dices tú, Jupe?

—No me parece mal —contestó Júpiter lentamente—. Excepto… que no sabemos mucho de todo esto. «Creemos» que Neely ocultó el dinero robado en la casa de su hermana, pero no podemos probarlo. No va más allá de una deducción.

—Me basta —respondió Bob, rápidamente—. Spike Neely llegó a casa de su hermana el mismo día en que robó el dinero en San Francisco. Por lo tanto es de suponer que lo llevaba consigo. Temía que lo detuvieran y es lógico que lo escondiera antes de marcharse

de su casa. Estaba convencido de que ella jamás dejaría aquella casa que tantos recuerdos guardaba y en consecuencia, cuando el asunto se hubiese olvidado, podría volver para recoger el botín.

—Además, si no lo escondió allí, tampoco sabemos dónde lo hizo y en consecuencia no sabemos dónde buscarlo. La cosa es sencilla.

—«Sócrates» nos habló ayer —les recordó Júpiter.

—¡Desde luego que lo hizo! ¡Y podéis creerme que no me gustó ni un ápice! —exclamó Pete.

—Fue algo… desagradable —añadió Bob.

—Pero el caso es que nos habló —persistió Júpiter—. Por ahora no me pregunto el por qué, pero sí os recuerdo que nos urgió a que halláramos la solución. En consecuencia, en el baúl tiene que haberla…

—Si en el baúl hay una clave o solución para este asunto, el jefe Reynolds dispone del laboratorio de la policía para examinarlo milímetro por milímetro —arguyó Pete—. Además quizá no tenga necesidad de hacerlo, porque si logra localizar la casa de Maple Street conseguirá la orden de registro y lo más seguro que allí hallará la suma robada.

—Desde luego, eso es cierto —convino Júpiter—. Pero lo primero que hemos de hacer es llamar a la señora Miller y rogarle que nos describa la casa, para que a nuestra vez se la podamos describir al jefe Reynolds.

—¡Pues manos a la obra! ¡Vamos al cuartel general! —exclamó Pete.

—Un momento —dijo Júpiter.

Salió al almacén, diose una vuelta por él y vio que Hans y Konrad podían atender a los pocos clientes que allí habían. Seguidamente se encaminó con Pete y Bob al túnel dos.

Un minuto más tarde estaban en el interior del puesto de mando; Júpiter marcó el número del teléfono de la señora Miller y estaba hablando con ella.

—¿Qué describa mi casa? —preguntó la señora Miller con tono de sorpresa—. Pero si todo lo que tenéis que hacer es ir al número 532 de la calle Danville Street y allí está.

Cuando Júpiter le hubo explicado que había sido trasladada y que en su lugar se había edificado un gran edificio de apartamentos,

dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—Claro… ahora lo entiendo todo. No me extraña que aquel individuo fuera tan insistente en querer comprarme la casa. Si llego a imaginármelo hubiese pedido un precio mayor. Pero, ya es tarde para lamentarse. Pues se trata de una casita de un solo piso, con un pequeño ático con una ventana redonda en la fachada. Es una casita bonita… como muchas.

—Gracias, señora. Estoy seguro de que las autoridades podrán localizarla.

Colgó el auricular y mirando a sus dos compañeros, dijo:

—Cuanto más lo considero, más seguro estoy de que el dinero está oculto en la antigua casa de la señora Miller, disimulado en forma ingeniosa y que la clave o solución se halla en el baúl.

—Quizá tengas razón. Pero aunque así fuera… ¡Estoy harto de este baúl! —dijo Pete con tono firme—. Ten presente lo que le ha sucedido a «Maximilian, el Místico» y ahora este maldito baúl vuelve a nosotros. Sólo con verlo ya me siento indispuesto. Es peligroso, muy peligroso. Créeme, deja que el jefe Reynolds se entienda con él y con el enigma de la clave o solución del misterio.

—Está bien. Quizás tengas razón —convino Júpiter—. En resumidas cuentas, convinimos con el jefe de la policía en cooperar con él. Por tanto lo mejor será entregárselo. Voy a telefonearle que vamos para allá.

Tomó de nuevo el teléfono y a los pocos instantes estaba en comunicación con la Jefatura de la Policía.

—Oficina del jefe Reynolds. El teniente Carter al habla —dijo una voz desconocida.

—Soy Júpiter Jones y desearía hablar con el jefe, por favor.

—El señor Reynolds estará ausente hasta mañana —contestó el teniente Carter—. Tendrá que llamar de nuevo.

—¡Pero es que se trata de algo muy importante! —reiteró Júpiter—. Verá… creo que tengo la solución para…

—¡Déjalo, chico! —le interrumpió la voz impaciente del teniente Carter—. Estoy muy ocupado, y si hay algo que no puedo soportar son los chicos entrometidos. Ya sé que el jefe Reynolds os permite que os mezcláis en algunos asuntos, pero por lo que a mí atañe, opino que los muchachos deben ir a la escuela y estudiar.

—Pero es que el jefe Reynolds me pidió…

—Háblalo mañana con él personalmente. Lo siento pero he de salir inmediatamente.

Se oyó perfectamente cómo en el otro extremo de la línea colgaban el auricular con cierta violencia.

Júpiter colgó el suyo lentamente, y mirando a Pete y a Bob comentó:

—Me parece que a ese teniente Carter no le somos simpáticos.

—A mi juicio pocas personas deben ser de su agrado y menos si se trata de chicos… —subrayó Bob.

—Es una actitud que es frecuente entre las personas mayores. Están convencidas de que siempre tienen razón y que los adolescentes no tienen ningún buen pensamiento. En resumidas cuentas, que a mi entender no podemos llevar el baúl al jefe Reynolds hasta mañana, y quizá tampoco entonces, porque es domingo. Tendremos que guardarlo aquí hasta el lunes. Por lo tanto y como nada mejor tenemos para hacer, sugiero que lo abramos de nuevo e intentemos hallar esa clave o solución de que nos ha hablado «Sócrates».

—Repito que estoy harto del baúl y también de «Sócrates». No deseo oírlo —dijo Pete con voz firme.

—No creo que hable de nuevo —contestó Júpiter y agregó—. Además parece que no le agrada hablar cara a cara. Me habló, recordadlo, en la oscuridad de mi habitación y ayer habló de nuevo desde el interior del baúl.

—Pero a tu tía le dijo «bah…» —advirtió Pete.

—Desde luego es verdad y es algo que no me explico —admitió Júpiter—. Pero, en fin, todo esto son detalles. Creo que lo mejor es que abramos el baúl y le echemos un vistazo. Quizá veamos o advirtamos algo nuevo.

Así lo hicieron. El interior apareció igual que cuando lo cerraron. «Sócrates», bien envuelto con el paño de terciopelo, permanecía en un ángulo del cofre. La carta continuaba en el interior del forro del baúl.

Júpiter cogió a «Sócrates», lo desenvolvió y lo colocó encima del zócalo de marfil y sobre la prensa de imprimir. Seguidamente examinó la carta, diciendo:

—Con leerla de nuevo, nada perderemos.

Los tres se inclinaron sobre la misiva. Su texto les pareció tan

inocuo como la vez anterior:

Prisión del Estado
Hospital
17 de Julio

Apreciado Gulliver:

Sólo unas pocas palabras de tu viejo amigo y compañero de celda, Spike Neely. Me hallo en el hospital y parece que no duraré mucho.

Esto puede tardar cinco días, tres semanas o quizás incluso dos meses. Los médicos no están seguros ni tampoco de acuerdo. Pero sea como sea, ha llegado el momento de la despedida.

Si alguna vez vas a Chicago, saluda a mi primo Danny Street. Dale recuerdos de mi parte. Quisiera ser más explícito, pero es todo cuanto puedo hacer.

Tu amigo, Spike

—Si en este texto hay una clave o indicación, francamente no la veo —murmuró Júpiter. Mas de pronto exclamó—. ¡Un momento! ¿Quizás…? ¡Mira! —le dijo a Bob mostrándole la carta y el sobre—. ¿Sabes lo que no hemos mirado? —preguntó.

—¿Lo que no hemos mirado? —preguntó el interpelado a su vez —. Caramba, Jupe. Tanto la carta como el sobre los hemos examinado una y otra vez.

—¡Los sellos, chicos, los sellos! —gritó Júpiter—. ¡No hemos examinado los sellos, quiero decir debajo de ellos…!

Bob examinó con mayor detenimiento los sellos con que estaba franqueada la carta. Había uno de dos centavos y otro de cuatro centavos. Cogió el sobre con una mano y pasó los dedos de la otra con suavidad por encima de los sellos. La expresión de su rostro cambió al instante.

—¡Jupe! —exclamó con voz ahogada por la emoción—. ¡Tienes razón! ¡Debajo del sello de cuatro centavos hay algo! ¡Se nota al tacto!

Pete también quiso cerciorarse de ello. Efectivamente, aquel sello parecía más recio que el de dos centavos, algo que no se

notaba a simple vista.

—Vamos al puesto de mando y los pasaremos por encima de vapor. Así los despegaremos sin deteriorarlos —decidió Bob.

Se deslizaron a gatas por aquel túnel dos y a los pocos minutos hervía agua en una pequeña tetera. Júpiter mantuvo el ángulo del sobre con los sellos sobre el pitón por donde salía el vapor hasta que se desprendieron.

—¡Hay otro sello pegado debajo del de cuatro centavos! ¡Es de un centavo! ¡De los verles!

—Esto es muy extraño, Jupe —comentó Bob y preguntando—: ¿Qué significará?



—Nada de eso —repuso Pete—. Es muy sencillo. ¿No recuerdas que unos años atrás fue aumentada la tarifa postal? Spike Neely seguramente pegó un sello de un centavo. Debió caer en la cuenta inmediatamente de que no había bastante, pegó otro de dos centavos y encima del de un centavo otro de cuatro centavos.

—Creo que tienes razón. En resumen, que nada hay de raro en ello, Jupe —admitió Bob.

—Cosa de la que no estaría muy seguro —replicó el aludido—. A lo mejor hay algo escrito al dorso de este sello. Veámoslo.

Cuando lo hubieron despegado comprobaron que no era así.

—Nada —comentó Bob—. En ninguno de los tres sellos hay escrito, marca o señal de ninguna clase. ¿Qué te parece, Júpiter?

—No lo sé… pero me parece muy raro para que sea algo accidental… Tiene que tener un significado.

—¿Pero cuál?

—Veamos… Spike sabía que la carta seria censurada. Por ello deduzco que empleó estos sellos para enviar un mensaje. Colocó, o sea pegó un sello encima del otro con tanto cuidado que nadie lo nota, como no esté sobre aviso. Seguramente confiaba en que Gulliver examinaría la carta con la mayor atención y cuidado. Cabe deducir de que el color verde del sello de un centavo se refiere al color de los billetes de banco, lo que nos relaciona con los cincuenta mil dólares desaparecidos. Spike quería decir…

Júpiter se interrumpió. Era evidente que su teoría se estrellaba contra una dificultad, pero Bob que le había escuchado con toda la atención de que era capaz, exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¡Eso es! ¡Un sello es un pedazo de papel! ¡Un billete de banco también es un pedazo de papel! ¡En este caso ambos son verdes! ¡La relación es evidente! ¡Spike cubrió el pedazo de papel verde, digamos el sello, o sea los billetes, con otro pedazo de papel, el sello de cuatro centavos! ¡Spike le decía a Gulliver que los billetes de banco (el color verde) estaban ocultos debajo de un papel!

—¡Claro! La señora Miller nos contó que mientras su hermano permaneció en su casa, que fue, como luego supo, después del robo del banco, «pintó y empapeló» toda la escalera. ¡Fue entonces cuando escondió los cincuenta mil dólares! ¡Puso los billetes uno junto a otro, y encima el papel nuevo con que decoraba la pared!

Pete le escuchaba abriendo los ojos con admiración, hasta que no pudo por menos que decirle:

—¡Bob! ¡Eres fantástico! ¡Sin duda alguna que has dado con la solución! ¿Qué te parece, Jupe?

El interpelado asintió diciendo:

—Desde luego. Una deducción muy bien desarrollada. Me recuerda una narración de misterio en la que uno de los protagonistas oculta cierta cantidad de oro batiéndolo hasta convertirlo en lámina muy delgada, oculta luego ésta también debajo del papel con el que decoró la habitación. En principio el sistema es idéntico, sólo que Spike Neely ocultó billetes de banco, lo que es mucho más fácil.

—¡Alto! ¡Poco a poco! —intervino Bob—. La señora Miller dijo que Spike Neely salió de la casa a terminar un encargo comenzado por su esposo. Quizá fue en aquel lugar donde Spike escondió el dinero…

—No lo creo —objetó Júpiter—. No dudes que el lugar más apropiado era… ¡Eh! ¿Qué es esto?

—¿Qué es lo que pasa, Júpiter? ¿Qué te sucede? —preguntó Pete.

—¡Pero si Spike nos lo dice todo! ¡Es decir, se lo comunica a Gulliver! ¡Fijaos! —exclamó tendiendo la carta a sus dos compañeros.

—Ved el principio: Esto puede durar cinco días, tres semanas o quizás incluso dos meses… Poned las cifras mencionadas en fila y, ¿qué resulta? Pues 5-3-2. ¿Os recuerda algo?

—¡El número de la casa de la señora Miller! —exclamó Bob—. ¡Claro! ¡Calle Danville Street, 532!

—Eso es… y prosigue, diciéndole a Gulliver: Si alguna vez vas a Chicago, saluda a mi primo Danny Street…

—¿Danny…? Eso podría ser una variación o diminutivo de Danville…

—Desde luego y la mención de «un primo» y de «Chicago» está escrita para apartar la posible atención que pudiera despertar la expresión Danny Street. Estoy convencido que Spike Neely le comunica a Gulliver que el dinero está oculto en la calle Danville Street, 532.

—Y debajo del papel que cubre la pared —agregó Bob—. Desde

luego fue parco en las expresiones, pero eso de colocar un sello encima del otro… está muy bien.

—El enigma está aclarado —dijo Pete, procurando dominar el júbilo que sentía—. Ahora hay que resolver la forma en que vamos a recuperar el dinero.

—No va a ser tan sencillo —observó Bob—. Porque no podemos ir a aquella casa y decirles sencillamente: perdone, pero le vamos a rasgar el empapelado.

—Claro que no —convino Júpiter—. Esto es cuestión de la policía. Hemos de comunicarlo al jefe Reynolds, porque decírselo al teniente Carter no tiene objeto. Ya nos ha dicho sin ambages que nada quería oír de nosotros. Por lo tanto, mañana o bien el lunes, cuando el jefe esté allí…

El repiqueteo del teléfono interrumpió la frase. Con gesto de sorpresa Júpiter alzó el auricular, diciendo:

—Aquí Los Tres Investigadores, Júpiter Jones al habla.

—Lo celebro —contestó una voz firme con tono autoritario—. Soy George Grant.

—¿George Grant? —preguntó repitiendo Júpiter, por cuanto aquel nombre le era desconocido.

—El mismo. El jefe de policía Reynolds le dijo que yo llamaría. ¿No es así?

—Desde luego que no. Jamás le ha mencionado, que yo recuerde, señor Grant.

—Pues debió olvidarlo. Fue él quien me dio el número de ese teléfono. Soy un agente especial de la «Asociación Protectora de Banqueros» y he seguido vuestras andanzas desde que comprasteis aquel baúl del «Gran Gulliver» y…

—¿Y qué más? —preguntó Júpiter, con cierta aprensión observando que su interlocutor hacía una pausa.

—¿Sabéis chicos, que tres de los peores maleantes de California os vigilan día y noche?

Capítulo 13

Noticias inquietantes

—¿Dice usted que están vigilándonos? —repitió la voz quebrada de Júpiter, mientras Pete y Bob tragaban saliva.

—Desde luego y puedes estar seguro de ello. Os vigilan y os siguen todos los pasos. Sus nombres y apodos son: Munger, alias «Tres Dedos»; Benson, alias «Cara del Niño», y Leo, alias «El Cuchillo». Estaban en la cárcel con Spike Neely y confían en que vosotros les llevaréis hasta el dinero que él escondió antes de ser detenido.

—Pero… pero, no hemos visto a nadie que nos vigilara, señor Grant.

—Claro que no. Son gente que saben lo que han de hacer. Han alquilado una casa al otro lado de la carretera a la que da la salida del «Patio Salvaje» y os vigilan con prismáticos. En cuanto os ven salir os siguen allá donde vayáis.

—Avisaremos a la policía —exclamó Júpiter, alarmado.

Bob y Pete, que le escuchaban, asintieron con gesto enérgico.

—Ya se lo he dicho al jefe Reynolds —dijo el señor Grant—. Pero claro, resulta un asunto algo difícil de llevar a cabo, porque no se puede detener a nadie por la simple razón de que esté vigilando una salida o bien siguiéndote por la calle, y hasta ahora no han hecho otra cosa, todavía…

—El jefe de la policía, señor Reynolds, temía que algunos malhechores creyeran que nosotros supiéramos dónde estaba oculto el dinero robado —explicó Júpiter, con voz algo temblorosa—. Por esa razón creo que nos están vigilando. Para ver si damos con él.

—Confío en que no cometáis ninguna imprudencia. No quiero

deciros de lo que son capaces de hacer «Tres Dedos» y sus compinches. Si habéis llegado a alguna conclusión o bien habéis averiguado algo, creedme, lo mejor que podéis hacer es pasarlo a la policía.

—Pero… es que todavía no lo hemos hecho.

—¿Pero estáis en ello?

—Le diré… estamos examinando un aspecto que quizá nos lleve a una conclusión.

—Lo celebraría —dijo el comunicante con acento cordial—. Pero decídselo al jefe Reynolds. Nos encontraremos en su despacho… pero, calla, eso no puede ser. Ahora recuerdo que hoy está ausente.

—Así es. Intentamos hablar con él, pero nos respondió el teniente Carter y éste no quiso atendernos.

—Y si ahora le llamáis de nuevo, probablemente os escuchará con suma atención y os impedirá que cobréis ni la mínima parte del premio —advirtió el señor Grant.

—¿Premio? —preguntó Júpiter sorprendido, mientras Bob y Pete le miraban maravillados.

—La «Asociación Protectora de Banqueros» ha ofrecido un diez por ciento como premio por la recuperación del dinero robado, a quien proporcione la suma desaparecida. Eso significa cinco mil dólares a los que tenéis perfecto derecho hasta ahora. Es decir, si la clave pista o solución que hayáis hallado sea acertada.

—¡Cinco mil dólares! —murmuró Pete al oído de Júpiter—. ¡A ver! ¡Pregúntale qué podemos ganar!

—Oye —prosiguió el señor Grant—. Se me ocurre una idea. Si vosotros proporcionáis la información adecuada a la «Asociación Protectora de Banqueros» y nosotros la pasamos a la policía, tenéis derecho al premio, porque habréis sido vosotros los que habréis solucionado el enigma. Podría ir ahí y hablar con vosotros…, pero, no sería conveniente, porque si esos maleantes me ven, seguramente me reconocerán y eso quizá les impulse a dar algún golpe desesperado. ¿Por qué no venís a verme vosotros, secretamente? Actualmente estoy en la ciudad.

—No puedo abandonar el «Patio Salvaje» —objetó Júpiter con el ceño fruncido—. Mis tíos todavía tardarán un par de horas en regresar y mientras tanto, todo esto está a mi cargo.

—Sí, claro. Ya lo entiendo —el señor Grant hizo una pausa y

prosiguió—. ¿No podríais escabulliros a última hora de la tarde, cuando cerréis? ¿Quizás los tres podríais encontraros conmigo en algún lugar adecuado? Desde luego tenéis que salir de ahí sin que «Tres Dedos» y sus compinches os vean…

—Creo que podré hacerlo. Bob y Pete deben marcharse temprano a sus casas para cenar. ¿Cree usted que los seguirán?

—Lo dudo. Esos tres tipos van detrás de ti, por lo tanto… ¿Estás seguro de que podrás escabullirte sin ser visto?

—Desde luego, puede estar seguro de ello —contestó Júpiter pensando en la salida posterior, correspondiente a la puntera roja de Rover, que era su pasaje secreto por la parte trasera del Patio Salvaje.

—Desde luego será algo tarde, porque hoy es sábado y tenemos abierto hasta las siete.

—Muy bien. ¿Crees que a las ocho será una buena hora, es decir que estarás libre?

—Creo que sí, señor Grant.

—Bien. Pues nos encontraremos en el parque… en el Oceanview. Estaré sentado en un banco interior junto a la entrada del Este, leyendo un periódico. Visto una chaqueta de deporte color castaño y un sombrero de ala estrecha del mismo color. Venid separados cada uno por un lado distinto y cercioraos de que no sois seguidos, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Y no habléis con nadie antes de que nos reunamos. Es de la máxima importancia de que nadie sospeche nada hasta que yo tenga vuestra declaración. Si tenéis pruebas, soluciones o lo que hayáis hallado, traedlo. ¿Entendido?

—Completamente, señor Grant —contestó Júpiter.

—Entonces, hasta las ocho.

Cuando Júpiter colgó el auricular, Pete exclamó con tono de triunfo:

—¡Hay que ver! ¡Un premio de cinco mil dólares! ¿Pero qué te pasa, Júpiter? ¿Por qué pones esa cara?

—¡Tú dirás! ¿Acaso hemos hallado el dinero?

—¡Pero si es como si ya lo hubiésemos encontrado! O mejor dicho, la policía, gracias a las informaciones que les dará el señor Grant. Incluso quizá nos permitan asistir al hallazgo.

—Ni cabe imaginárselo, si el teniente Carter tiene que decidirlo.

—Preferiría que el jefe Reynolds estuviera aquí —dijo Júpiter—. Me gustaría hablar con él, por si conoce al señor Grant…

Desde el exterior gritaron:

—¡Jupe, aquí hay un cliente que necesita cambio!

—Este es Konrad —dijo Júpiter—. Lo mejor es que salga y esté con ellos. Al fin y al cabo los tíos me han confiado el «Patio Salvaje»… Vosotros colocadlo todo otra vez en el baúl y no os olvidéis de «Sócrates»…

—¡Atiza! —exclamó Bob mirando a su reloj—. ¡Tengo que estar en la biblioteca antes de que cierren! Dejé mi chaqueta allí al venir para acá. Me voy para allá escapado y luego iré a casa…

—Está bien hombre, está bien —dijo Pete—. Vete sin más, hombre. Luego yo también me iré a casa. Pero quedamos de acuerdo en que nos encontraremos en el parque a las ocho, ¿conforme?

—Eso es —confirmó Júpiter.

Pete acercóse al baúl y a «Sócrates» de mala gana, pero le dijo a la calavera:

—¿Tienes algo que decir ahora que hemos resuelto el enigma?

«Sócrates» continuó con su mueca silenciosa.

Capítulo 14

Bob suelta una bomba

Bob, preso de evidente excitación, pedaleaba con furia por las calles del extrarradio de Rocky Beach dando un rodeo para llegar al lugar convenido en el parque. Iba con un ligero retraso acerca de la hora prevista. Después de cenar había perdido algún tiempo examinando una pila de periódicos antiguos que guardaban en el garaje, hasta que halló el número que buscaba y ahora intentaba con todas sus fuerzas ganar el tiempo perdido. Al entrar en el parque y ver a Pete y a Júpiter sentados en un banco junto a un joven bien vestido y sumidos en una profunda conversación, respiró aligerado. Al oír los frenos de la bicicleta de Bob, volvieron hacia él sus cabezas.

—¡Chicos, siento haberme retrasado! —resopló el recién llegado —. Pero tenía que comprobar algo.

El joven que se sentaba con Júpiter y Pete, le saludó diciendo:

—Supongo que eres Bob Andrews —y tendiéndole la mano continuó—. Soy George Grant.

Luego de estrecharse las manos el joven le mostró una tarjeta de identificación que sacó de una cartera de cuero, al mismo tiempo que decía:

—He aquí mis credenciales.

Bob leyó en la tarjeta de que el portador era un agente investigador al servicio de la «Asociación Protectora de Banqueros». Bob dio su conformidad con un gesto y el señor Grant volvió a meterse la cartera en el bolsillo de la chaqueta.

—Oye, Jupe… —comenzó Bob.

Pero el interpelado le interrumpió diciéndole:

—Explicaba ahora al señor Grant que, gracias a la carta, hemos

podido determinar que el dinero se halla detrás del papel del decorado de la antigua casa de la señora Miller.

—Desde luego, chicos, puedo deciros que habéis llevado a cabo una labor espléndida —afirmó el señor Grant y prosiguió—. «La Asociación Protectora de Banqueros» verá complacida como percibís el premio ofrecido. Desde luego, si el dinero se halla efectivamente detrás del empapelado, no es nada extraño que la policía no lo hallara, por mucho que registrara la casa.

»Claro que ahora nos hallamos ante un problema… y no es pequeño. Cómo entrar en ella. Porque no cabe duda de que la casa estará habitada, y en consecuencia voy a pedir una autorización especial a las autoridades para levantar el papel que cubre las paredes. Pero no estoy seguro…

Fue evidente que Bob no pudo contenerse por más tiempo, porque de pronto, le interrumpió diciendo:

—¡Es lo que quería decir, señor Grant! ¡Que si la casa todavía está allí de pie, no está habitada y si está allí, repito, no lo estará por mucho tiempo!

Sus compañeros le contemplaban sorprendidos, boquiabiertos. Ante su sorpresa se apresuró a continuar.

—Cuando he llegado a la biblioteca para recoger mi chaqueta, he oído como una señora que habita en Maple Street se lamentaba a la bibliotecaria de que la obligaban a abandonar la casa y que no hallaba ninguna para alquilar. Por fin parece que se traslada a Rocky Beach, a uno de los barrios extremos. Cuando aquella señora se hubo ido, le pregunté a la bibliotecaria qué sucedía y ésta me dijo que había leído algo en los periódicos acerca de la demolición de unas casas. En la biblioteca hallé el ejemplar del periódico en que venía la noticia. Después de cenar busqué en el garaje de casa, encontré el número correspondiente, recorté la noticia y aquí la tenéis.

Así diciendo, puso en manos de Júpiter un recorte de periódico. Éste lo extendió y con Grant y Pete leyeron:

COMIENZA LA DEMOLICIÓN PARA LA NUEVA AUTOPISTA

«Más de trescientos hogares, algunos de ellos compuestos

> por casitas nuevas y atractivas, ya están vacías y silenciosas a la espera de que las excavadoras les den el golpe de muerte. Pronto no serán más que un recuerdo para los moradores que las habitaron y tuvieron que abandonarlas para que pudiera tenderse la nueva autopista que se extenderá por aquellos terrenos.
>
> Desaparecerán quince manzanas de la calle Maple Street y en su lugar habrá una autopista de seis carriles, proyectada para aligerar el tránsito de coches cada vez más denso que atraviesa la ciudad de Los Ángeles. El triste destino no sólo afectará a la calle Maple Street, sino también a muchas casas de las calles transversales a ésta. El disgusto y pena que se causa a los actuales ocupantes de estos hogares, obligados a buscar otro cobijo, es sólo la repetición de otros millares de casos que se han producido desde que comenzó la construcción de esta autopista, pero la ineludible necesidad de establecerla para evitar los atascos que amenazan con paralizar a la ciudad, obligan a la destrucción de miles de hogares levantados con entrañable cariño…».

El artículo se extendía en varios comentarios acerca del caso, pero el señor Grant los pasó por alto con un ligero silbido, al tiempo que decía:

—¡Vaya, hombre! ¡Conque Maple Street tenía que ser! La calle donde está la casa en que residía cuatro años atrás la señora Miller. ¿No es eso?

—Así me informó el administrador de aquel edificio de apartamentos, construido sobre los terrenos primeros de la casa y de sus vecinas.

—Y ahora la mayor parte de la calle Maple Street va a ser demolida —prosiguió el señor Grant—. Esto… cambia el aspecto de todo. Significa que la casa está vacía y que no tenemos tiempo para perder. ¿Qué pasará si «Tres Dedos» averigua lo que sabemos y ya está allí? No me extrañaría que ya se hubiese hecho con el dinero.

—¿Cómo hubiese sido posible?

—Ayer os siguieron. Vieron como fuisteis al actual domicilio de la señora Miller y, claro, debieron suponer que ella os diría lo de su

casa anterior. Sin duda alguna que os siguieron también cuando fuisteis al edificio de los apartamentos. Vieron entrar a Júpiter en la oficina del administrador y no les costaría mucho saber qué es lo que te dijo. Luego, a deducir que el dinero se halla en la casa antigua… sólo hay un paso. ¡Quizá ya están en ella, buscándolo!

—¡Maldita sea! ¡Muy bien pudiera ser así, como usted dice!, ¡quizá ya sea demasiado tarde! —exclamó Bob.

—¡Por lo común en estos casos acostumbro a pedir ayuda a la policía! —explicó el señor Grant—. Pero ahora la cosa urge y lo más conveniente, lo mejor, creo que es irnos a la calle Maple Street y tratar de localizar la casa esa, y si es posible…, rescatar el dinero inmediatamente. No hay tiempo para explicárselo a la policía. Podéis venir conmigo, chicos… en realidad os necesito, porque vosotros tenéis idea de cómo es la antigua casa de la señora Miller.

—Muy bien, señor Grant. Iremos con usted. ¿Pero cómo? —preguntó Júpiter.

—Tengo el coche ahí a la vuelta de la esquina. Podéis dejar aquí las bicicletas, luego las recogeremos.

Sin perder un instante, Pete y Bob encadenaron sus bicicletas. Júpiter había venido a pie, saliendo por el pasaje del Puerta roja de Rover. Con el señor Grant se encaminaron a su coche y unos instantes más tarde marchaban en dirección a Hollywood, por una carretera que serpenteaba entre las colinas.

—¿Estás seguro de que el dinero se halla oculto detrás del papel que cubre las paredes? —preguntó Grant a Júpiter.

—Pues… casi seguro. La señora Miller nos dijo que, mientras su hermano se hospedó en su casa, se entretuvo pintando y empapelando. Pudo muy bien ir colocando los billetes contra la pared y cubriéndolos luego con el rollo del papel.

»Ya en el hospital escribió la dirección de la casa en su carta, pero como que no podía decirle claramente a Gulliver donde había puesto los billetes ideó aquello de cubrir un sello con otro.

—Desde luego… la analogía es perfecta —asintió Grant—. Me lo imagino. Si localizamos los billetes tendremos que conseguir algún aparato para aplicar vapor y así levantar el empapelado. Por fortuna, hoy es sábado y algunas tiendas permanecen abiertas hasta hora avanzada. Pero lo primero que hemos de hacer es hallar el dinero y… ser los primeros en encontrarlo…

Mantuvo la velocidad hasta llegar al barrio a donde se dirigían y una vez allí aminora la marcha, diciendo a Júpiter:

—Mira a ver si encuentras un mapa de la ciudad, que debe de hallarse en la bolsa de la portezuela.

Cuando Júpiter hubo extendido el mapa, detuvo el coche y ambos lo examinaron.

—Muy bien —dijo Grant—. Mira, podemos continuar hasta la Houston Avenue y allí cruzaremos la calle Maple Street. ¿Dijiste que el número corresponde al quinto centenar?

—Al quinto o bien al sexto, me dijo el administrador, según le parecía recordar —contestó Júpiter.

—Lo encontraremos —afirmó el señor Grant frunciendo el ceño —. Afortunadamente todavía tenemos luz diurna.

Fenecía el atardecer rápidamente cuando alcanzaron la Houston Avenue. El señor Grant giró a la izquierda recorriendo varias manzanas hasta llegar a la calle Maple Street.

No cabía duda de que habían llegado al lugar que buscaban, porque si bien no había rótulos Indicando el nombre de la calle, las casas derruidas y los montones de escombros que casi le cerraban el paso, eran indicaciones más que suficientes de que no se habían equivocado. Todas las casas a un lado ya habían sido derribadas y lo que un día fueron hogares habitados ahora no eran nada más que montones de desechos y cascotes que pronto serían retirados. A su izquierda ya todo eran solares en los que había dos enormes grúas de pala con grapas, así como varios tractores. Los restos de lo que un día fue un restaurante, aparecían como perdidos en aquella desolación y aquellas máquinas enormes parecía que contemplaban lo que habían destrozado. Del restaurante ya habían desaparecido algunas partes de la fachada; algo como si hubiese sido bombardeado.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. ¡Vaya destrozo! ¡Qué desolación! ¿Cree que llegaremos a tiempo, señor Grant?

—Espero que sí, pero desde luego… por los pelos —contestó el investigador con una mueca, agregando—: Creo que el quinto y sexto centenar de números están unas calles más arriba. Vamos a verlo.

Rodeó un montón de cascotes y el coche marchó en la dirección aludida. Comenzaron a pasar por delante de casas que todavía

estaban en pie, si bien oscuras y silenciosas; sin duda alguna ya vacías. El conjunto producía una sensación extraña, porque se oía el intenso rumor del tránsito de la ciudad a un par de centenares de metros, pero allí, en aquella calle de Maple Street parecía como si hubiese habido una huida, algo como un abandono total. No se veía ni un transeúnte. Dentro de pocos meses se extendería una amplia autopista y por ella correrían miles de coches, pero ahora aquella era un desierto en el que un gato flaco y demacrado que atravesaba la calzada producía el efecto de una aparición fantasmal.

—Estamos en el noveno centenar —le advirtió el señor Grant—. Dentro de dos instantes llegaremos al sexto centenar. Mirad la casa con atención. Continuaron rodando lentamente por delante de casas silenciosas. En algunas incluso estaban abiertas las puertas de entrada, como diciendo en mudo lenguaje que era igual que no lo estuvieran.

—Comienza el sexto centenar —dijo el señor Grant—. ¿Veis alguna que se parezca a la que buscamos?

—¡Para! —exclamó Pete, señalando una casita situada casi en el centro de la manzana.

—Ahí hay otra que también podría serlo —advirtió Júpiter, señalando con el índice hacia una casa situada en la acera—. Ambas tienen una ventana redonda en el ático.

—¿Dos? —preguntó el señor Grant—. ¿Y no podéis determinar cuál es la verdadera?

—La señora Miller sólo nos dijo que era un casa de un piso con paredes castañas y una ventana redonda en el ático.

—Vagas indicaciones —observó el señor Grant—. Porque ya veis que casas como las que decís abundan. En fin, continuemos.

En la manzana siguiente observaron otra casa con las paredes de color castaño, situada entre dos casas estucadas. También tenía una ventana redonda en el ático. El señor Grant detuvo el coche, diciendo:

—Con ésta, ya tenemos tres casas posibles, lo que sin duda dificulta nuestro propósito; pero, parece que por aquí no haya venido nadie. No hemos visto ningún coche, ni ninguna indicación del amigo «Tres Dedos» o de sus compañeros. Aparcaremos el coche en otro bloque para que no se note con demasiada facilidad y vamos a examinar las tres casas. Quizá sea una de ellas.

Capítulo 15

Comienza la búsqueda

Ya era casi de noche cuando llegaron frente a la primera de las tres casas con paredes de color castaño. El señor Grant miró a lo largo de la calle en ambas direcciones. Aquello permanecía mudo y desierto.

Probó la puerta. Estaba cerrada.

—Como que va a ser derribada, no es necesario que vayamos con muchas contemplaciones para entrar —observó, mientras hincaba entre la puerta y su marco una palanqueta que traía consigo. La madera se rajó, saltaron algunas astillas y la puerta quedó abierta.

Entró seguido por Los Tres Investigadores que caminaban virtualmente pegados a sus talones. En el interior reinaba una oscuridad absoluta. El señor Grant enfocó una pared con la linterna y luego describió un circulo con la luz. Se hallaban en una habitación polvorienta con algunos papeles en el suelo. Aquello debió ser en su día el salón.

—Podemos comenzar, si bien creo que si hay algo estará en el vestíbulo o bien en la habitación posterior. ¿Tienes un cuchillo, Júpiter?

El interpelado tomó su cuchillo suizo de varias hojas y herramientas y abrió la hoja mayor. Seguidamente practicó un corte en el papel de la pared que tenía enfrente. El señor Grant por su parte introdujo la punta de su cortaplumas en el corte y arrancó una tira de papel.

Sólo apareció el enyesado.

—Nada —comentó—. Tendremos que hacer lo mismo en otros

lugares de esta pared y probar también en las restantes. Luego, si aquí no hallamos nada, haremos lo mismo en las demás habitaciones.

El señor Grant y Júpiter hicieron varias pruebas en aquel tabique y en los otros tres de la habitación con resultado nulo.

—Pasemos al comedor —dijo el señor Grant.

Alumbrándose con la linterna pasaron a dicha estancia. Júpiter hizo el corte y el señor Grant apartó el papel. Pete exclamó en voz baja:

—¡Hay algo verde debajo!

—A ver, Júpiter, acerca la linterna…, quizá lo hayamos hallado —dijo el señor Grant.

Júpiter enfocó el haz de luz. Aquello verde resultó ser un empapelado anterior.

—Probemos éste también —decidió el señor Grant—. Quizá…

Debajo del papel verde apareció el enyesado.

Comprobaron los tabiques del comedor y pasaron al dormitorio principal. Las diversas pruebas resultaron negativas, al igual que en el segundo dormitorio. El cuarto de baño y la cocina estaban pintados. Júpiter ascendió por una escalerilla hasta el ático. No había ningún empapelado.

—Bien, ya estamos seguros de que aquí no está la olla con los doblones —dijo, chanceando el señor Grant, intentando disimular su desencanto y con voz ligeramente tensa, mientras se enjugaba con el pañuelo algunas gotas de sudor que aparecían en su frente—. Ahora vamos a intentar lo mismo en las otras casas.

Salieron a la calle. En la esquina continuaba encendida la farola del alumbrado público, pero en las casas de alrededor la oscuridad y el silencio eran absolutos. Los tres muchachos, guiados por el señor Grant, se encaminaron a la manzana siguiente, deteniéndose frente a la primera casa que mostraba costados de color castaño. La puerta estaba abierta.

El interior era parecido a la casa donde habían estado, pero el empapelado parecía más nuevo.

Aquel detalle impulsó al señor Grant a decir con ligero matiz de optimismo:

—Quizá sea ésta. Vamos, Júpiter, corta.

Júpiter hizo lo que le pedía; el señor Grant arrancó el papel y

debajo apareció el enyesado. Con ansiedad creciente fueron examinando y probando las habitaciones restantes. Todo fue infructuoso.

—Esto ya sólo nos deja una casa —advirtió el señor Grant con voz ligeramente ronca—. ¡Tiene que estar en ella!

Poniéndose al frente del grupo se encaminó hacia la acera de enfrente, atravesando la calzada, hasta detenerse frente a la casa que concordaba con la descripción de la señora Miller. Cuando el señor Grant se disponía a forzar la puerta, Júpiter, encendiendo de súbito la linterna, enfocó el marco de la puerta. Las cifras metálicas que formaban el número de la calle, se destacaron al reflejarse en ellas el haz de luz.

—¡Apágala! ¿Quieres llamar la atención de alguien? —exclamó en voz baja el señor Grant.

—Es que… creo que he visto algo —respondió Júpiter—. Estoy casi seguro de que ésta es la antigua casa de la señora Miller.

—¿Cómo puedes suponerlo? —preguntó Bob, casi en un susurro porque la oscuridad reinante le impulsó a hablar de aquella forma.

—Eso es. ¿Qué es lo que te lo hace suponer? —preguntó el señor Grant, en el mismo tono.

—Esta casa tiene el número 671. Cuando la trasladaron es de suponer que le cambiaron el número correspondiente, sustituyendo al anterior. Creo que he visto las marcas o señales correspondientes a las cifras anteriores en el lugar donde estaba aquel número.

—¡Caramba! Eso es otra cosa. Enciende la lámpara un instante…

Júpiter apretó el contacto. El haz de la luz iluminó unos instantes el punto indicado por Júpiter, pero fueron los suficientes para ver claramente que encima de las cifras de metal de la actual numeración, se destacaban los contornos de las cifras del número anterior, a pesar de la mano de pintura que había sido dada.

—¡El 532! —exclamó Pete en voz baja—. ¡Hemos dado con la casa!

—¡Buena idea, Júpiter! —exclamó el señor Grant en el mismo tono—. Ahora vamos a abrir la puerta y, adentro, a recoger el botín.

La puerta se abrió con un crujido ligero y todos entraron en la sala de estar. Bob tuvo que contener su respiración anhelante. Ahora, con seguridad que se hallaban en el buen camino. En alguna parte de aquella casa, debajo del empapelado había cincuenta mil

dólares.

—¡Alumbra un instante, Júpiter! —dijo el señor Grant.

Júpiter apretó el botón conmutador y alumbró las cuatro paredes sucesivamente. La estancia estaba empapelada con papel que formaba un gran dibujo.

—¡Desde luego bien podría estar aquí! —murmuró el señor Grant—. Este papel parece muy grueso. Vamos a intentarlo.

Sin hacerse rogar, Júpiter hizo el corte de costumbre y el señor Grant dobló hacia afuera la parte interior del papel. Otra vez sólo apareció el enyesado.



—Vamos a comenzar desde la esquina e iremos examinando toda la habitación —dijo el señor Grant—. Cincuenta mil dólares en billetes grandes no pueden abarcar toda una pared. Hemos de hacer las catas con método.

Ambos habían terminado con la primera pared y comenzaban con la segunda, bajo la atenta mirada de Pete y de Bob, cuando un crujido les estremeció.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar el señor Grant.

Pero no terminó la pregunta, porque la puerta de entrada fue abierta súbitamente y sonaron unas fuertes pisadas al mismo tiempo que el haz luminoso de una linterna potente iluminaba al grupo que formaban los cuatro, y una voz ruda gruñía:

—¡Bien, muchachos! ¡Muy bien! ¡Arriba las manos! ¡Todos!

Capítulo 16

¿Dónde está el dinero?

Los cuatro se volvieron de cara al haz de luz con las manos en alto. El potente foco les hacía guiñar y parpadear, además de impedirles ver quién empuñaba la linterna.

—¡Si es la policía, debo advertir que soy George Grant, agente investigador de la…! —dijo el señor Grant, pero su frase fue interrumpida por una risotada al tiempo que exclamaba:

—¡Qué George Grant, ni qué niño muerto! ¡Vamos, hombre! ¡Basta de bromas! ¿Eso es lo que os ha contado éste, muchachos?

Júpiter parpadeó al mismo tiempo que una idea cruzaba su mente y preguntaba:

—¿Pero no es el señor Grant de la «Asociación Protectora de Banqueros»?

—¿Quién? ¿Éste? —preguntó aquella voz, para seguir en tono de mofa—. ¡Qué va! ¡Éste es Simpsori «El Lisonjero»! ¡Uno de los tipos más listos que corren por ahí!

—Pero si nos ha mostrado una tarjeta oficia… —objetó Pete.

—¡Claro! ¡No faltaba más! ¡Si quizá tiene un millón de esas tarjetas! ¡Especialmente impresas para su uso particular! ¡Pero no os sintáis defraudados por ello, chicos, porque ha llegado a engañar a la misma policía! ¡Y más de una vez! ¿Conque creías que ibas a largarte con la «pasta» ante nuestras narices, eh, «Lisonjero»? Pero cuando ese chico gordo entró en el almacén y luego volvió a salir, incluso después de haberse cerrado el almacén, ya supusimos que algo no marchaba bien. Sabíamos que la casa tenía que estar por estos andurriales (la información nos la dio el administrador de la casa de apartamentos, después de que se la facilitó ayer al

«Gordito») y por ello nos apresuramos a venir. Vimos el destello de vuestra linterna en el interior de esta casa y así es cómo todos estamos juntos y nos haremos cargo del botín…

—Supongo que eres Munger «Tres Dedos», ¿no es así? —preguntó el señor Grant o Simpson «El Lisonjero»—. Escucha, «Tres Dedos»… ¿Por qué no nos unimos? Todavía no hemos hallado el dinero, pero puedo…

—¡Cállate ya! —le interrumpió aquella ruda voz que venía desde detrás de la linterna—. ¡Hallaremos el dinero y nos iremos con él! ¡A vosotros os dejaremos para que os expliquéis con la policía! ¡No hagáis tonterías! ¡Ahora, poneos de cara a la pared! ¡Las manos a la espalda! ¡Ni un movimiento! ¿Entendido? ¡Muy bien! ¡A ver! ¡Leo y tú, «Cara de Niño»! ¡Atadles las manos a la espalda! ¡Con nudos fuertes!

Con el corazón en un puño Los Tres Investigadores obedecieron las órdenes. Los tres comprendieron que habían sido engañados por aquel facineroso apodado «El Lisonjero».

Gracias a la charlatanería acerca del jefe de la policía Reynolds, había impedido de que se sospechara algo anormal. No cabía duda de que se enteró de que el jefe estaba ausente y aprovechó la coyuntura para llamarles por teléfono dándoles a entender que sabía por él todos los pormenores del asunto. ¡Claro, aquello explicaba todas las excusas que dio para evitar que fueran a hablar con la policía!

Mentalmente Júpiter se daba de bofetadas por haber sido tan incauto…, pero es que todo había parecido tan… plausible. «El Lisonjero» era eso… tan suave…, tan «lisonjero». Sin duda había leído en el periódico todo lo concerniente al baúl y, sabiendo de antemano lo del botín desaparecido, producto del robo del banco, y lo de la carta de Spike Neely por la chismografía de los bajos fondos, comenzó a seguir los pasos de Júpiter y de los otros. El número de teléfono de Júpiter pudo conseguirlo preguntando en la sección de información de la compañía telefónica o bien mirando el listín.

En resumen, que «Tres Dedos» y sus compañeros habían seguido a Los Tres Investigadores y Simpson «El Lisonjero» los había espiado a todos.

Pero ya era tarde para lamentarse. Manos diestras, rudas y

fuertes, les estaban atando mientras tanto los brazos a la espalda.

Seguidamente les ordenaron sentarse sobre el suelo y así les ataron los tobillos también. Cuando estuvieron bien sujetos, «Tres Dedos» rió con burlona carcajada y dijo:

—Caramba, os aseguro que formáis un buen cuadro. No os amordazamos porque no hay por ahí quien os pueda oír, pero si gritáis, recibiréis un mamporro que vuestras cabezas lo lamentarán; y no os preocupéis, que el lunes, cuando comiencen trabajar de nuevo, aquí os hallaran Desde luego, deseo que os encuentren antes de que las palas comiencen a demoler la casa —terminó «Tres Dedos» con risa sardónica.

Ahora Júpiter y sus compañeros pudieron ver que «Tres Dedos» era un tipo algo rechoncho. Sus dos compinches eran más delgados. Pero sus rostros no podían verlos con claridad.

—Bien, vamos a por lo que nos interesa —continuó «Tres Dedos», dirigiendo el haz de su linterna hacia la pared en la que «El Lisonjero» y Júpiter habían estado catando—. ¿Conque buscando el dinero debajo del empapelado, eh? Buen lugar… sí, señor… muy bien pensado. Jamás me hubiese imaginado algo semejante. ¿Te lo dijo el chico, «Lisonjero»?

—Sí —contestó el interpelado—. La clave estaba en aquella carta que contenía el baúl. La que Spike envió a Gulliver.

—Eso sí que me lo supuse —admitió «Tres Dedos»—. Y por eso deseábamos hacernos con el baúl. Mis compañeros se lo quitaron al tipo alto aquel, pero alguien les siguió y a su vez se lo quitaron del escondite, antes de que pudiéramos abrirlo. ¿Fuiste tú, acaso, «Lisonjero»?

—¡Qué va! —replicó el aludido—. ¡Si no sabía nada de ello!

—Es raro —prosiguió «Tres Dedos»—. Me pregunto quién pudo dar el golpe, porque supongo que no fueron estos chicos…

Uno de los compañeros de «Tres Dedos» dijo:

—Eran cuatro o cinco tipos con pañuelos cubriéndoles el rostro. Era gente rápida y decidida. Nos anularon antes de que nos diéramos cuenta de su presencia.

—A lo mejor… otro grupito que anda detrás del botín. Vete a saber, En fin, al parecer el baúl no les aprovechó o bien ya habían estado aquí. Pero no podemos pasarnos la noche charlando. A ver, tú Leo y tú «Cara de Niño» mirad que hay debajo del papel que

cubre las paredes de esta habitación.

Los cuatro cautivos miraron en silencio cómo sus aprehensores iban arrancando el papel de las paredes. Júpiter no podía por menos que preguntarse quién había rescatado el baúl de Gulliver de manos de aquellos rufianes y se lo había enviado de nuevo. «Tres Dedos» y sus dos compañeros terminaron de arrancar el papel de las cuatro paredes.

—Desde luego aquí no está —comentó «Tres Dedos» y prosiguió —. Mira, «Lisonjero», si nos dices en qué habitación está escondido el dinero…, quizá al marcharnos, te desatemos.

—No seas cabezota, «Tres Dedos» —repuso Simpson—. Si lo hubiese sabido hubiera ido a por él directamente, sin todas estas probaturas. Pero soltadme y os ayudaré de buena gana.

—Ni te lo imagines. Intentaste quitarnos el dinero y ahora lo pagarás. Vamos, chicos. Examinemos los dormitorios.

Los tres rufianes desaparecieron en el dormitorio mayor dejando a oscuras a los cuatro cautivos. Los Tres Investigadores oían cómo arrancaban tiras de papel y sus comentarios irritados por la infructuosa búsqueda.

Simpson «El Lisonjero» dijo a sus compañeros de cautiverio:

—Chicos, siento de veras lo sucedido. Desde luego admito que intenté burlaros, pero desde luego sin violencia alguna. No es ésta mi forma de actuar. Lo mío siempre es cuestión de cerebro, nada de fuerza bruta.

—También y más lo lamento yo. Soy el primer culpable. No debí dejarme engañar tan incautamente —dijo Júpiter.

—No te sulfures por ello, chico, porque ya lo has oído. A otros, mucho más listos e inteligentes que tú, se la he dado con queso.

Se produjo un silencio absoluto, interrumpido sólo por el rasgar del papel que llevaban a cabo «Tres Dedos» y sus dos compañeros en las habitaciones posteriores de la casa. De pronto, los cuatro alzaron las cabezas sorprendidos.

La puerta de entrada se abría con ligero crujido.

En silencio y con los ojos abiertos desmesuradamente pudieron ver la forma oscura de alguien de estatura más bien baja que entraba con paso ligero y furtivo en la estancia.

—¿Quién está ahí? —preguntó Simpson en voz baja.

—¡Silencio! —susurraron en respuesta—. ¡Venimos en vuestra

ayuda! ¡Que ésos no se enteren!

Otra forma oscura se deslizaba en la estancia y seguidamente una tercera, seguida a su vez de otras. No podían contarlas en la oscuridad. Los recién llegados eran gente muy ágil que parecían tener la vista de gato, porque ninguno tropezó ni hizo el menor ruido.

—¡A ver! —murmuró la voz que había entrado primero—. ¡Todos pegados a la pared! ¡Cerca de la puerta! ¡Tan pronto salgan, echadles los sacos por encima de las cabezas y atadlos! ¡Nada de cuchillos! ¡Ni la más leve herida, si es posible!

Por respuesta, sólo se oyeron unos susurros.

Júpiter, Bob y Pete aguardaban a lo que iba a suceder con el ánimo tenso. ¿Pero quiénes podían ser aquellos hombres? No eran de la policía, porque si lo hubiesen sido, llevarían armas. ¿Eran amigos de veras? ¿O bien, como había apuntado «Tres Dedos», pertenecían a una banda rival?

Ahora se oían claramente las voces agrias de «Tres Dedos» y sus compañeros, irritados por no haber hallado el dinero. Sus pisadas se acercaban y por fin entraron en la estancia donde yacían atados. «Tres Dedos» caminaba delante, empuñando la linterna y dirigiendo el foco de luz sobre Júpiter, le dijo con todo amenazador:

—Muy bien, gordo. Ya estamos cansados de que nos tomes el pelo. Vas a decirnos dónde está el dinero o bien…

Capítulo 17

Lucha en la oscuridad

De pronto «Tres Dedos» se vio sorprendido por unas formas oscuras que le sujetaban con brazos de hierro. Otros cogieron al hombre que le seguía y lo tumbaron sobre el suelo. El tercero, giró sobre sus talones y echó a correr, intentando escapar, pero los rápidos pasos que corrían tras él y las ahogadas exclamaciones indicaron pronto que también había sido dominado.

Mientras tanto, en lo que podríamos denominar el salón, se producía una lucha salvaje. «Tres Dedos» había dejado caer la linterna eléctrica y ésta, rodando de un lado para otro, golpeada y empujada por innumerables pies, iluminaba con destellos momentáneos una feroz pelea.

Los Tres Investigadores vieron que la cabeza de «Tres Dedos» había sido cubierta mediante una talega o saco, pero a pesar de ello, había conseguido rechazar a varios de sus atacantes, si bien otros se esforzaban en dominarlo. Por fin consiguieron derribarlo junto a sus compañeros y mantenerlo sujeto a pesar de sus violentas contorsiones.

La voz de mando anterior sonó de nuevo diciendo:

—¡Amordazadlos inmediatamente! ¡Atadlos de pies y de manos!

Aquellas palabras indujeron a los tres malhechores a reanudar la lucha, pero fue en vano, porque a los pocos instantes yacían atados sobre el suelo. «Tres Dedos» todavía pudo maldecir e insultar a sus aprehensores antes de que lo amordazaran. La lucha había terminado y ahora los tres sólo podían dar testimonio de la rabia y del despecho que les dominaba por las furiosas miradas de sus ojos. Sus atacantes no habían pronunciado ni una palabra, excepto las

órdenes de aquel que parecía ser el jefe, pero se percibía claramente la respiración jadeante de cada uno de ellos por el esfuerzo realizado.

—Está bien —dijo el que parecía ser el jefe—. Ahora salid. Yo me encargaré de soltar a los chicos.

Todos los que estaban en la estancia salieron en silencio. El que hacía de jefe dirigió la luz de su linterna a los tres muchachos, diciéndoles con acento burlón:

—Menos mal que al parecer ninguno ha sufrido daño. Voy a soltaros.

Puso la linterna en el suelo en forma que no les deslumbrara y avanzó hacia ellos con el gran cuchillo en la mano. Bob y Pete advirtieron que era un individuo de rostro atezado y con un gran mostacho a quien jamás antes habían visto, pero Júpiter le reconoció en seguida y asombrado exclamó:

—¡Lonzo! ¡Pero si es Lonzo! ¡El gitano que guardaba la puerta de la casa de Zelda!

El aludido, mientras cortaba las cuerdas, se rió por lo bajo y comentó:

—Así es, chico… y ya ves cómo volvemos a encontrarnos.

—Pero —preguntó Júpiter mientras se levantaba y se restregaba las muñecas—, ¿cómo es que habéis venido tan oportunamente?

—No tenemos tiempo para charlas, ahora.

Enfocando el lugar donde debía estar Simpson «El Lisonjero» en el que sólo se veían unos trozos de cuerda, preguntó a su vez:

—¿Y éste? ¿Dónde está?

—¡Se fue! —exclamó Bob, sorprendido—. Seguramente pudo librarse de las ataduras durante la pelea y salir sin que nadie lo advirtiera.

—Ya debe estar lejos —observó Lonzo secamente y prosiguió—: No importa. Tenemos a estos tres para entregarlos a la policía. Ahora salid, que Zelda quiere hablar con vosotros.

¡Zelda! ¡La adivina de los gitanos! Júpiter siguió a Lonzo, seguido por Bob y Pete. Junto a la esquina había tres automóviles viejos. Los dos últimos parecían estar cargados a rebosar con gitanos. En el que estaba en cabeza les aguardaba una mujer. Era Zelda, pero sin las ropas acostumbradas en los gitanos, sin duda para no llamar la atención.

—Aquí están los muchachos, Zelda. Sanos y salvos. Dentro de la casa tengo atados a tres tipos. Uno escapó.

—No importa —contestó Zelda con voz queda y dirigiéndose a los muchachos, les dijo—: Entrad, chicos, que he de hablar con vosotros.

Los tres entraron en el automóvil, Lonzo quedó en el exterior de guardia.

—Ya lo ves, Júpiter Jones —dijo Zelda lentamente—. De nuevo se cruzan nuestros caminos. Estaba escrito en las estrellas y en la bola de cristal. Estoy muy contenta de que llegáramos a tiempo.

—¿Acaso nos seguíais? —preguntó Júpiter, cuya mente comenzaba a conjeturar.

—Sí, os seguíamos. Desde que viniste a verme, Lonzo y algunos de los nuestros os han seguido de continuo. La bola de cristal predijo peligro y esto queríamos evitártelo. Lonzo siguió a los que te espiaban y, cuando los tres vinieron aquí por la noche, nos pidió ayuda. Pero hemos de ser breves. ¿Habéis hallado el dinero?

—No —confesó Júpiter, con un suspiro—. Al parecer no está aquí y lo siento, porque estaba convencido de que estaba escondido en la casa de la hermana de Spike. Así lo decía la carta, es decir lo daba a entender prácticamente. Éste era el lugar más lógico.

—Gulliver estaba seguro de que la carta de Spike contenía la clave del escondrijo, pero no supo hallarla.

—¿Así… usted conocía a Gulliver? —preguntó Júpiter.

—Estábamos… emparentados de una forma algo fuera de lo corriente. Pero lo que más ansío es rehabilitar su nombre, y confiaba en que tú, que eres tan inteligente, sabrías resolver el misterio. ¿Dónde habéis mirado?

—Debajo del empapelado —respondió Júpiter—. Un lugar al que nadie se le ocurriría, pero… allí nada hay.

—¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Verá, Spike sabía que no podía decir «mucho» en su carta, porque sería censurada. Entonces ideó una triquiñuela, pero hay que convenir que fue lo único que podía hacer.

—Bien, chico, dime lo que era —urgió Zelda con acento de ligera impaciencia.

Pero fue Bob quien contestó, diciendo:

—Con los sellos que pegó al sobre hizo algo muy particular, algo

raro. Pegó dos sellos, uno de dos centavos y otro de cuatro centavos. Pero debajo del sello de cuatro centavos, antes pegó uno de un centavo, que es del color de los billetes de banco. Llegamos a la conclusión de que…

—¡Espera, Bob! —exclamó Júpiter de repente.

—¿Qué te sucede? —le preguntó extrañado su amigo.

—Di lo que has dicho… las últimas palabras.

—Pues… he dicho que debajo del sello de cuatro centavos antes pegó uno de un centavo, que es…

—¡Claro!, ¡ahora lo entiendo! ¡He ahí la clave! —gritó Júpiter con acento triunfante.

—¿Pero qué clave es ésa? —preguntó a su vez Pete, mientras al igual que Zelda y Bob miraban sorprendidos a Júpiter, cuyo rostro estaba encarnado por la excitación que sentía.

—Señorita Zelda —dijo Júpiter, dirigiéndose a la gitana—. Spike Neely tenía un ligero defecto en el habla. Nos lo dijo el jefe de policía Reynolds. La letra «L» la pronunciaba con dificultad en algunas palabras.

—Creo que eso es cierto. ¿Pero qué tiene que…?

—Y su hermana —le interrumpió Júpiter— dijo que cuando Spike tenía que decir «flor» pronunciaba «for». ¿Cómo cree usted que pronunciaría la palabra «suelo»?

—¿Suelo? Pues… «cuatro[8]» —respondió Zelda luego de una ligera vacilación—. ¿Quieres decir que…?

Bob la Interrumpió de nuevo, diciendo:

—Que puso el dinero debajo del «suelo». Confiaba, incluso estaba seguro, de que Gulliver recordaría su dificultad al hablar y comprendería lo que quería comunicarle. Aunque así no fuese, «cuatro» y «suelo» suenan al oído en forma muy semejante, lo que sugiere algo muy pensado.

—Lo que ocurrió fue que como la señora Miller nos dijo que su hermano en su última visita había empapelado la casa, es decir las paredes de la escalera… Claro, que ahora comprendo que jamás debimos aceptar la idea del empapelado, porque de hacerlo ya nunca más lo hubiese podido despegar incólume. Hubiese tenido que raspar la pared, el enyesado y esto hubiese destruido los billetes. Pero ocultarlos debajo del suelo en algún lugar…

—¡Lonzo! —ordenó Zelda—. Saca las herramientas del otro

coche. Vamos a entrar de nuevo en la casa y vosotros, chicos, conmigo.

Unos momentos más tarde entraban en la casa, sin hacer caso de los tres rufianes que se retorcían en el suelo. Tras una breve consulta convinieron en que el suelo del salón era poco apropiado para un escondite como el que buscaban. Júpiter opinó que el dinero estaba debajo del suelo del cuarto de huéspedes, que ocupó Spike o bien deberían buscar debajo del suelo del pequeño ático.

Se decidieron por este último.

Diez minutos después, Lonzo levantaba una de las tablas del suelo, junto a un rincón… y Pete no pudo ahogar una exclamación.

Allí, iluminados por el haz de luz de la linterna eléctrica yacían los paquetes de los billetes, unos junto a los otros, perfectamente apilados sobre el cielo raso del forjado de la habitación inferior.



—Claro —comentó Pete, guiñando el ojo—. Debajo del «suelo» y del «cuatro» centavos. ¡Vaya manera más delicada de enviar una clave cuando uno sabe que tu carta la van a examinar unas personas avezadas a ello! ¡Júpiter, eres muy grande!

—Debí habérmelo imaginado antes —dijo el aludido—. Incluso si no hubiese sabido el defecto de habla de Spike Neely, debí tener presente lo del «cuatro» y lo del «suelo», además que eso de empapelar los billetes no era fácil, porque lo más seguro era que se deteriorasen…

—Bien, muchacho, no te lo tomes tan a pecho —le interrumpió Zelda—. Que lo has hecho muy bien, no lo dudes. Gulliver jamás llegó a sospechar la verdad. Ahora ya hemos hallado el dinero y esos malhechores que tenemos abajo están capturados. La rana ha dado un gran brinco y se ha salvado de los peces hambrientos que había en el estanque.

La gitana rió suavemente. Júpiter mostraba un ceño algo adusto cuando la preguntó:

—¿Fue usted quien nos envió aquel aviso, señorita Zelda?

La vieja gitana asintió en silencio, y luego de una ligera vacilación, le contestó:

—Sí, muchacho, yo fui. Mis gitanos os vigilaban y yo quería que pusierais todo vuestro empeño en hallar el dinero… y lo habéis conseguido. Ahora hemos de irnos. Llamaremos a la policía y ella se encargará del resto. Lo mejor será que vosotros la esperéis aquí. Se harán cargo del dinero y de esos tres pillos que hay abajo. Sin duda que la policía querrá interrogarnos, pero no nos hallarán. Por lo menos, por ahora.

—¡Zelda, un momento! ¡Por favor! —exclamó Júpiter cuando la gitana y Lonzo se disponían a descender la escalera—. Quisiera preguntarle algo… acerca del baúl. ¿Por qué nos fue devuelto? Y por lo que atañe a la calavera parlante, «Sócrates»… la verdad, ¿habla de verdad?

—Más tarde lo sabrás todo. Oye, ven a verme dentro de dos semanas a la dirección que ya sabes. Para entonces ya habremos regresado y contestaré a tus preguntas.

—Pero por lo menos dígame algo acerca de Gulliver —imploró Júpiter—. ¿Dónde está?

—Tenía entendido que había muerto —observó Pete.

—Nunca lo dije así —advirtió Zelda—. Dije que había desaparecido o desvanecido del mundo humano. Ahora… quizá vuelva del mundo donde ha estado… Hasta dentro de dos semanas. Hasta la vista.

Sin añadir otra palabra, la gitana y Lonzo se apresuraron a bajar la escalera y Los Tres Investigadores oyeron cómo los automóviles de los gitanos se alejaban y el rumor de sus motores se perdía en la distancia. «Los Tres» se contemplaron mutuamente y Bob dio un suspiro de alivio, diciendo al mismo tiempo:

—¡Por fin, Jupe! ¡Lo conseguimos! ¡Dimos con el dinero!

—Con la ayuda de Zelda —observó Júpiter—. Estoy convencido y deseoso de volverla a ver y tengo la impresión de que va a contestar nuestras preguntas con respuestas muy interesantes.

Capítulo 18

Alfred Hitchcock hace algunas preguntas

Alfred Hitchcock, el célebre director de películas, estaba sentado detrás de su escritorio en su oficina, hojeando las numerosas páginas del informe concerniente a la «calavera parlante», que habían sido redactadas por Bob Andrews. Lanzó una ojeada a Los Tres Investigadores, que vistiendo sus mejores ropas estaban sentados en línea frente a su mesa.

—Muchachos —dijo Alfred Hitchcock— habéis llevado a cabo un trabajo excelente, y por lo que a ti concierne, Júpiter, hay que decir que supiste encontrar el dinero, que ya podía darse por perdido, luego que las autoridades no habían conseguido hallarlo después de tanto tiempo.

Pero el rostro redondo de Júpiter no mostraba un aire halagüeño. Con un suspiro y ligero mohín negativo, objetó:

—No creo que sea así, señor. Debí resolver el problema más pronto. En primer lugar, creí que la colocación de un sello debajo de otro, quería significar que el dinero o sea los billetes estaban debajo de papel, o sea del empapelado. De haber pensado con lógica hubiese hallado la otra solución. En consecuencia, de no haber tenido cierta suerte o fortuna…

—Óyeme, la fortuna acompaña a aquellos que están alerta, en guardia. Ya te he recordado que no siempre se consigue la solución a las primeras de cambio…, ningún investigador puede afirmar tal cosa. Te repito que, en mi opinión, lo has hecho y solucionado muy bien.

—Muchas gracias, señor —repuso Júpiter visiblemente halagado —. Desde luego, lo más importante era hallar el dinero y eso lo conseguimos.

—Y casi en el último instante —agregó el director—. Porque dos días más tarde la casita aquella fue derribada; y qué duda cabe que el dinero se habría perdido entre los escombros y cascotes, para siempre. ¿Habéis cobrado la recompensa ofrecida?

Júpiter suspiró, suspiró Pete; y Bob, para no ser menos, suspiró también. El primero respondió:

—Nada de eso, señor. No había ninguna recompensa ofrecida. Todo es o fue un cuento que se inventó «El Lisonjero» de Simpson para embaucamos, como todo lo demás que nos dijo. Pero recibimos una carta muy amable y elogiosa del director del banco, y el jefe de la policía Reynolds dijo que desearla que fuéramos mayores para poder agregarnos a sus hombres en calidad de detectives.

—En fin, no siempre es el dinero la mejor recompensa por una buena labor —comentó el señor Hitchcock—. Pero, pasemos a otro extremo de la cuestión. Quisiera hacemos un par de preguntas. Conforme a estas notas, queda claro y demostrada la forma con que Spike Neely escondió el dinero y cómo se las ingenió para enviar un mensaje secreto desde el hospital de la cárcel a su amigo Gulliver… y tan, digamos, reservado, que nadie lo comprendió hasta que fue a parar a vuestras manos. Pero aquí hay algo que me ha llamado la atención y esta es mi primera pregunta: ¿Qué fue de Gulliver? ¿Qué le sucedió?

Los tres muchachos sonrieron, porque esperaban aquélla pregunta y como Júpiter ya tenía preparada la respuesta, contestó:

—Cuando Gulliver recibió la carta de Spike Neely, supuso desde el primer instante que Spike le enviaba un mensaje, porque durante su estancia en la cárcel, Spike le dijo que le comunicaría el lugar del escondrijo secreto, sí a él le sucedía algo inesperado; pero como no pudo llegar a descifrar el verdadero mensaje, escondió la carta en el forro del fondo del baúl.

Cierto día, al llegar al hotel donde se hospedaba, el encargado de la recepción le dijo que habían venido unos individuos preguntando por él. Gulliver hizo que el encargado los describiera y así supo que Munger «Tres Dedos» andaba tras él. Aquello le asustó

lo indecible, porque sabía bien que «Tres Dedos» era muy capaz de raptarlo y torturarlo hasta la muerte para hacerle confesar dónde estaba escondido el dinero, cosa de la que el pobre Gulliver no tenía ni la más ligera idea. De haberlo sabido, lo habría comunicado a la policía. Ahora incluso dudaba de que la policía creyera en su relato en caso de que fuera a pedir protección.

Meditó un instante y sobre la marcha decidió lo que iba a hacer. No subió a su habitación. Sencillamente desapareció, dejando tras de sí todas sus pertenencias. La dirección del hotel, viendo que no aparecía, almacenó su baúl y, cuando llegó el tiempo oportuno, lo vendió en subasta pública…, a mí.

—¿Así es que Gulliver no murió? —preguntó el señor Hitchcock con ligero asombro—. Pero la gitana, la Zelda esa, te dijo que había desaparecido del mundo de los hombres…

—Desde luego, eso fue lo que hizo Gulliver —confirmó Júpiter con amplia sonrisa y prosiguió—: Desde el primer instante quiso asegurarse de que «Tres Dedos» y sus secuaces no pudieran encontrarlo. Se vistió de mujer y adoptó una peluca. Aparentemente se transformó en mujer y, en consecuencia, desapareció del mundo de los hombres… podríamos decir masculino.

—¡Claro! ¡Hay que ver! ¡Debí comprender el exacto sentido de las palabras! —exclamó el señor Hitchcock—. Pero… ¡calla! Vamos a ver si yo también sé deducir… ¿Me equivoco al afirmar que la gitana Zelda era en realidad «El Gran Gulliver»?

Pete mostró una amplia sonrisa, al igual que Bob, y Júpiter asintió, diciendo:

—Así fue, señor. Los gitanos eran viejos amigos y conocidos de Gulliver, porque su madre había sido una gitana. Dejaron que se uniera y viviera con ellos, y como los gitanos son extremadamente leales entre sí, jamás traicionaron su secreto.

—Veamos —observó el señor Hitchcock, asintiendo a su vez—. Ya tenemos resuelto uno de los misterios, una pregunta contestada. Claro, ahora me diréis que Gulliver, que era obeso, se sometió a una dieta rigurosa, adelgazó y pasó ante todos por aquella adivina llamada Zelda. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Pues va a «terminar» con Zelda y recuperará su personalidad tan pronto como «Tres Dedos» y sus amigos estén seguras en la cárcel. Pero no volverá al teatro. Los gitanos desean que se cuide de

la tramitación de sus asuntos y es probable que se quede con ellos.

—Claro, se comprende… si no tiene familia… Por cierto —observó el señor Hitchcock de nuevo, leyendo las primeras hojas del relato—. Sí… aquí está… Veo que cuando tú compraste el baúl, se os acercó una señora anciana, de baja estatura, dispuesta a adquirirlo. ¿Me equivoco al decir que era…?

—Desde luego señor, que no yerra —le interrumpió Júpiter—. Era efectivamente Gulliver disfrazado de señora ya entrada en años. De aquella guisa recorría las salas de subasta y averiguó cuándo iban a subastar su baúl. Pero se retrasó algo y cuando llegó a la subasta, ya era tarde. Hubiese insistido en comprárnoslo, pero cuando apareció aquel periodista con su máquina fotográfica, temió llamar la atención y desapareció. Pero el artículo que publicó el periódico le permitió averiguar quiénes éramos y dónde encontrarnos…

—Pero, también les sirvió a «Tres Dedos» y a sus compinches —agregó Pete, con acento fosco.

—Así fue —confirmó Júpiter—. La primera idea de «Tres Dedos» y de sus compañeros fue robar el baúl; por fin se hicieron con él, siguiendo a «Maximilian, el Místico» y empujando su coche fuera de la carretera. Pero no lo conservaron por mucho tiempo. Porque como ya habrá usted comprendido, señor Hitchcock, por lo que nos dijo Zelda, los gitanos nos vigilaban y cuando «ella» (quiero decir Gulliver), supo que habíamos resuelto algunos casos misteriosos, tuvo la idea de que también podríamos resolver el suyo, que era averiguar dónde estaba escondido el dinero. Una vez hubiésemos determinado el lugar habríamos avisado a la policía; ésta se hubiese hecho cargo de los billetes y él, «Gulliver» hubiese podido recuperar su personalidad sin peligro por parte de «Tres Dedos» y los suyos.

»Así fue como ideó el que me hablara en forma misteriosa y sibilina como “Zelda”. Para entonces los gitanos ya tenían a “Tres Dedos” y su gente en vigilancia. Cuando éstos robaron el baúl de Maximilian, detrás de ellos iba un coche cargado con gitanos. Les siguieron hasta su escondite, los asaltaron y les quitaron el baúl de nuevo, antes de que los dos compañeros de “Tres Dedos” se dieran cuenta de lo que sucedía. Entonces Zelda, es decir Gulliver, nos envió de nuevo el baúl confiando en que sabríamos desentrañar el misterio, pero para ello nos tenía que proteger de “Tres Dedos” y de

su gente. Así fue cómo los gitanos aumentaron su vigilancia sobre nosotros y se dispusieron a venir en nuestra ayuda para el caso de que la necesitáramos.

»Aquella noche del sábado en que Simpson “El Lisonjero” nos embaucó para que le halláramos la casa que había pertenecido a la señora Miller, los gitanos vigilaban a “Tres Dedos”. Nada sabían de Simpson “El Lisonjero”. Pero cuando “Tres Dedos” y sus dos compañeros salieron en busca nuestra, ellos les siguieron. Vieron cómo “Tres Dedos” y sus hombres nos apresaban y entonces pidieron refuerzos. Llegaron en el momento oportuno para apoderarse de aquellos malhechores y liberarnos. Luego, en fin, ya sabe usted cómo hallamos el dinero.

El señor Hitchcock asintió en silencio mientras sus dedos repiqueteaban sobre la mesa y miraba a los tres muchachos. Era evidente que deseaba preguntar algo más y por fin se aventuró, diciendo:

—Esa calavera… ¿«Sócrates» se llama?, que denominan «la calavera parlante», ¿es cierto que habla? Y si es así, ¿cómo lo consigue? Porque no me haréis creer que es algo sobrenatural…

—Nada de eso, señor —repuso Júpiter—. Quiero decir que nada hay en ello de sobrenatural. Cada ilusionista tiene sus trucos y «Sócrates», pues, es… un truco. Gulliver es un ventrílocuo destacado y cuando comenzó con la calavera empleaba sus facultades para hacerla «hablar». Pero cuando alguien comenzó a sospechar de cómo se llevaba a cabo el truco, se las ingenió para que «Sócrates» hablara a distancia. Adquirió un conjunto emisor y receptor de radio muy pequeño… ya sabe usted que ahora se construyen aparatos casi diminutos…

—¿Y montó el receptor-altavoz en la calavera? Caramba, Júpiter, me extraña que no lo hallaras, porque no dudo que la examinaríais con todo detalle.

—¡Desde luego! —exclamó Júpiter—. La examiné, puede decirse centímetro por centímetro «Sócrates» no tiene nada. Es una calavera monda y lironda…

»Gulliver es listo, muy listo… montó el receptor-altavoz en… el zócalo de marfil. Allí a nadie se le ocurriría buscarlo.

—¡Caramba! ¡Buena idea! ¡Excelente! Pero continúa, por favor.

—Pero el aparato también es receptor-transmisor —continuó

Júpiter—. Esto significó que tan pronto lo colocamos sobre el zócalo, transmitía hasta quizá a una distancia de doscientos cincuenta metros todo cuanto llegaba al alcance de su micrófono.

»Gulliver vestido de mujer, no de gitana, deambulaba por los alrededores del almacén. Su receptor iba equipado con auriculares propios para sordos, adaptado a un oído y disimulado por la peluca. El micrófono emisor, un broche en el escote del vestido o bien en la solapa de la chaqueta. No intentó hablarnos entonces, pero inesperadamente estornudó y por eso oímos estornudar a “Sócrates”.

»Aquella noche en que me llevé a “Sócrates” a mi habitación, Gulliver no estaba lejos de casa. En cuanto vio que se apagaba la luz de mi ventana, aprovechó la oportunidad para hablarme en la oscuridad y darme el mensaje tan misterioso para ver a Zelda.

»Al día siguiente, mientras mi tía Matilda limpiaba mi habitación, no pudo resistir la tentación de decirle a “Sócrates” todo cuanto le vino en gana. Gulliver, que la oía, exclamó: “¡Bah!” en son de burla y para asustarla.

—En resumen, que todo el misterio ha quedado en claro —resumió el señor Hitchcock—. Resulta que fue «El Gran Gulliver» quien estuvo siempre detrás de todo. Desde luego, se trata más bien de un caso que podríamos denominar científico en lugar de supersticioso.

—Así fue, señor —asintió Júpiter—. Como por lo general cuando hablábamos sobre lo que íbamos a hacer estábamos alrededor o bien cerca de «Sócrates», Gulliver se enteraba de todo cuanto decíamos y de nuestros progresos. Aquella circunstancia le permitía vigilarnos con la mayor facilidad y, hay que decirlo todo, hizo posible que nos llegara ayuda cuando más falta nos hacía y que fuéramos libertados.

—Desde luego un caso de los más interesantes —convino el famoso director—. Bien, estoy dispuesto a escribir la introducción para el próximo, como ya lo he hecho en los anteriores. ¿Tenéis algún otro en cartera, para denominarlo de alguna manera?

—Por el momento nada tenemos, señor —contestó Júpiter, mientras todos se levantaban—. Pero siempre estamos preparados y no dude de que le tendremos al corriente, señor Hitchcock.

Salieron de la oficina y el director contempló por unos instantes

la puerta que se había cerrado detrás de ellos, murmurando para sí mismo y sonriéndose: ¡Hay que ver: una «calavera parlante»! ¿Qué será el próximo caso?

ALFRED HITCHCOCK

Fin



ROBERT ARTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de translado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street & Smith’s Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories, Collier’s, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948 hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y

luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú» la carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock's
Haunted Houseful, (1961); Alfred
Hitchcock's
Ghostly Gallery, (1962); Alfred
Hitchcock's
Monster Museum, (1965); Alfred
Hitchcock's

Sinister Spies, (1966); y Alfred Hitchcock's Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de Los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de Los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de Los Tres Investigadores, y once libros en una Spin-Off de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.

Notas

[1] Nombre del velero que en 1620 arribó a la costa de Massachussets (EE.UU.) desde Southampton (Inglaterra) con los cien colonizadores que formaron el primer núcleo permanente en el futuro Estado. Sus descendientes se reúnen cada tres años en Plymouth-Massa, para conmemorar aquel desembarco. *(N. del T.)*. <<

[2] Dronte-dodó: Especie de ave extinguida, de la isla Mauricio. *(Nota del traductor)*. < <

[3] Abracadabra: Palabra cabalística de origen oriental. Los autores en la materia no se han puesto de acuerdo respecto a su origen ni significado. *(N. del T.)*. < <

[4] 50 por 150 milímetros. *(N. del T.)*. < <

[5] El 3 de julio de 1863 se libró la batalla de dicho nombre entre las fuerzas confederadas y las de la Unión. El jefe de estas últimas, en la víspera, lanzó una proclama a sus soldados. Su texto es recitado en muchas escuelas de los Estados Unidos como ejemplo de elocuencia. *(N. del T.)*. <<

[6] Dos pies, aproximadamente sesenta y un centímetros. < <

[7] En los Estados Unidos muchas casas propias para una familia son de madera, constituidas por piezas prefabricadas. Se montan en parcelas de terrenos alquilados y se trasladan cuando conviene. *(N. del T.)*. <<

[8] Hay una coincidencia de pronunciación: «flower»: flor; «floor»: suelo; «four»: cuatro. Si a las dos primeras palabras se les suprime la letra «L», en inglés, sonarán como la tercera. *(N. del T.)*. < <